

Luis Doreste Silva

Hossanna en el Mar!

Patria. Religión. Hispanidad

España. Dolor. Civilización.

Y dolor de español y civilizado...

¡Hossanna en el milagro del Albor Azul!

Al hermano Santo Juan,

con un abrazo

Amis

Amis



LUIS DORESTE

HOSSANNA EN EL MAR!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAS PALMAS DE G. CANARIA

N.º Documento 210943

N.º Copia 486566

**Edición especial tirada en los talleres tipográficos de "Editorial
Acción S. A.", y que, en solidaridad con el autor, ofrece el señor don
Manuel Campos Padrón, destinándose el beneficio de su venta a la
suscripción pública abierta para las Fuerzas Nacionales, que luchan
por España.**

(Derechos posteriores reservados al autor)

ADVOCACION

Oración a Nuestra Señora la Virgen del Pino

“Virgen nuestra, Virgen de la Isla, Capitana del gran navío de tierra, en cuyo puente florece el árbol eterno de la Salud, y de sus mástiles alegóricos cuelgan las rubias banderas de sol que nuncian, sobre la magnitud encantada del Océano, la fecunda bondad infinita de Dios... Virgen nuestra, Patrona de la Isla, Capitana del gran navío, que vas ungiendo la brisa de ritmos dulces, de diafanidades policromas, de aromas sustanciales, al paso de tus alas cargadas de bienes por todos los puertos de la vida, en un mismo minuto maravilloso de nuestra existencia atlántica. Virgen nuestra, Capitana de siglos, Capitana de la Eternidad, Tú mantuviste, una vez más, la recia proa del navío en el rumbo feliz e hiciste que el viento irascible envainara sus duros puñales amenazadores; Tú hiciste que no se agostaran las flores de nuestro jardín y corriera vigorosa y sin término, la savia vital de los frutos de nuestros Cercados: Tú hiciste que el redondo haz ubérrimo siguiera brotando como un milagro, de la roca y del

arenal: Tú hiciste que los hombres levantaran en majestad la cabeza y enlazaran sus pechos en un abrazo; Tú hiciste que las manos vibraran afanosas en el trabajo, desbaratando el inhumano puño cerrado: Tú hiciste que en la inmensa cuenca de luz que abrían Tus alas, cargadas de dones, asomase, como símbolo y esencia de Tu Divino Trabajo, de Tu Divina Generosidad, de Tu Divina Promesa, la Vieja Bandera de la Patria, identificada sublime de nuestra alma, Madre eterna que retorna vibrante de juventud.

Virgen nuestra, Capitana nuestra, desde el navío de la Isla, desde Tu Navío, que iza en las ramas seculares de sus mástiles irrompibles la Bandera de España, elevamos hoy hasta Tí el corazón inundado de una fe ardiente y vigorosa, como la savia salutífera y longeva de ese Pino donde revelaste a Dios con Tu milagrosa Presencia, por la victoria de la Patria, por la Paz, por la continuidad de los gloriosos destinos históricos de España, por la Piedad y la Justicia”.

INDICE

	<u>Página</u>
Nota del Editor	5
Hossanna en el Mar!	7
Rumbo	8

PATRIA-RELIGION-HISPANIDAD

Hoguera en el Santuario. Presagio. Invocación. Epílogo	13
15 de Agosto	14
Plegaria en el 15 de Agosto	15
¡Toledo!	15
¡Madrid!	16
Libre elegía	16
Hispania fecunda. (Moscardó, en la epopeya) ..	17
Loa fácil del General	17
La siembra	18
Conferencia patriótica en Inter-Radio Las Palmas	20
Despedida a la Virgen del Pino	24
El reconocimiento del Gobierno de Burgos o la humanización de la guerra	28
Mensajes Patrióticos	
Mensaje de Noche Buena	29
Mensaje de Año Nuevo	31
Mensaje de Reyes	34
Ante la Exposición de Colacho Massieu	37
Pacificación	40
Un retrato del Generalísimo	41
¡Málaga!	42

DEL DIVINO ESCENARIO DE LA NATURALEZA COMO PORTICO DE LUZ ANTE LA TINIEBLA

La Cruz	47
1.º de Mayo de 1936	48

En el amanecer. I-II-III	49
Retablo Primitivo en el Cristal	49

LA CIUDAD, LOS HOMBRES, LAS IDEAS...

La verdad	53
Mitomanía	54
La democrática Plazuela	56
Lo imprevisto y la selección	57
Por divagación	59
El hilo de Ariadna	59
La Rueda del Oro	61
Palabras al viento	62
...Y siempre la guerra	64
El inextinguible incendio	66
Fascismos	67
“¡Quitaos los cascos y rezad!”	69
La divina Semana	70
Los encantos del Viernes Santo	72
Domingo de Pascua	73
Reacciones	74
“Renovación o Muerte”	76
Glorioso Widor, noventaón y joven	78

De 1.789 a 1.934	79
La ciudad sumergida	81
Proa a los sueños	83
Versos de Esperanza y Desesperanza	
Responso profano	87
Curva	87
<hr/>	
¿Fascismo? ¿Comunismo?	88

ESCALA EN EL VIAJE TRAGICO

(Apéndice-confidencia)	91 a 93
ESPAÑA. DOLOR. CIVILIZACION y dolor de español y civilizado. Y ¡hossanna, en el mila- gro del Albor Azul!	95
Apéndice Editorial	

Fé de algunas erratas importantes

En la página 9, donde se lee: el humilde poema de angustia, escrito en la opresión feroz, comprende ahora tres monumentos históricos, debe decir: **tres momentos históricos.**

En la página 13, verso, donde se lee: aquel que el vibrar hiera nuestros corazones, debe decir: **aquel que el vibrar hiera de nuestros corazones.**

En la página 13, penúltimo verso y subsiguientes, en el original dicen así:

**bebed el áura mística que gesta su heroísmo,
hombres cual sus llanuras, recios pechos de arcilla
dulces como las mieles del viejo cristianismo**

En la página 16; segundo verso, debe leerse:
En la garganta bárbara se anudó el brazo diestro

NOTA DEL EDITOR

Al lector patriota no extrañará, ciertamente, la **vestidura** modesta que traen estas nobles páginas.

La carencia de papel obliga a esta austeridad. Es la **guerra** que afecta, necesariamente, a todas las actividades **de la Nación**. Y exige sacrificio.

Así, en consonancia con esta hora y la finalidad cívica **que cumple**, en el traje sencillo del nuevo español, viene **este Cuaderno**, que recogé producciones literarias diversas **y expresivas**, compuestas en el ritmo de los días actuales

y de los que fueron, mostrando una Patria, momentos **de la patria** y del mundo, una inteligencia y un corazón.

La **unidad** emotiva y de pensamiento de estos trabajos, justifica su agrupación.

Y retrasada la tirada, como ya explica el autor al final de la obra, disculpe, una vez más, el lector patriota, su presentación, sin oropel, vano al fin, pues está hecha con un espíritu desinteresado y entusiasta, que ha de tener, sin duda, correspondencia en la cariñosa acogida que merecerá por parte de todos.

Hossanna en el Mar!

Hossanna en el mar. Hossanna en la Isla. Desde el palo más alto del navío de tierra, Hossanna!

En la roca, en la torre oceánica, Hossanna!

Cristiano: mientras más duro sea tu castigo, más frenética tu alabanza vuela.

Sobre la brisa vestida de sal. Sobre la brisa vestida de sol. Hasta el cielo, en la filada luz del horizonte, donde apuntan cien proas monumentales, cara a la Isla. Velas tensas, respiración de aceros, policromía de banderas en el ritmo atlántico. Hacia el jardín de las Hespérides. Hossanna en el mar!

Dulce la medida, doliente el canto. De la tierra siempre el fecundo himno. ¿Y el coro humano en ausencia de alegría?

La mano fría palpa sombras sobre la frente. Arrancándose angustia del pecho, los hombres gritan: *hossanna!* Los hombres, que han partido con el cuchillo de los años el mejor pedazo de la vida. Los hombres todos. Los hijitos, los nuevos hombres ¿sabrán de este dolor y de este *hossanna*?

Bajo el sol de Africa rubia, exaltación, angustia. ¡*Hossanna*, mientras el corazón se desgarrá!

Hermanos: ¿y Dios no hizo luminosa y jugosa y suave, toda raso, hasta en la piedra, nuestra manzana de tierra? Y nuestro corazón ¿cómo lo hizo? Escondido ahora bajo la romanza viril de esta roca, que es como mano de hombre afanoso; bajo la endecha dulce, prolífica de la trabajada arcilla—mano de mujer hacendosa, mano de madre—...

Cantan todavía los pájaros del jardín de la Isla. Y flamean briosas las verdes banderas del platanal. Y el airón esmeralda de las palmeras corre al espacio. Y entre floridos arabescos exuberantes, brota de la tierra el apretado y rojo haz redondo. Y mayo desgajado en flores, trepando por todas las rocas, grita al “gigante de hombros cerúeos”, *hossanna!*

Y la onda innumerable va de este puerto a otros puertos, diciendo por nosotros, ¡*hossanna!*

Cielo y mar nos vigilan con el dedo alzado en dones. Y sobre el terrón bondadoso, dinamización divina construye. Fecundidad, Vida, Poesía.

¿Hasta cuándo la clemencia? ¿Hasta cuándo la fuerza, la salud?

Hossanna, grita *hossanna* hermano con todo tu pecho, que en el horizonte zafiro perfila su proa el gran navío siniestro. Y se hizo noche en un nubarrón trágico. Y ahora, del cráneo nocturno, sobre el mar despuntan las dos luces lúgubres del palo mayor, fulgor blanco de ojos de calavera, que se desliza por el océano, rumbo a la Isla Afortunada, sin fortuna...

Acuérdate. Reflexiona. Y grita: *hossanna* en la Isla, *hossanna* en la Isla inmortal. Y una trepidación de hombros en la efusión del abrazo anuncie la paz, hermanos, mientras la onda lleva el *hossanna* de este puerto a otros puertos.

Al trabajo, que hizo de la Isla, bella y humilde, un emporio. Y donde todos recogieron y recogerán el fruto de su trabajo como en tierra alguna, porque el “creced y multiplicaos” cantó y cantará siempre un *hossanna* inacabable.

Y de no ser así, ¿cómo el milagro del jardín, sobre la roca y el arenal? Y de no ser así ¿cómo el milagro de las cien banderas glorificando en el lomo africano todos los pabellones marinos del mundo, que a su vez glorifican el de la patria?

Y esto fué, como remate, en el transcurso de poco más

de media centuria con el sudor de los hombres, de todos los hombres, que eran pobres y fueron ricos y propagaron su riqueza y vuelven a ser pobres, cerebro y músculo en perpetuo incendio...

Hossanna en el mar, hossanna en la Isla, porque fué misera y fué opulenta, y tuvo fe y prodigó su esfuerzo y sus tesoros y cobijó y dió trabajo y sustento a todos los hijos del hombre...

En el dolor presente, como un saludo, como un signo de fervor y de fe, como una invitación a la vida, a la fraternidad, el jubiloso grito cristiano: hossanna en el mar, desde el barco encantado de la Isla, huyendo el fantasma del naufragio!

¡Hossanna, bajo el sol más fecundo y paternal de la Tierra, hermanos! Hossanna sobre España!

Junio 30-1936

Rumbo

Ha quedado atrás, lector de la "Era Azul", la primera página del modesto haz de hojas que forman este Cuaderno.

Podría datarla: página de las vísperas de sangre. Era en Junio de 1936.

Una mano brutal, cerrada en puño, amenazante, pretendía ahogar la respiración de nuestros cerebros. Y la angustia, desbordándose del alma, buscaba un medio de expandir lo más recóndito y lo más fuerte, que era también, lo prohibido, lo castigado. Pero, así mismo, lo verdadero, lo santo.

Se hacía preciso, entonces, diluir el grito en muchas palabras, ya dichas, con sentido de augurio.

La tragedia honda, la tragedia de sangre, iba plasmán-

dose inexorablemente. Y nuestra conciencia, encendiase sobre la horrorosa visión, que parecía como sin término.

La Patria se hacía pedazos. Los que fueron nuestros hermanos, dejaban de serlo. Sus miradas eran duras, como sus corazones. Del cuerpo de España, hacían banderas de carne roja, de carne ensangrentada. Un pudridero, sobre la joya, pulida por los siglos, del Solar Ibérico...

Los días de Julio, del Julio que venía en olor de Historia, comenzaban a desflorar desde el cartón del Calendario. Y escribimos:

"No es fácil hablar en voz alta. Y sin embargo, ¿hubo jamás mejor ocasión de hablar?"

Tampoco es fácil ponerse en movimiento. Y sin embargo ¿hubo nunca tanta necesidad de emprender la marcha?"

La confusión del espíritu aumenta. Y la actividad de pensamiento se hace mayor, mientras crece el embarazo para esteriorizar la energía de la función intelectual.

¿Y puede haber angustia mayor que la de una potencia. — el hombre — reducida a la impotencia? El corazón nos lo está diciendo, sintiéndose libre y motivo, como nunca. Inútilmente, como no sea para nutrirse con este jugo del dolor, que nos hace más fuertes, perseverantes y misericordiosos.

Al viento insereno, hostil, lo domeña una fuerza dulce de nuestra alma desposeída de todo el interés grosero, mercantil, de la vida. Forzados de mirar a la tierra, al ctear el abismo, el espíritu vuela sobre dos atracciones, dos amores infinitamente cristalinos; el de la Patria, el de la familia.... Con una zozobra del porvenir, que no puede ser cobarde porque es altruista y tiene tal fortaleza.

Como si unos ojos, a su pesar, leyesen en el tumultuoso telón astral el resultado de la ecuación terrorífica que desarrolla esta nuestra existencia, huyendo del goce sencillo, pacífico, legítimo de la vida Y sobre la tierra el enjambre de frentes contraídas, hoscas...

Ni demasiado modesto, ni demasiado fracasado nuestro destino, mientras sentimos en el pecho los golpes del co-

razón que dicen dolor y por lo mismo presencia de la vida. Y más ternura, más comprensión, mayor vigor, más acera-da y encendida la flecha del pensamiento, mientras deses-perada e hiriente sea la fuerza que ritma la vida en nues-tro pecho.

Sin posible acomodo a la inercia, como podamos pongámonos en marcha, sembrando un poco de nuestra vi-bración de hoy, entre el pensamiento disperso de ayer que nos está exigiendo evocación.

Con ademán desprovisto de vanidad, entre las tapas de una carpeta, sin honores de libro, hagamos rodar estas hojas—que llamen con un noble grito—donde encontraréis, como aglutinando sus diversos temas, un seguro perfume de fraternidad, junto a la humilde inquietud dolorosa de un espíritu profundamente preocupado; por ser así, muy den-tro de su época y de la gran angustia española”.

Y ni aun dentro de esta mística, era posible hablar.

Hombres emplebeyados, feroces, nos gobernaban. Cri-minales inéditos en la Historia de España.

¡Y a estos hombres concedimos el galón de intelectuales! (1).

Habían envilecido al pueblo, creando un rebaño sinies-tro, exclusivamente a su servicio; un pueblo intoxicado por ideas anti-sociales, anti-económicas, anti-humanas, enlo-quecido por absurdas promesas y dádivas pérfidas, contra el verdadero pueblo de España, aherrojado, indefenso.

Era el comienzo de la “aurora roja”. Llegaba impetuosa, terrible la gran “Intrusa”. Así, la Muerte, según la sen-sibilidad maeterlinniana. Y Rusia, la “Universal Intrusa” de nuestros días... ¡La muerte!

Todos caeríamos en la contienda infraterna. El Monu-mento venerable de España. Sus hijos selectos. El pueblo auténtico. Todo en ruinas. Era el triunfo de los bárbaros modernos.

Y ya el primer combatiente, el primer Adalid, el mejor

(1) En el Apéndice.—Confidencia, ofrecerá raíz más honda este juicio.

Apóstol, ha rodado por tierra. Y el relámpago del puñal asesino ha herido todos los ojos. Se ha visto la asombrosa trayectoria de su fulgor tétrico. Y como se esconde la mano plebeya y encumbrada, vil, impune, eternamente maldita, del criminal...

De pronto, el panorama sombrío, el dolor lacerante, la infinita exasperación española, toma conciencia y reacción, heroica, categórica, en el fulgor de la espada, en la llama-rada del cañón, en la audaz caravana de alas, en la legión innumerable del Sacrificio. El Caudillo se abre paso. Y en su frente iluminada lleva toda la energía legendaria de la raza. Y la vieja Bandera ondea desplegada a la luz de un nuevo sol. Y podemos gritar, a pleno pulmón: ¡Viva España!

Sangre, sangre de Hispania mártir, sangre de nuestro cuerpo, la que corre a torrentes, sangre que damos todos... Pero la Patria está salvada, están salvados nuestros hijos, está salvado el mundo, del orgullo inmundado, monstruoso de Moscú.

El humilde poema de angustia, escrito en la opresión feroz, comprende ahora tres momentos históricos—Pre-sagio, Invocación, Epílogo—y podrá figurar en cabeza de este Cuaderno. Y dejamos, al fin, volar estas hojas impre-tenciosas. Y aun podemos prender a ellas humildes cantos de gloria por España y sus incomparables gestas de luz.

Así, nuestra maldición, sobre los anti-hermanos que vendían su alma, su Patria, al Extranjero, a pretexto de instaurar una democracia falaz, tiránica, reflejo de poder escandaloso, cimentado en la codicia inaudita, en el orgu-llito satánico, en el crimen.

Y la efusión ardida de nuestros espíritus, hacia los ver-daderos, hacia los buenos hermanos, héroes de nuestra li-berdad, de la libertad española, de la libertad humana. Nuestros corazones en llamas por la Patria.

España arroja definitivamente de Europa a la “Intrusa”, tritura el macabro designio, mientras cara al sol nue-

vo, sube el Arbol Eterno, cuyas indestructibles raíces impregnan de santidad ubérrima toda la tierra hispánica. El Arbol de la Iglesia, en cuyas ramas se abren los tiernos brazos poderosos de Cristo...

España ha evadido la sepultura, reconstituyendo su viejo perfil heroico, católico, civilizado, inmortal. Una con-

moción gigantesca, pero también, una Resurrección, una auténtica Reconquista.

¡Calvo Sotelo, Apóstol sacrificado: desde Jesucristo, ninguna sangre de mártir tuvo sobre la tierra un más penetrante, sublime poder de renovación y fecundidad!

¡Viva España!

PATRIA-RELIGION-HISPANIDAD

EN LA "ERA AZUL"
(DIFUNDIDO POR PRENSA, RADIO Y ACTOS PUBLICOS PATRIOTICOS)

De la España que sufre y renace

Hoguera en el Santuario

PRESAGIO

Esta España católica, cúspide de la Historia de cuya gesta humana guarda larga memoria el Mundo—que es la Tierra, los Hombres y la Vida— sobre el místico lienzo en que bordó su gloria bate ahora el martillo con furia deicida. Quema sus viejas naves solemnes de victoria el corazón ausente de la cruel aventura, negras alas anuncian la hora perentoria en que el sol ya no puede vencer la noche oscura, del oro antiguo, forja dolor, sangre y escoria un nuevo pueblo ibero de la mirada dura. Avivad vuestra tea, brazos demoleedores, donde Dios dijo Arte, Hermandad, Religión, poned el fuego vasto y que a sus resplandores el mundo entero admire como ejemplo de horrores los despojos sagrados de nuestra gran Nación. Vuestra mano se alza para herir en lo Alto la España en que nacisteis, la Historia que os trajo Ciencia y Poesía, Escultura y Canción cuanto es la vieja patria demoléis en un salto, pero la fiebre loca que invierte tu trabajo cuando el incendio cese, se trocará en un alto sintiendo aniquilado tu propio corazón. Mas ya la nueva Patria no será nuestra España que en destruir su alma vuestro brazo se ensaña y no tendremos patria, ni tendremos perdón; Avivad vuestra tea, taladrad nuestra entraña,

antes muertos, que oprimos en la corva guadaña que corta el albedrío y ahoga la razón.

INVOCACION

Rectores de mi España en esta hora grave, mientras a la deriva violenta va la nave, el poeta recoge un celeste dictado en el pecho vibrando con virtud de crisol y la emoción patriótica que era ternura suave, con el presente trágico contrastando el pasado, se resuelve en un grito doloroso español. La ansiedad de la Patria lleva recto al hermano tu gobernar fraterno sea paz en la conciencia, el rosario de culpas pase de mano en mano, sea la España, madre en el respeto humano, como inflexible norma robusta de tu ciencia. Rectores de mi España, freno a los vendavales poned, que no habrá fuerza que destruya el cimiento: a los siglos resisten firmes las catedrales, en el espacio triunfo de un hondo sentimiento. Abrid amplias las puertas de las buenas mansiones, no tocad los santuarios, que son de Dios y el Arte: aquel que el vibrar hiera nuestros corazones respetuoso y libre de ese lugar se aparte. ¡Ay, del hombre que pone en su mirar airado olvido de la muerte, del Dios que le ha creado! ¡Ay, del brazo que atente a la divina obra y en su poder no vea el del Padre encarnado el espíritu vuela, la materia zozobra y quien hiera al espíritu no es civilizado! Recordad el antaño, cuando cantando a coro el pueblo—¡oh prodigioso volar de las saetas!— en los mantos divinos bordaba el rubio oro, pueblos de nuestra España de obreros y poetas. Abrid el ancho lienzo de la hidalga Castilla, bebed el auro mística que gesta su heroísmo, hombres cual llanuras, recios pechos de arcilla.

Las

dulces como las mieles del viejo cristianismo.
El ritmo del progreso, la conquista moderna
 no se aviva enterrando la esencia del pasado;
forjad el alma nueva con la substancia eterna
 de la española alma florando en el sembrado,
 Toda ibérica mano, es mano encallecida;
juntemos nuestras manos, signo de fortaleza,
 la hermandad de la Patria, glorifica la vida,
 es salud y camino de unánime riqueza.
Libertad, vitalismo que hace al mundo longevo
 savia noble que funde lo viejo con lo nuevo
 y a la hermandad humana no puede hacer traición,
Libertad, tuya y mía, como el alma que llevo,
Libertad es respeto, propiedad, opinión;
Libertad es estímulo y premio y disciplina,
 disfrute de la vida en justa proporción,
 ley que a todos ampara y a ninguna se inclina,
 porque en la equidad tiene su primer condición.
Libertad: pon en vuelo la voz de tus campanas
 y suene el canto henchido de máximas cristianas
 mística*trionfadora del ritmo universal;
 alumbre la esperanza bajo los amplios soles
 y enlazados los pechos, hermanos y españoles
 abata el rojo ímpetu nuestro grito racial.

EPILOGO

Era el bárbaro puño de la Rusia tirana
 que en su siembra de odio, la gran familia humana
 rasgando el santo nexo tenaz enloquecía,
 era el oprobio, el crimen, la contienda inhumana
 donde la hidalga patria nuestra se deshacía.
 Y los puños en alto, como blasfemia viva
 a la hermandad se alzaban frenéticos, y era
 una larga vergüenza de nuestra raza altiva
 ver ultrajados, rotos, el Cristo y la Bandera.
 Pero, de pronto, el grito del corazón de un hombre
 las espadas de España pone en alto a su nombre

desde la isla atlántica—rebautismo español—
 y ~~que~~ aquél que fuera un héroe--nueva gesta que asombre--
 de la sangrante patria haciendo un sólo hombre
 claya en la noche negra la nueva luz del sol.
 Soldados y paisanos del pueblo legendario,
 desde el civil patriota al bravo legionario
 tras los caudillos abren triunfalmente el camino
 —¡ay, la sangre inocente dada al rojo ideario
 ay, la sangre fraterna en el trágico sino!—
 Es la eternal España rechazando el sudario
 que preparó a la muerte el Soviet asesino.
 Es la España libérrima que vuelve por su fuero
 es la España sagrada de Dios y el Caballero
 que sabe defenderse y no puede morir,
 el empuje invencible del viejo pueblo entero
 que exasperado clama para que viva, muero
 por la mártir España, exhausta de sufrir.

Mayo-Junio-Julio-1936

15 de Agosto

Pabellones del mundo, Banderas de la Tierra,
 Lábaros que las Patrias guardan como un tesoro,
 Saludad la Bandera donde mi España encierra
 Fuego del Universo, luz de escarlata y oro...
 La Bandera que funde en sus dos plasmaciones
 la amplitud prepotente, heroica, de la vida.
 Humanidad que es llama viva en los corazones
 Oro puro aflorando copioso de la herida.
 Y el gemar prodigioso de las veinte Naciones
 brotando en el asombro de la aurora encendida.
 Recio yunque de almas, esplendor de Occidente
 gallardía de espadas y fulgor de la mente
 sobre el vasto planeta y el azul de los mares
 Vuelva la maravilla de tu ondear ardiente

¡Bandera que esculpida de gestas militares
 un estigma cobarde clavaron en tu frente!
 La salvaje avalancha de martillos y hoces
 las ciudades flagelan con martirios atroces,
 los tesoros de arte se hundén en la ruina,
 mas en sus esculturas se humanizan los dioses
 y Dios en su justicia el camino ilumina
La Bandera se yergue en sus alas veloces...
 Pabellones del mundo, corazones hermanos,
 un Aleluya fuerte de los pechos cristianos
 hoy salude el rescate de la vieja Venera
 bajo el dolor presente de los cielos hispanos
 Unánime es el campo de la epopeya ibera
 Sangre y oro de Historia os alarga en sus manos
 España, vieja madre, sobre la roja hoguera
 Inmortal escultora de los hitos humanos
 mientras arroja al bárbaro la luz de su Bandera
 "Paz" grita, desgarrándose, a todos los hermanos...

1936

Plegaria en el 15 de Agosto

Virgen rubia de Agosto, Virgen de Maravilla
 que troquelas en vida el oro del Estío,
 y el divino milagro nos dejas en la arcilla
 de pámpanos y espigas formando tu atavío
 Virgen rubia de España, Egloga luminosa,
 de los fecundos ritmos prolifera Señora,
 que el aliento celeste pones en cada cosa:
 tus alas hemos visto en los campos de agora;
 tus tersas alas rubias han visto nuestros ojos
 poniendo un signo áureo sobre cada terrón
 y era el oro bruñido sobre los campos rojos
 la Bandera de España, Siembra y Resurrección
 Ave María Virgen, Virgen de maravilla

de este Agosto de sangre Milagrosa Señora,
 arranca para siempre la bárbara semilla
 que el pámpano y la espiga de la Patria devora...
 Salve Virgen bucólica, Virgen hechicera
 como un pecho potente palpita la Bandera
 en el viento que lleva hasta Tí esta plegaria,
 hoy lágrimas amargas lo que alborozo era,
 en mi frente las deja mi madre octogenaria...

¡Toledo!

Toledo, roca eterna, vivero de soldados,
 trenzan locos el viento los bárbaros arietes.
 El Alcázar soberbio sangra de sus costados
 y en muralla de pechos asoman los Cadetes
 cual una estampa heroica de los tiempos pasados.
 Cada piedra vetusta, cada sillar sagrado
 que cae, deja erguido luchando un corazón.
 ¡Setenta días épicos! El mundo se ha llenado
 de ensueño, de epopeya, de espartana ilusión
 ¡En la Imperial Toledo, el Cid ha cabalgado,
 en sus huestes guerreras, Cadetes de emoción!
 Toledo, roca eterna, torres y minaretes,
 sobre el Tajo fecundo, vuelo de Catedrales,
 puertas, puentes, arcadas y signos imperiales,
 en la victoria brillo de viejos guanteletés
 ¡y el nuevo sol de España puliéndote a raudales!
 Toledo todo Alcázar, y romanza y leyenda,
 y liturgia y pinceles y gubia y pedrería,
 donde el bárbaro quiso poner su roja tienda
 España renaciendo castiga la osadía,
 Numancia y Zaragoza vivas en la contienda
 Del Alcázar al Mundo, corre la Epifanía
 ¡Alcázar de Toledo es hoy la Patria mía!

¡Madrid! ⁽¹⁾

¡Victoria! ¡Arriba España! ¡Madrid, Madrid es nuestro!

En la garganta bárbara se anudó el brazo diestro,
 el corazón hispano sobre la espada vuela,
 Símbolo que eres Cumbre, grita aprisa en mi estro
 ¡Galeón de la Isla, empenacha tu vela!
 Madrid, Madrid heróico, claro Madrid, entraña
 de la ibérica tierra, alma ágil de España
 que en la nueva epopeya, hoy la cúspide toca;
 en la torre más alta palpita la bandera;
 hacia tí va la Isla, que es mar y sol y roca,
 como el pecho del César facedor de la hazaña,
 ¡viva imagen del Atlas sosteniendo la Esfera!
 Sobre el cuadro goyesco Cristo extiende sus brazos,
 la satánica turba hace a Lenin pedazos,
 y en la imperial aurora asoman los pinceles
 de Diego de Velázquez, cara a la luz de Franco,
 y nunca viera otoño tal verdor de laureles,
 ni Madrid tal murmullo de fraternos abrazos.
 ¡Soñando con la pluma de Cervantes, el Manco,
 de su mármol extático despierta la Cibeles!
 Puerta del Sol flamígera, hoy el sol que te baña,
 en el rojo y el gualda, es el gran sol de España.
 Ya apagó en tu recinto su alarido la fiera;
 en el reloj vetusto, la fantástica bola
 al caer canta el signo de la histórica Era
 ¡y el grave minuterero de la ansiedad española
 salta alegre en el péndulo que ritma la Bandera!
 Madrid, frente de España, montaña profunada,
 donde febril el mundo ponía su mirada,
 porque en tí la Península se jugaba la vida,
 pueblo del 2 de Mayo, rezumante de historia

que con donaire nutre su entraña dolorida
 ¡en cada vieja piedra aromada de gloria,
 el alma de la Patria alzándose encendida!
 Madrid, Cercado y Corte, hija de Emperadores,
 por donde pasó España con todos sus dolores,
 con todas sus miserias, con todas sus grandezas,
 Madrid, sede cristiana de juventud y amores,
 Madrid, Madrid, espíritu de todas las bellezas,
 pueblo hidalgo de España, que no admitió traidores,
 ni ultrajó su pasado, ni toleró bajezas
 flor de Castilla abierta a todos los albores;
 hoy en un ¡Viva a España! se queman tus flaquezas
 ¡y tu Nación te traen los reconquistadores
 con la espada de Franco florecida en proezas!

Libre elegía

Un disparo de flechas en el viento,
 recto a los ojos pérfidos del mundo,
 tromba de luz en la ceguera absurda
 de las decrepitas pupilas,
 que a la vergüenza abrieron
 el vigoroso iris wilssoniano...
 ¡Y España en su martirio, fuerte!
 Si de la pléyade el Adalid sucumbe,
 libre y sereno por la Tierra vuela,
 hijo de Cristo y del Manchego Hidalgo,
 toda el alma de Iberia en su Deseo
 y todas las adargás en su brazo.
 Y todo Azul, en el azul de otoño,
 y todo Azul en el azul de España,

(1) 15 de noviembre. Noche jubilosa del Avance

parto de flechas en el cielo heróico,
 siembra profética sobre el suelo patrio.
 El Sol le borda la Camisa Nueva,
 y en el madero rubió, su cabeza
 cara a la Eternidad, bebe ternura
 la épica ternura renaciente,
 de Hispania eterna, recia en su martirio,
 con los viejos trofeos de su Historia,
 y un horizonte nuevo, vasto, vasto, vasto
 que de asombro dilate las pupilas,
 a Moscú complacientes,
 decrepitas pupilas
 que no creyeron despuntaba el alba...
 Las cinco rosas por el mundo abiertas
 y el Adalid Emperador. Sus flechas,
 —fuego celeste de Justicia—quemán
 las puercas fauces de la hiena asiática.
 ¡En los clarines de Falange, un reto!

Hispania fecunda

(Moscardó, en la epopeya)

Del Alcázar, las piedras en montaña
 —células de la Historia conmovidas—
 cantan la reciedumbre de esta España
 a quien nutre el dolor de sus heridas.

Como un milagro de su rota entraña,
 la sangre gesta un ímpetu de vidas,
 que hogaño es fuerte a renovar la hazaña
 quien al mundo ofrendó veinte paridas.

Cuando al Caudillo, el bárbaro en delirio,
 sentenciando del hijo la inmólada,
 pide que el vientre maternal taladre,

oye al bravo gritar en su martirio,
 puesta en Cristo la heróica mirada:
 “hijos a miles hoy me da la Madre”...

Loa fácil del General

Desde el baluarte sevillano,
 el general Queipo de Llano,
 estampa recia de caudillo,
 tan justiciero y tan humano,
 tan arrogante y tan sencillo,
 temple curtido al sol hispano,
 fuego en el verbo y en la mano,
 con “canallero” al estribillo,
 siempre humorista y campechano,
 al enemigo hace un ovillo,
 el general Queipo de Llano.
 Es como acero toledano
 el general Queipo de Llano.
 Limpió del rojo Andalucía,
 y su voz ronca desafia
 tenaz, los vientos más hostiles,
 para la guerra tiene el día,
 para la noche, proyectiles
 que en los oídos abren vía
 pulverizando la osadía;
 con una mano enjuga llanto,
 con otra mano siembra espanto,
 es el Dolor y la Alegría...
 Así en su furia o su templanza,
 en un esfuerzo sobrehumano
 amasa el pan de la esperanza
 desde el baluarte sevillano,
 —flor de optimismo y valentía

donde es hoguera el sol hispano—
 el general Queipo de Llano
 Es como acero toledano
 el general Queipo de Llano.
 Su charla se hace legendaria,
 y de su albricia lapidaria
 no hay en el mundo quien prescinda;
 corre la voz en luminaria;
 hierro al "Verrugas" o a don "Inda",
 parte, lección, catilinaria,
 al soldadito frase linda,
 grita al marxista que se rinda
 eanta a la Virgen en plegaria,
 o sus verdores finos brinda
 a la insolente "Pasionaria"
 y sus mil hijos, o deslinda
 con sutileza extraordinaria
 de la extrangia ávida y varía
 la gruesa paja del buen graño...
 Así, severo y campechano,
 en su briosa charla diaria,
 desde el baluarte sevillano,
 el general Queipo de Llano
 lleva a su España de la mano...
 Es como acero toledano
 el general Queipo de Llano.

La siembra

Visión de los postrimeros días de
 la "era roja" y publicado en el
 inicio de la "era azul"

Era la hora en que luchan, entre los velos del firmamento, las dos luces eternas. La del día, santificada en afanes; la de la noche, nutrida de misterio, que es tregua, reposo del cuerpo y de la conciencia.

La Ciudad vibra ahora bajo el ala eléctrica, que ha permitido al hombre prolongar el resplandor luminoso, falso día que no puede desterrar las sombras auténticas.

La caravana humana pasa, interminable. Gran ritmo de salud, tornándose duro, epileptoide, morboso. Imponente cortejo de extraña emoción, que pone en fuga rápida una acentuada angustia filosófica, mientras se abre el mantial, fácil, fresco y hondo, de nuestra ternura. Es un desfile de hermanos portadores de júbilo; pero a quienes envuelve una alegría que parece hecha girones macabros.

El pecho oprimido casi no respira, como si las mil manos de Dios que se cierran en puño alzado, cayesen sobre el mísero varillaje que protege la fragilidad del corazón, más sustancialmente fuerte, sin embargo, que el mismo puño amenazador, blasfemia viva y dolorosa de nuestra inquebrantable hermandad.

Mientras te saludaba, hermano, el fuego de tu puño quemó en mi labio el himno portentoso de Schiller cantando a la constructiva Alegría. Y sentí la orfandad de tu mano, de la santidad de tu mano, fuerte y hábil en el trabajo—del trabajo que nos mantiene a todos sobre la Tierra—, blanda y fraterna para descansar amparadora en el hom-

bro del prójimo y recoger una lágrima de los ojos en pena, inevitados eternos del humano sufrimiento.

Unos pies diminutos puntean al borde del balcón.—Papaíto: ¿a dónde van tantos hombres y que llevan en el puño apretado?

—Hijo mío, esos hombres vienen de una larga playa de arena negra, ardiente y dolorosa y a puñados la llevan al lecho de otro mar donde la arena es fresca y dorada, hecha para que jueguen, crezcan y se fortifiquen todos los niños del mundo.

—¿Y se han de mezclar las dos arenas, papaíto?

—Sí, hijo mío, pues que son de igual condición y todas juntas rubias como el Sol...

—Y ¿por qué levantan ahora el puño y cantan a gritos?

—Porque presienten que la arena ha de convertirse en grano fecundador y van a la siembra, como aquellos hombres que viste en la estampa escultórica, desparramando la semilla sobre la ternura de la tierra que nos da alimento y fuerza.

—Pero, papaíto ¿y por qué entonces los ojos de estos hombres buenos parecen mirar con terrible enfado? ¿Y por qué tantas mujeres les siguen y de la mano también sus niños, alzado el puñito de la arena negra?

—Hijo mío, esos hombres no pudieron sonreír todavía; no pondrán los ojos alegres hasta que no lleven toda la arena negra a la playa rubia. Y estas madrecitas han puesto en el puño de sus hijitos una ofrenda. Mira como los niños van jubilosos y el puñito se eleva hacia Dios; pronto será una sola manecita abierta señalando al Cielo, como yo quiero esté siempre tu mano, que se unirá más tarde en el signo del trabajo a la de esos niñitos, tus hermanos...

—Papaíto, ¿y tardarán mucho estos hombres en transportar toda la arena negra hacia el mar de la playa de oro?

—Hijo, la voluntad de Dios se cumplirá siempre; la voluntad de Dios nos trajo al mundo; la voluntad de Dios nos mantiene en él, con alternativas de dichas y dolores que llevan esencia de justicia inmanente; la

voluntad de Dios nos volverá a su seno y entonces, sabremos, realmente, por qué vinimos, cuanto fuimos y cuanto somos. Pero ten por seguro que más sufriremos, mientras más ruines y menos generosos seamos; mientras menos conformidad tengamos con el común destino, siempre claro y divino dentro de la bondad y la fraternidad. No odiarás, no envidiarás, no matarás; no querrás para tu prójimo lo que no quieras para tí; le amarás y ayudarás como a tí mismo. Premiado ser el que cumpla estos preceptos, ahora o después, que lo mismo dá.

Esta pesada arena de la playa honda y negra del Dolor, acarrearónla los hombres con el pecho desnudo desde el día primero de su existencia, mientras el cerebro era antena prendida desesperadamente al rayo de la sapiencia y el "creced y multiplicaos" se hacía carne volando en las eternas alas procreadoras del Amor... Pero no, hijo mío, ya sabrás de todas estas cosas, ya sabrás que todas las manos juntas del Universo no podrán transportar la inmensa carga negra de nuestros dolores en tanto no aprendamos a ser verdaderamente hermanos y tengamos presente el origen y el fin de nuestro destino, complejo de luz y sombras, en el aliento vital sagrado que lleva cada partícula de nuestra sangre, gloriosa mensajera incesante del corazón...

El fuerte sea respetado del débil, y el débil, respetado, ayudado y confortado del fuerte; el inteligente respetado del torpe, y el torpe respetado, educado y salvaguardado del inteligente; activo favorecedor del pobre, el pudiente, y el pobre, respetuoso, comprensivo con el que alcanzó la riqueza; premiado, glorificado, el trabajador, mientras el vago es castigado a la vergüenza ruinosa de su pereza, que el trabajo es la sola fuente de fortaleza y de bienestar, motor del eterno sueño del progreso humano, escala mágica que nos lleva hacia el que nos dió la vida y Su Sabiduría derrama en sustancias graduales entre los hombres, gran misterio del mundo y su diversidad, de su grandiosa armonía, manifestándose espiritualmente en prodigiosas e infinitas formas físicas. Dones de Dios, beneficio del traba-

jo—obligación, tributo vital unánime—sean en la mano del hombre instrumento de equidad y equilibrio, justicia y premio...

Y ante los ojos interrogadores, desorbitados por la ansiedad del misterio y el misterio de la ansiedad, de este hijo, a través de los cuales parecíame ver los ojos inquietos de todos los hijos del hombre, sentí como nunca a Dios en mi corazón--corazón, Dios de la naturaleza humana, que nos mantiene la gracia de la vida con su latido generoso que es el latido mismo del corazón divino de quien venimos y a quien volvemos, como la vida sangre sumisa al corazón—sentí como nunca en mi pecho a Dios, con la oración sin palabras desgarradas... Y ser "Aquél" que sufrió de martirio y dió su vida por la redención del hombre, porque la Felicidad, el Amor, la Paz, reinaran siempre sobre la Tierra...

Conferencia patriótica en Inter-Radio Las Palmas

Ocaso y Nueva Aurora de España.—República intelectual y escuela de barbárie.—Los cinco ríos eternos.—Leopoldo Matos, mártir, y el saludo de la Juventud Canaria

Esta máxima maravilla que nos permite sembrar en el éter unánime la humana palabra; este prodigio, el más emocionante, que el hombre arrancara a la Divina Sabiduría, nunca apareció, ciertamente, a nuestra conciencia con mayor designio providencial.

Aparejar las alas para el vuelo en las ondas paternas,

vale tanto a esta hora, como pretender ascender hasta el mismo Dios. Y solo con luz de Verdad en el alma, puede llegarse hasta El.

Y nunca, como en este verano de sangre y de redención española, fué esta fantástica almena del sonido desde donde podemos lanzar al espacio el corazón, fortaleza indestructible de la Verdad, de la Justicia. Y así, nos ha sido dado ver como en el éter se hacía pavesas la palabra maldita de los profanos monstruosos de Dios, mientras corría encendida, inapagable, con radiante vitalidad, de un punto a otro de la Tierra, la voz innumerable de España expandiendo, hora tras hora su sacrificio y su victoria, anunciando al mundo su nuevo amanecer dentro de la Historia, la Historia, que si fué poema renovado de las asombrosas gestas de España, en sus páginas modernas preparaba al nombre universal de nuestra Patria galeradas de ver-güenza.

De la muerte, que alargaba su garra frenética sobre el cuerpo de España, viejo y bello—viejo, con la vejez evocadora de toda una civilización maestra y reverenciada; bello, con la belleza de una tierra en perpetua doncellez robusta, sola capaz en su seno ubérrimo de un dinamismo creador de mundos,—de la muerte, que insidiosamente iba mordiendo y despedazando su espíritu, poniendo cerco terrible a su vida venerable España se alza de nuevo en la Historia con la gracia milagrosa de una juventud plena de brío y de abnegación, de una juventud heroica y eterna, que toma sobre sus hombros las preocupaciones del mundo, como providencialmente elegida para dar la batalla al bárbaro enemigo del Universo.

El gran penacho hispano todo hecho de viriles gallardías, de culminaciones inigualadas dentro de los amplios gestos creadores humanos, apenas si asomaba en la epiléptica curva de los días nuevos; la secular España de los vitalismos maravillosos, desandaba jadeante el camino y solo parecía alentar en el tiempo como una sombra, como un suspiro. Ya no cabía ningún alborozo espiritual. A sensible-

ro, a *cursi*, sonaba el retrotraerse a los grandes días históricos, desempolvar los trofeos de la universalidad de España, los testimonios grandiosos de sus extraordinarias lecciones órbicas.

Y ha de ser ahora extraño, que en este súbito despertar de los espartanos días que vivimos, envoivamos el dolor lacerante que nos produce el desgarramiento de la carne fraterna, el desventramiento atroz de nuestras admirables reliquias de arte, en un grito de júbilo, cuando tratamos de poner en pié lo que, aún pareciendo muerto, abatían, sádicamente, y sin freno, manos bárbaras y anti-españolas.

Los ojos de la Historia, desorbitados en el espanto, miraban el increíble, trágico, definitivo desvanecerse de España sobre el viejo horizonte de las auroras triunfales que nunciaban larga inmortalidad en el gemar prodigioso de sus héroes y sus sabios, sus conquistadores y poetas, sus santos y sus guerreros, sus reyes y sus artistas inimitables, que hicieron del solar ibérico una joya pulida y resplandeciente cuyo fulgor iluminara tierras nuevas, desparramándose por el planeta entero.

Pero en esta gran esperanza de haber encontrado nuestra España cuando iba a perecer, de haber rescatado el viejo, el esencial espíritu español, tal vez sea lo más oportuno trocar aprisa el noble grito de alegría en un trabajo de reflexión, de concentración profunda.

En una intensa depuración de la conciencia démonos cuenta, de verdad y ante todo, del origen de este mal que iba preparando la sepultura a nuestra Patria.

Pero no hemos de remontarnos—que el tiempo no lo consiente, ni es preciso,—a términos lejanos de la vida española. Dejemos en paz a tanto profeta, de una y otra ideología, manoseados con exceso especialmente del año 98 acá, y discurremos, modestamente, por nuestra propia razón, con la visión más próxima sencilla y eficaz, sobre el gran drama español.

En el panorama del mundo, saturado de plenitud intelectual, rudamente conmovido por la épica lucha evolutiva,

donde la gran colmena humana aparece elaborando febrilmente la miel futura de su suerte, después del sangriento arrebató gigantesco de la Guerra, España moralmente ex-tática, pudo servirse con fácil alborozo un nuevo régimen que venía como en bandeja de oro, sin nada de escarlata, quiero decir, con ausencia del emblema fundamental de su bandera.

España se había aprovechado de la Guerra y no derramó una gota de sangre. España se jactaba de su luminosa actitud neutral. Fuimos, reiteradamente entonces, un pueblo dividido y sin nervio. Un pueblo jadeante, sin misión histórica. No supimos combatir por nada, ni podíamos, probablemente, combatir, lo que hubiera sido purificarnos, tonificarnos, crear una nueva moral, asentar un nuevo ideal.

Con retraso inverosímil en la curva cultural de Europa, abandonado el que es problema primordial de un pueblo, materializados torpemente, era lógico que se acusara con intensidad el descenso. Nuestra intelectualidad, valorada de preferencia, representaba cumbre aparatosa y falaz. Una ausencia absoluta de convicción espiritual le daba fisonomía. Fuimos clavando entorchados, enfatuando a los que se proclamaban mejores y más europeos, por gracia de ceguera en los otorgantes y de audacia en la vanguardia ambiciosa. El egoísmo andaba disuelto en la común alegría.

A la sombra de un mando supremo distraído, fatigado y sin poder creador, medraban las mesnadas pretenciosas, que ya con la amenza, o con la adulación, según alternativamente exigía la estudiada estrategia, iban encaramándose en sus posiciones.

Para gran parte de aquellos que habían de preparar la tragedia y que bien podríamos calificar de enemigos selectos del viejo régimen, eran los pensionados, las becas, las sinecuras, los viajes culturales y los marchamos internacionales, solicitados oficialmente. Vimos pegados al carro burocrático y burgués, o bebiendo indirectamente del mismo y de las empresas poderosas, aposentados con extipendio en los archivos de los duques, cuando no a mesa y man-

tel en las grandes casas, a los mismos que fustigarán después al pueblo convertido en jauría, contra todo ello.

La misión pedagógica, el sacerdocio cultural, ni antes, ni después, podía ser otra cosa que un engaño. Bastaba con la etiqueta. El poder estaría basado en una orientación equívoca de civilidad, en la ignorancia del pueblo, cuya consecuencia había de ser el relajamiento moral unánime.

Y así, desde los primeros días de la nueva era—confesémoslo con gallardía—la República respiraba odio, incompreensión, insensibilidad, enfatuamiento, torcedura grave del sentido histórico de España. A los primeros actos de ineducación del pueblo, a los primeros actos de barbarie, a cada arrebol incendiario que tiñó el cielo de España, una risotada complacida de sus nuevos rectores caía sobre el sufrimiento de los que sabían pereibir el alarmante síntoma.

Y la nave comenzó a bogar en la tormenta, sin un solo momento de lucidez en el mando—que ahora vemos el engaño de los días optimistas—marchando, al fin, a la violenta deriva. Un pueblo nuevo—el solo pueblo que era tal para los dirigentes, impermeables a todo sentimiento de concordia—enseñaba, dientes de canibal remando en las piraguas rojas de Moscú. No importaba. Nuestros prohombres, sin otro poder efectivo que el de esa enloquecida masa analfabeta, rasgaban el último nervio sensible, ahogaban su pretendida espiritualidad en la ola de barbarie, que no intentaban siquiera dominar, aunque anunciaba cada día con un nuevo hecho vandálico, la próxima gran hecatombe española.

Esas hornadas de jefes que habían logrado el milagro único de cambiar súbitamente los sentimientos políticos de un país, al cantar con una adulación prolongada las excelencias incomparables del populacho español—que no del verdadero pueblo conjuntivo—ya ponían de manifiesto la farsa siniestra que jugaban. Pospusieron el patriotismo más elemental, a la empresa de su teoricismo vano, guiado

por un complejo de orgullo y de codicia. Se lo jugaron todo, como si España no existiese.

La embriaguez producida por la destrucción de un régimen sin lucha, la borrachera de mando, la ausencia de resorte moral que hizo posible la improvisación de todo aquello, nos había de llevar, sin remedio, al verdadero caos, librenos Dios decir que por falta de virtud del régimen republicano en sí, pues seríamos insinceros ¿quién podrá decir a esta hora donde esté la verdad de las formas políticas, dentro del inmenso y diverso movimiento vibratorio actual de los pueblos en perspectivas contradictorias, con modalidades ya seculares, o novísimas y experimentales, felices o infelices, que son como escalones de una evolución que nadie puede atajar?

Pero lo evidente es, que necesitábamos ¡oh dolor! pasar por una etapa de purificación. Habíamos hecho larga mofa de la bondad de Dios en un periodo de universal turbulencia. Y si esquivamos la guerra, poniéndonos al margen de un ideal europeo, la pequeñez del espíritu directivo español, logró el milagro, con largo sabor de sangre, pero milagro al fin, puesto que reservaba a España una revelación de lo que estaba oculto, de lo que estaba en latencia trabajado por el dolor, fecundo como nunca, el resurgir de la verdadera España histórica, que se abre paso entre ruinas desde la Cruz para volver a su puesto de lucha, de abnegación, de sacrificio por la humanidad y para su grandeza.

¿Pudo evitarse el desgarramiento previo a este parto que nos trae, entre sufrimientos dantescos, al hombre español de semblante nuevo, donde encontramos el arquetipo de la vieja raza, al hombre de líneas espirituales que dicen firmeza, generosidad, valor, sueño alto y limpio, amor hondo a la Patria de nuestros antepasados, a los ideales de progreso, de verdadera democracia y de justicia? No. Era preciso cerrar el paso al español sin patria, sin moral, al extraño, al enemigo, expulsar a los profesores de barbarie que no podían construir sino bárbaros en ultraje biológico

a la jugosa semilla española y humana de nuestro señor don Quijote.

Expiamos nuestras culpas terriblemente. ¿Cómo podía ser otra cosa?

La lección ha sido dura, la más dura lección sufrida por los pueblos de Europa en nuestros días. Solo los pueblos que no se apartan de sus grandes destinos históricos, o lo que es lo mismo de los grandes destinos humanos, solo los pueblos que saben rectificar a tiempo sus errores aceptando máximas penalidades, se salvan. Mirad la Europa de nuestros días. ¿Cuánta enseñanza maestra! Y aún quedan seguramente expiaciones considerables. Pero hoy resultaría peligroso para nosotros penetrar en estos linderos exógenos del juicio.

La Historia seguirá hablando y España, nuestra doliente España, vuelve a sus páginas antañonas, con los atributos de redentora y mártir, poniendo su vieja luz en el estremecimiento gigantesco de los nuevos días del mundo.

De entre los escombros de esos grandiosos monumentos arquitectónicos, hitos sagrados irguiéndose en un maravilloso vuelo de oro a través de los siglos desde la infancia de la humanidad, España resurge con las líneas firmes de una admirable belleza imperecedera. Sus cicatrices dolorosas serán abrevadero universal de emoción. Y cada piedra de sus derruidos templos cristianos, tendrá la virtud de cantar, de norte a sur, sobre la tierra fértil y bella, la lección del Rey sabio en el siglo XIII, "España es como el paraíso de Dios, pues que está bañada por cinco grandes ríos..."

Las linfas fecundas y eternas del Ebro, del Duero, del Tajo, del Guadiana, del Guadalquivir, sobre las anchas cuencas de oro, como en otros tantos días de gloria, beben hoy el rojo español, la sangre bendita y vivificadora.

Y ahora, hermanos canarios, no sabría cortar esta comunicación espiritual con vosotros, sin antes deciros de una angustia, que por ser de la isla, lo es de todos.

Cuando ya no cabía el espanto en nuestra alma, las

hordas feroces aún nos reservaban la estupefacción de un nuevo crimen horrendo, que viene a herir rudamente el corazón isleño.

Gran Canaria, en una fusión de sangre y de dolor históricos, ha sentido en su propia entraña, la desgarradura prolongada de la Patria. Uno de sus hijos más ilustres, uno de sus hijos predilectos, de los que más la amaran y la honraran, ha caído en el torbellino trágico. En el largo martirologio que surge de esta era de barbarie, el nombre del gran patriota, del gran español que fué Leopoldo Matos y Massieu, está inscrito, para orgullo de la isla, con el ungido trazo inmortal que la Historia reserva a los nombres de los santos, de los heroes.

Grande, señalado, sublime, era ciertamente el privilegio otorgado por Dios a esta excepcional figura de nuestro recinto insular, que había ganado una fisonomía de primera magnitud en el escenario español, pero, tan intensamente se clavaba en el pecho el pesar de su terrible partida, que durante muchos días hablamos resistido a la aceptación de una tamaña realidad. Todos los canarios hemos perdido a un verdadero hermano, algunos como yo han visto hundirse en el silencio sin término, al hermano y al amigo paternal de los mejores años de vida y lucha, cuya ausencia, aún nimbada de gloria, ha de arrancarnos lágrimas y gritos de indignación cuanto dure nuestra existencia.

Estaba predestinado Leopoldo Matos, gran cristiano, gran caballero, voluntad firme, inteligencia luminosa, alma de adalid forjada en el yunque de las virtudes más puras y de las generosidades más pródigas, a caer por su España. ¿Y qué proporciones dilatadas y hondas no alcanzaría su labor y su inquietud por nuestra España, cuando el enemigo ha saltado con fiereza incontenible sobre su vida hecha de una serena armonía constructiva, su noble vida que respiraba salud, fuerza, trabajo, lealtad, majestad de amor por la familia y por la Patria, para su isla canaria que en el manantial copioso de sus efusiones cordiales surgía, invariablemente, con el generoso frescor de la más abérrima

bondad! Estaba orgulloso de su isla y a ella se dió por entero cuando trás rudo esfuerzo hubo escalado las cimas del foro español. Fué el esforzado luchador de sus más señaladas conquistas. Siguió valerosamente el ejemplo del más grande patriota y bienhechor canario. Y sufrió de ingratitude. Su isla le abandonó, esta Isla que había crecido sin ternura, inconsciente al fenómeno de un desdoblamiento social, y de riqueza única en la historia de los pueblos, porque en poco más de media centuria, de sus clases modestas y trabajadoras había nacido un pueblo amplio y próspero, orgullo de la Patria española.

Por el amor a su isla, fué rector de la Nación, y desde los Consejos de Gobierno, asomó su corazón democrático y recto, sereno y humanitario, genuinamente isleño, oponiéndose a toda violencia, a toda inhumanidad, a todo anti-liberalismo. Como primer Ministro de Trabajo fué un innovador social en España y sus fueros de hombre de gran jerarquía espiritual hubieran sido intangibles en cualquiera otra Nación. ¡Te han quitado nada menos que la vida, Leopoldo Matos separándote del amor intenso de los tuyos, del servicio de la Patria y de la Justicia, a golpe cobarde de fusil! Y habías evitado un día la guerra civil en España.

Pero mientras caías santamente, con todos tus amores estallando en el pecho, a tus ojos sin duda, le fué dado ver las hileras marciales de los cruzados canarios, de nuestra generosa juventud, raíces del viejo tiempo en el florecer nuevo, que te presentaban las armas como en saludo conmovido, corriendo a defenderte, porque iban a defender la Patria, voluntarios heroicos, del más sublime ideal...

Y desde esta profunda ansiedad del alma, hermanos canarios, quiero ver en la estampa inolvidable de esos heroicos muchachos nuestros, cuadrados militarmente antes de la partida en la vieja plaza de Santa Ana,—esa amada plaza a la que un día quisieron poner el nombre de Leopoldo Matos, rehusándolo—como el inicio del gran homenaje de gratitud y desagravio que debe la isla, al hoy mártir español, her-

mano inmortal y venerado, cuyas cenizas merecen ser guardadas en la vieja Catedral de Las Palmas, junto a las del gran patrio León y Castilla...

Las milicianas cornetas de antaño, resuenan de nuevo con ecos del viejo corazón isleño, bajo las bóvedas históricas de la Basílica canaria. En este radiante día de domingo septembrino, durante la clásica misa de doce, parecían poner en su agudo vibrante, un arriba España y un arriba Gran Canaria, que se fundían, como nunca, estrechamente en una inmensidad de dolor, de esperanza, de orgullo y de grandeza. He dicho.

Septiembre 1936

Despedida a la Virgen del Pino

(Desde Inter-Radio Las Palmas)

Virgen de la Isla, Madre y Señora, que pusiste toda la gravitación espiritual de los cielos, sobre la ciudad atlántica, en un doble "Septenario" histórico, donde los días y las noches tuvieron el perfume de una respiración honda y nueva, de transfiguración gloriosa, que expandía el aliento de la Fe, de la Confortación, de la Esperanza, la mística embriaguez de fusión con lo Eterno, la comunión inefable con Dios y con la Patria.

Virgen nuestra del Pino, Madre de Maravilla, que ante la inmensa zozobra del alma cristiana y española, mientras llegaba hasta Ti el corazón canario unánime, como mar gozoso y humillado sobre vasta playa de oro, devolvías nuestra Rogativa fervorosa por España, en luz de amparo, con-

suelo y fortaleza, cual si hubieses tornado invulnerable al mal y la desgracia, nuestra miseria humana. Y unguidos en el misterio de Tu mirada acogedora, desde el amargo designio de nuestras angustias terrenales, en trance de substancial felicidad, sentimos la vida de la Patria y nuestras propias vidas.

Virgen nuestra, que nos hiciste buenos, generosos, patriotas, ardientes en la hermandad, caritativos, honestos y sencillos. Y arrullados por la música divina que brota de Tu tierno y solemne silencio, hemos dormido soñando con la Paz de Tu rostro dulce y moreno de mujer canaria, cuyos ojos destellan un alerta de amor seguro, acerado, pródigo, por nosotros.

Desde las viejas naves de nuestro Templo, día y noche, el latido de Tu Bondad Unica, ha volado sobre la ciudad vestida de litúrgico alborozo, en tanto el río humano, la romería inacabable, iba y venía de postrarse a Tus plantas con el corazón encendido de gratitud.

Y en esta mañana inmarcesible de octubre canario, Virgen de Egloga y Romance, al paso de Tu deslumbradora Realeza, camino de Tu Sede de Ensueño—; nuestro Teror virgiliano, “Vía Láctea”, sobre el Atlántico, proyección de Santiago y Covadonga sobre el azul de las viejas Hespérides!—todos los pechos han sabido decirte, en una larga incomparable apoteosis, el acendrado reconocimiento de Tu pueblo católico, su eterno vasallaje de amor.

Dejando en el viento un suave claror de esmeralda, toda vestida de verde, toda color de esperanza, te hemos visto partir, Virgen Santísima, recibiendo Tu Promesa con los pañuelos de emoción desplegados en saludo imperecedero.

Has puesto de rodillas, Madre, a todos tus hijos, y has henchido los ámbitos isleños de cánticos de aleluya. En la luz, en el milagro de Tu mirada tranquila, ¡cuánto ojo ciego ha recobrado la lumbre de su religiosidad perdida! Has acercado a su Historia la ciudad amada, que en una libre alegría republicana, intentaba trocar su perfil severo, risueño y cristiano, en ciudad hosca, irascible y escéptica,

pero, en cuyos habitantes leales no podrá apagarse jamás el eco de aquella gran voz que gritó bajo nuestro cielo: “Gran Canaria por los muy altos y poderosos Reyes Católicos de Castilla y Aragón”.

Viniste, Virgen de la Isla, trayendo sobre el imán de Tu poesía ultraterrena, el esplendor de nuestra vieja Bandera rescatada, que despuntó como una aurora en campos de sangre, anunciando la nueva Era de España. Paz y Victoria exultaba la flor de Tu semblante sereno, que en las noches de soledad y de tiniebla religiosa, los ángeles vieron perlándose de lágrimas por España.

Y del rojo y gualda santo, que parecía renacer humildemente tendido a Tus pies, manaban las estrofas del nuevo canto épico que España va esculpiendo, donde los versos de las grandes gestas históricas prosiguen con hexamétrica escultura, diciéndonos la entrada triunfal en el escenario de la Vida, de los héroes cuyas acciones sublimes no se borrarán jamás, porque forjan una España digna de su pasado que servirá de estímulo perenne a todos los siglos, a todos los seres...

Virgen Santísima del Pino, Pilarica nuestra, desde el sosiego de tus verdes montañas, oíste el frenético galopar de los bárbaros sobre el suelo sagrado de España. La tierra bendita profanada, sorbe sangre de mártires, sangre de hombres, tanta sangre de hombre español, que a fuerza de beber heroísmo humano, podríamos repetir, que España parece haberse hecho toda Hombre.

Alentando el milagro, enardecido el brazo, proyectando el triunfo, ungiendo de gracia los corazones, como en el antaño hispánico—bendición mirífica sobre la tierra espantosamente conmovida,—la Sonrisa de las Vírgenes Serenísimas, mensajeros del Padre, donde fulge Tu Imágen hechicera, Virgen nuestra, Capitana Generala, desde el formidable lomo oceánico que sustenta el navío sorprendente de la Isla.

Vuelan en el viento flechas de “Mi la Reina”, flechas del pecho dolorido de las Vírgenes, que son espigas ardientes

de entusiasmo saltando al pecho de las falanges maravillosas. Y todas las voces de los viejos caudillos españoles, se juntan en una sola voz que es toda ciencia y corazón, eco, vigor, y potencia fulminantes, en las centurias del sacrificio, en los soldaditos de España. Ante nuestros ojos, las pléyades innumerables de hermanos sacrificados, muertos, que salen vivos del mundo porque cambiaron su vida en inmortalidad. El cuadro íntegro, inenarrable, de nuestra España alzándose desde su calvario, ardiendo en pasiones y en amores hacia una época nueva, abrasada en fuego que quema y purifica, llenando la tierra de asombroso fulgor, donde las estampas de los héroes y semidioses desfilan sobrepasando la Historia y cuantos crearon las mitologías fabulosas. ¡España, no sólo una llama, sino miriadas de llamas, miriadas de fuegos, surgidos a la vez, desde donde, abiertos en triunfo, fulgen los brazos justicieros y misericordioso de Cristo! Y no es un héroe el que derrama su sangre, el que muere, el que ofrece su vida en un supremo esfuerzo de fervor, es toda una Nación, convertida en Héroes. Dios, Único Poder Espiritual, ha hecho el milagro. Y percibimos como el alma no mata, ni se mata, no se deshace, no muere... Dios y la Patria están así hablando a todos los corazones. Y la mujer se alinea en el combate, desde su puesto, porque la mujer española—Tú lo estás diciendo, Madre mía—no tiene que envidiar a las matronas romanas, ni a las espirituales atenienses, ni a las rudas espartanas, en abnegaciones y heroísmos arrebatadores.

Cuando las aguas vuelvan a su cauce, el fuego será quitado y los altares arderán, como jamás, en homenaje a Dios y al mismo pueblo español, que fijó los ojos en lo Alto, supo abrir su alma a la emancipación. Cuando pase el fragor de la batalla, cuando las calles queden limpias y en los hogares se vaya serenando el recuerdo de la amargura, y en los corazones renazca la calma, la materialidad habrá pagado tributo a la muerte a la que está ligada; pero, al remover las cenizas de tanto escombros, surgirán legiones de espíritus sublimes que derramarán, como alas de

Dios, sobre el suelo de España mutilada, el bálsamo, la eficacia, la felicidad cierta, de este ideal tan cristiano y español que nos llevó a la lucha, mostrando el espejo en que se reflejan las virtudes culminantes, engrandecedoras de la historia de una patria y de la vida del hombre. Y Tú, Madre nuestra del Pino, ¿no moviste el brazo, no arrancaste el grito que desde la tierra canaria puso en pie a España? Con Tu imperecedera Presencia, Madre nuestra, movilizándolo las almas en un prodigioso fervor desconocido, Nos has revelado cuánto vale el acercarse a Ti, y aun más, el que Tu Divinidad se digne acercarse a nosotros.

Y no te hemos dicho adiós, porque seguiremos Contigo, y porque Tu áura eterna de bondad, de confortación y de poesía, queda sobre nosotros, Madre Milagrosa que llevas el secreto íntimo y doloroso de todos los pechos isleños.

Ya estás, Madrecita nuestra, en Tu Santuario agosto, presidiendo la Isla desde la altura, ante las dulces serenidades de los fecundos valles idílicos que, prometedores y bellos, se extienden a Tu mirada. Y hasta Ti, llegará perenne el coro de peregrinos, que desde hoy ha de rendirte nuevo y profundo tributo de adhesión y gratitud por la merced que hiciste a nuestra España y a nuestra Gran Canaria, escribiendo su más grande página histórica de piedad y patriotismo.

Permíteme, Madre y Señora, con el alma arrodillada a Tus plantas decirte, una vez más, mi humilde Oración:

“Virgen nuestra, Virgen de la Isla. Capitana del gran navío de tierra, en cuyo puente florece el árbol eterno de la Salud, y de sus mástiles alegóricos cuelgan las rubias banderas del sol que nuncian, sobre la magnitud encantada del Océano, la fecunda bondad infinita de Dios... Virgen nuestra, Virgen de la Isla, Capitana del gran navío, que vas ungiendo la brisa de ritmos dulces, de diafanidades políromas, de aromas sustanciales, al paso de tus alas cargadas de bienes por todos los puertos de la vida, en un mismo minuto maravilloso de nuestra existencia atlántica. Virgen nuestra, Capitana de siglos, Capitana de la Eternidad,

Tú mantuviste, una vez más, la recia proa del navío en el rumbo feliz e hiciste que el viento irascible envainara sus duros puñales amenazadores; Tú hiciste que no se agostaran las flores de nuestro jardín y corriera vigorosa y sin término la savia vital de los frutos de nuestros cercados: Tú hiciste que el redondo haz ubérrimo siguiera brotando como un milagro, de la roca y del arenal: Tú hiciste que los hombres levantaran en majestad la cabeza y enlazaran sus pechos en un abrazo; Tú hiciste que las manos vibraran afanosas en el trabajo, desbaratando el inhumano puño cerrado: Tú hiciste que en la inmensa cuenca de luz que abrían tus alas, cargadas de dones, asomase, como símbolo y esencia de Tu Divino Trabajo, de Tu Divina Generosidad, de Tu Divina Promesa, la Vieja Bandera de la Patria, identificada sublime de nuestra alma, Madre eterna que retorna vibrante de juventud.

Virgen nuestra, capitana nuestra, desde el navío de la Isla, desde Tu Navío, que iza en las ramas seculares de sus mástiles irrompibles la Bandera de España, elevamos hoy hasta Tí el corazón inundado de una fe ardiente y vigorosa, como la savia salutar y longeva de ese Pino donde revelaste a Dios con Tu milagrosa Presencia, por la victoria de la Patria, por la Paz, por la continuidad de los gloriosos destinos históricos de España, por la Piedad y la Justicia”.

Y ahora, todavía, Señora y Madre amantísima, en la hora solemne de la despedida, concede a este humilde hijo, la gracia de ungir su pensamiento que vuela hacia Tí, con el recuerdo dolorido del hermano mártir por España, hijo tuyo tierno y fiel, cuya vida arrebatada brutalmente a la Patria, descansará por tu mano de Virgen Canaria, Patrona de todos los isleños, en el blanco regazo de la Eternidad, con los honores y premios más altos... Y me parece escuchar Tu voz, diciendo dulcemente, con el canto del poeta, vueltos Tus ojos misericordiosos hacia el hijo Leopoldo y hacia la atlántica nave cuyo timón gobiernas: “Todo vestido de blanco, le he cogido de la mano y he ido con él has-

ta las fuentes de Luz, sumergiéndole en las inmortales aguas, ante la mirada inefable y justiciera de Dios”. ¡Gracias, Virgen y Madre amantísima! El resplandor celeste con que iluminas nuestras almas, está diciéndonos que, a la manera sublime de Cristo, muriendo por la Redención del Hombre, nuestros sacrificados, nuestros muertos, al entregar su vida por la Patria, dejan viva su Redención, afirman la inmortalidad de España en una conjunta supervivencia de Gloria Absoluta. Y Arriba, en la cúspide divina y humana, estará siempre la España de Díaz de Vivar, y de los Cadetes de Toledo “que a Moscardó tuvieron por Capitán”, como los de la invicta Oviedo al legendario Aranda, héroes insuperables de la Historia Universal, trasunto de la nueva y grandiosa Epopeya Española.

Ya has vuelto, Madre del Pino, Reina nuestra, a Tu Mansión de Gloria, a ese venerado templo de Teror, que guarda, en su grata compostura de Casona señorial, hidalga y pulcra, el aroma de santidad de los siglos. El pueblo de Las Palmas te ha dejado en Tu Villa poética, entre aclamaciones, vítores, y fervores indescriptibles. Contra Tu Corazón, florecido de emociones como nunca, parecías apretar en intenso movimiento de ternura, al Hijo de Dios. Era como una nueva promesa simbólica.

Ríos de lágrimas, han refrescado Tus valles una vez más, en esta noche de bienvenida. Y al regresar a Las Palmas, a la ciudad de las grandes fiebres humanas, hemos comprendido aún mejor, todo el bien que has hecho, Madre nuestra, en estas jornadas históricas que no podrán ser jamás superadas.

Mañana despertaremos con una visión, con una imagen en los ojos, que difícilmente nos abandonará: te veremos, Madre, en nuestra Catedral, ocupando aquel lugar de esplendor donde se clavaban los corazones. Te veremos marchando por nuestras calles, ceremoniosa y dulce, atrayendo las almas, como divino milagroso imán. Y cual en estos días de fuego místico sin igual, nos sentiremos renovadamente buenos, generosos, patriotas, ardientes en la her-

mandad, caritativos, honestos y sencillos. Y haremos eficaces nuestras peticiones por España.

UNA PROPUESTA NACIONAL

El reconocimiento del Gobierno de Burgos o la humanización de la guerra

¿Habrá a esta hora un verdadero español—¿qué digo!—un sólo hombre sensible y desapasionado, que pueda explicarse por qué las Naciones amigas de España, no han reconocido ya como Gobierno legítimo de nuestra Patria, a la Junta de Gobierno de Burgos?

Los siniestros intrusos universales de las Repúblicas Soviéticas, habían lanzado a todos los vientos, desde el primer instante, que Moscú tenía el mando del frente bárbaro que peleaba contra la verdadera España. La roja torre oriental desafiaba la voz contradictoria y desesperada, de aquella sucesión trágica de ex-españoles que, aupados sobre las hordas feroces, pretendían ostentar todavía la Gobernación del Estado Español.

Todo era ficción monstruosa, es claro. España alzada casi en su totalidad, con el Ejército salvador a la cabeza, y donde éste no luchaba sometida a bárbaro exterminio, esperaba del trágico Presidente Azaña, que dándose cuenta era ya tan sólo un mascarón inhumano, bajo cuya égida miserable caían los españoles despedazándose, se marcha-

se a purgar su horroroso delito. O se suicidase, según gritó la gran voz justiciera de Unamuno.

El Presidente cruel, caso sin precedentes, levanta, atiza la Guerra civil. ¿Cómo podía Azaña recordar el gran gesto humano y patriótico que dió paso a la República?

Pues bien, hoy, dentro de la invariable ficción monstruosa de Gobierno, Madrid confirma el primer dictado de Moscú, asomando su descaro soviético definitivo. Y Barcelona, muestra su innovadora vergüenza anarquista al mundo.

Y los dos insensatos Presidentes del Averno español, siguen aferrados a sus sitials de ignominia, mientras crece el grito de España entera maldiciéndoles, mientras España gana su libertad, desangrándose horriblemente...

¿Qué sombra constitucional ampara a esos hombres? ¿Dónde están los derechos de Azaña y su gobierno soviético? Burlaron sarcásticamente desde primera hora la auténtica voluntad nacional, ultrajaron, asesinaron, a legítimos representantes de la Nación, violaron, infamaron, una Constitución Republicana, pusieron la tea incendiaria, el arma homicida, en las manos de las turbas enloquecidas.

No podían ganar la absurda, la monstruosa batalla. Y así los baluartes del crimen van cayendo uno tras otro. ¿Hasta cuándo la sangre? ¿Hasta cuándo la impasibilidad de los pueblos justos, humanitarios?

¿Qué autoridad, qué garantía, qué control, pueden ofrecer Madrid y Barcelona a los pueblos del mundo, si ni siquiera del control de sus crímenes son dueños? Pero ¿no lo habéis visto y comprobado? ¿No os lo han dicho las dimisiones de los representantes diplomáticos acreditados?

Cataluña, libre y anarquista, Madrid soviético, ¿dualidad autorizada ante el mundo?

La misma democracia Universal, en cuyo nombre pretenden combatir contra sus hermanos españoles, habrá de execrar a esos hombres, al fin, como bandidos de un ideal social por el que, luchar salvajemente, será siempre una humana negación.

Romped la farsa trágica, gobiernos del mundo que habéis hecho interminables letanías de paz y de altruismo; pueblos humanitarios de la Sociedad de Naciones de Wilson soñador... Acabad esta enorme sangría de un viejo pueblo, al que debéis larga gratitud en la Historia, y hoy os ofrece de nuevo su sacrificio dando la batalla al bárbaro enemigo común de nuestros días.

Hermanos españoles, de toda la España libertada de la furia roja, de toda la España donde ondea la vieja bandera bicolor y a cuya sombra augusta se reconstituye la patria en una altitud sublime de corazones ¿no podríamos, en un mismo día, lanzar unidos nuestro grito hacia los pueblos del mundo, proclamando la voluntad de la verdadera España, porque se reconozca como su gobierno legítimo y único al Gobierno de Burgos?

En todos los pueblos españoles, sus habitantes en masa, habrían de congregarse ante los representantes diplomáticos y consulares para pedirles transmitan telegráficamente a sus gobiernos este grito de justicia que lanza España a todos los pueblos amigos del mundo. En una misma hora volarían los mensajes hacia todas las Patrias.

Dar vida a esta idea ¿no sería acto eficaz de patriotismo?

Si la Superioridad, si nuestros Rectores lo aprobasen, tengo la esperanza de que los colaboradores se multiplicarían para llevar la propuesta a una realidad inmediata.

¿Resultados probables de esta gran manifestación española? El que esto escribe tiene alguna experiencia, aunque modesta, de estos asuntos y le busca valor posible al acto. En primer término, la documentación informativa que los representantes diplomáticos tienen la misión de enviar a sus Gobiernos se haría viva, impresionante, de un valor especial y nuevo.

Por otra parte, el dinamismo internacional en torno a España y a la humanización de la Guerra, recibiría, por lo menos, un impulso apreciable.

Escrito este artículo ha corrido la noticia, puesta en

boca del gran español Rafael Altamira, relativa al probable reconocimiento del Gobierno de Burgos por el Tribunal de Justicia Internacional.

Pero sobre todo, si es sincero el trabajo de las Cancillerías para humanizar la guerra civil, el paso definitivo hacia esa humanización, ¿no estaría en el reconocimiento del Gobierno de Burgos?

Septiembre 1936

Mensaje de Noche Buena

(Desde la Emisora de la Comandancia Militar)

Hermanos españoles, hombres del mundo que me escucháis:

¡Quién no improvisa en una noche como ésta! ¡Divina noche de vuelo místico y heroico!

Con un temblor en el corazón muy hondo, he salido de mi casa sin resistirme a la súbita y señalada invitación.

Y me está abrasando el pecho la ternura de esta universal hora cristiana, en que para los españoles vá a sonar el "Gloria a Dios en las alturas", fundiéndose en un inmenso ¡Arriba España!, que esculpe la unidad sublime del amor a Dios y a la Patria.

Y nunca pudo ser mayor mi emoción al encontrarme, de improviso, en esta maravillosa torre del éter.

Pronto, todas las voces del mundo se unirán en los espacios cantando la sublime alabanza. Todos los cánticos, ¡Todas las ofrendas. Alas, cien mil alas del Espíritu Santo, se abrirán tendidas en los imponderables hilos. Todas las campanas del Universo, en celeste festival de sonos.

¡Viejos bronce de España, de Italia, de Portugal, de Alemania, de Viena; ecos de Jerusalem; flamencos carrilones de Bruselas y Amberes, campanas de Berna, de Dublin y Varsovia. Voces románticas de Notre Dame y San Sulpicio, de la Francia que conocemos, verdadera y eterna. Metales argentinos de la amada América Hispánica, que cantan con nuestra misma voz! Himnos de gloria abrazándose en la infinita Catedral de los éteres, con el, "Paz a los hombres de buena voluntad"!

Pero, ¡ay!, ninguna rasgará el silencio de las alturas con tanta elocuencia penetrante, como la voz muda y en milagro, de las campanas caídas de España. ¡Oh, nuestras campanas de Toledo evocando la gesta del Alcázar! ¡Oh, campanas de Oviedo y de Santiago, y de Salamanca y de Burgos, de León y de Sevilla, de Córdoba y Granada, de Pamplona y de Vitoria, campanas del Pilar de Zaragoza, pregoneras del tesón, campanas de mi Gran Canaria, reviviendo en la voz de las campanas que callan, cantando por todas y por España!

Las litúrgicas naves volarán como ágiles palomas con la sonora teoría. Con la epopeya en sus alas. Y los corales de la España cristiana y mártir, inundarán de fé todo el Planeta, en el fraterno milagro de poderse encontrar por todos los confines estrechando la Verdad Unica.

Y hacia España vendrán todas las verdaderas voces cristianas. Por que Cristo está con nosotros y nos tiende sus brazos. En su faz lívida y bella, trae la imagen de España. La suprema generosidad de Su Oferta. La lección Eterna.

Y ahora es el amanecer en el Azul. Todos estamos ante el Portal de Belén. Y un clamor de paz anunciará la victoria. Es la España prometida que nace con Jesús. Y entre el pregón de los bronce inmortales, la dulce voz de Roma sube con las palabras del Angel. Y sentimos sobre nuestras frentes el fulgor de todas las Divinas Estolas de la Iglesia.

Cantad, cantad campanas del Mundo, por España, ma-

dre de la civilización, de cristiandad. Por España mártir, en su lucha contra la barbarie.

Cantad campanas, que están escuchandoos nuestros soldaditos, nuestros héroes, alerta en el armisticio de esta Noche Santa, hundiendo sus pies en la tierra húmeda y fría; la mirada, alegre y melancólica a un tiempo, como perdida en los simbólicos luceros del nocturno de Navidad.

Soldaditos de España, hermanos del alma, que estais salvando la Patria, que llevais nuestras vidas en vuestras vidas, ¿cómo no habéis de sentir en esta noche, todo nuestro corazón latiendo en vuestro pecho, todo nuestro corazón que solo así puede hacerlos compañía y aliviar vuestra nostalgia del hogar?

España esta noche es para vosotros un hogar unánime, un común hogar, cual jamás lo fué, por que no hay más que una España, la que está con Dios, la que vá a postrarse ahora mismo de hinojos cuando los Angeles anuncien que ha nacido el Redentor del Mundo. Soldaditos: la Virgen trae esta vez a España en sus brazos.

Apretados en un haz, cantamos el villancico heroico y cristiano, que loa conjuntamente a Dios y al Soldado de la Patria, afirmando nuestra gran convicción hispana.

Y al filo de la media noche memorable, hacia Jesús y hacia España alzamos las almas, gritando con todas las potencias de nuestro ser el Gloria indescriptible que anuncia al Universo que España, la España con sol de historia, ha nacido.

¡Arriba España, en el brazo vigoroso e irrompible de su Ejército! ¡Salud al fulgor nuevo de las camisas azules y de las boinas rojas y de las milicias de la Nación; salud a los briosos caballeros del aire, salud a las bizarrías africanas, a los legionarios, leones de la victoria, salud a todos los bravos soldaditos de España! ¡Salud al caudillo de los caudillos, con el viva enardecido de todos los pechos! ¡Salud al Generalísimo Franco, por quién ahora cantarán todas las campanas de España al glorificar a

Dios, por que el caudillo es la emanación del Padre sobre la tierra bendita y ultrajada de España, y trajo al mundo la misión providencial y heroica de libertarla del bárbaro!

Españoles: en la oración épico-cristiana de esta histórica Noche de Navidad, que arranca lágrimas y esperanza, dolor y júbilo, fé infinita, la Patria es una Madre inclinada amorosamente sobre los hijos que luchan, de rodillas en plegaria por sus muertos gloriosos. Sostenedla con vuestro corazón, con vuestro sacrificio, al grito sagrado de ¡Viva España! ¡Arriba España!

Las Palmas, 24 de Diciembre de 1936.

Mensaje de Año Nuevo

(Desde la Emisora Militar)

HERMANOS, que estais junto a la Radio, frente al reloj, con una dulce esperanza en el pecho y una sed infinita de profecía:

He aquí la gran noche simbólica, que se despide de nosotros, los españoles, con la promesa de un emocionante amanecer.

El aldabón sutil está en alto, esperando que el minutero parta en dos el nocturno para llamar a la puerta enigmática, pero siempre risueña y optimista, del nuevo año.

Doce campanadas que van a sonar en el alma española, arrancando al tumulto de sentimientos, sensaciones e ideas, un solo grito que es como el beso unánime, puesto con unción en el mismo corazón de la Patria.

Nueva hora del mundo, que ha de hacerse luz en todas las conciencias y ternura en todos los pechos, mientras

sube nuestro ¡ARRIBA ESPAÑA! cual nuevo canto de Epifanía.

Y así, ha de expandir nuestro aliento de raza, anudándose al ancho hilo del latido universal. Las antenas están florecidas de una solemne fuerza espiritual, y los aires se pueblan de fraternales efusiones, buscando contacto entre las almas dispersas en la vastedad del Orbe.

Y a la onda misteriosa que prende en sus alas nuestra palabra, en el instante de los oscuros y las saluciones, pedimos, como nunca, embrujo de poder y exaltación, para llevar todo el frenesí de nuestro corazón, que canta y reza por España.

¡España heroica, madre nuestra, España, divinidad en martirio! Fuego del alma será nuestro mensaje, en los oídos del mundo. ¡Por España, madre sublime, desde la torre atlántica, en el viento mas dulce que corre sobre los mares, desde la Española Isla de Gran Canaria, florón de puertos, jardín cosmopolita, al brote del año nuevo, de la era nueva, que estranguló la mentira y la injusticia, que puso en derrota la barbarie y entre dolores cruentos y asolaciones, alumbró uno de los más asombrosos capítulos de su gloriosa historia, salud a todas las amistades del Universo, a todas las buenas amistades de la vieja Patria del Cid y de Cervantes! ¡Salud y gratitud a las próceres naciones, en aroma de cordialidad para España, salud a Italia madre de latinidad, a Portugal hermano, a la recia Alemania, a los robustos retoños de hispanidad mas allá de los mares; a los hombres de aquellas patrias cuyas sonrisas de simpatía quiebra un erróneo designio!

Desde todos los pueblos de la Tierra, alborozados, saturando el espacio, llegan los cánticos de paz, en homenaje al año que nace. Inclinaos ante España, pueblos del planeta, inclinaos ante España que abnegadamente batalla por su paz, por vuestra paz, por la paz del mundo. Inclinaos ante la hidalga España, que como antaño, levanta sus estandartes invencibles, frente al bárbaro de nuestros días.

¡Paz, paz, paz, suspiro viejo! ¡Guerra, guerra, guerra

a los devastadores de naciones, a los asesinos, a los sin ley, sin religión y sin Patria!

Inclinaos, pueblos de la Tierra, ante esta España, Madre de naciones, forjadora de imperios, que no solo sufre el infortunio de una guerra civil, sino aún más, la temeraria y repugnante invasión de las hordas internacionales, de turbas asiáticas, de ladrones errantes, cuyos instintos de fieras enmascaró, tal vez, un día el cántico jubilofo y fraterno que llega ahora hasta nosotros.

¡España, vivero de la gran humanidad, España descubridora y civilizadora de vastos continentes, España maestra de ciencia, de arte, de política y de altruismo, España suelo sagrado para el hombre, paraíso de Dios, en gracia única de mares y de ríos, España cristiana, y valerosa, víctima de la criminal audacia soviética!

¿Y en el canto alegre y pacífico, no ha de venir esta noche la estrofa condenatoria de tan inconcebible profanación?

Al despuntar el año de 1937, poniendo nuestra vibración en la órbita total de esta santa cruzada, los españoles clavamos intensamente nuestros ojos en las lealtades y deslealtades internacionales, que sacuden el espíritu con alternativas de profunda gratitud y alegría o de honda angustia y desengaño, preguntándonos: ¿Cuál es la mística, la línea moral del mundo?

¿Y como no ha de preguntárselo España, cara al presente y al porvenir, mientras truena el cañón cuyo blanco real busca el cuerpo satánico del vampiro de la humanidad, de la hiena soviética?

¿No basta el fulgor que nuestras almas victoriosas irradian, la voluntad épica de la verdadera España, la organización admirable de su vida, allí donde ondea la bandera legítima de la Nación, que es la casi totalidad de su territorio; no basta su civilizado afán, frente a la criminal agresión de los bárbaros, ante los más salvajes desmanes que viera el universo?

¿Podrá haber duda entre el nuevo Estado de España

y la ficción del Estado caído, huyendo sin heroísmo con las cajas del tesoro nacional, mientras deja enloquecidos sobre los campos y las hambrientas ciudades rojas, a los engañados que con él comulgaron y creen salvar la vida resistiéndose o abrazándose a una idea de destrucción y barbarie?

Ante la España nacionalista compacta, en cohesión heroica, mirad los residuos del territorio en manos anárquicas. Desde los cantones libertarios, sus dirigentes en desbandada, apretando febriles los tesoros robados, o amordazando, tiranizando, asesinando al patriota, avergonzando a la humanidad.

¿Y la sensibilidad universal no ha de sentirse tocada por tan inmensa ignominia? Aquel que diese por concluso que los odiosos dirigentes del pueblo español hasta el día 18 de Julio, fueran los legítimos, con sus Cortes de mentira, producto del brutal saqueo de actas y de todas las vejaciones que ahogaban la voluntad nacional, con sus manos manchadas de sangre patricia. ¿Podría aceptarles hoy como representantes efectivos, cuando sólo presiden en bandidaje una turba inaudita de criminales? ¿Será posible que en la política diplomática pueda haber puesto para los asesinos? Ninguna conciencia pulcra, ningún corazón honrado, puede admitirlo en la redondez de la tierra.

Y mucho menos los verdaderos españoles, que en el albor del año 1937 de la era cristiana miramos con asombro hacia todos los rostros del mundo que no se contraen de ira y de dolor, ante tamaña monstruosidad. Pedimos un año nuevo de lealtad.

Si la respuesta fuese adversa, tanto peor para los responsables. La nueva Era de España ha comenzado.

Atrás queda el año luminoso y siniestro, donde para hacer una patria grande y libre, habíamos de ver los españoles la tierra bendita desgarrada y las puras linfas de nuestros ríos caudalizándose con sangre fraterna. En cruz los torsos juveniles, las carnes generosas de nues-

tros hermanos, cubriendo los campos. Abatidos nuestros viejos monumentos excelsos.

Atrás queda el año, donde sobre tanto dolor y tanta ruina, desde la tiniebla angustiosa, por milagro de heroísmo, han florado para España las cinco rosas luminosas de juventud. Y abierto está, ante nuestros ojos, el capullo vigoroso de la Era Azul, todo oloroso de imperio e hispanidad. ¡Dios sea loado!

Y hemos de arrancar el puñal de los duelos, que agudamente se hunde en el corazón y apartar de la vista el resplandor real de las imágenes macabras, para elevar el alma, inundada de grandeza hispana, de gratitud y de fé.

De esta formidable epopeya, surge vivificada la verdadera democracia de la patria española, frente a la falaz democracia intelectual que ha huído cobardemente, después de prender fuego al cuerpo de la patria. Caen los nobles junto al pueblo, formando parte del verdadero pueblo, que siempre fué noble. Y toda España es aristocracia como en los viejos tiempos raciales.

Estamos en la meta de la Reconquista. Y los días amargos, pero gozosos de Patria, llevan en sus horas capítulos de proezas singulares, magnitudes de victoria histórica.

En el horizonte hay luz a torrentes, en el alma manantiales infinitos de abnegación y sacrificio. El año que nace, será en la historia el año de España. Habremos limpiado y purificado, engrandecido, una patria, que siempre debió estar en la cúspide, habremos vencido al bárbaro infiel de nuestros tiempos.

Y en el taller radiante de España, obreros todos pulcros y afanosos, la figura del maestro de la Patria, que ha cobrado volumen inmortal, seguirá proyectando su energía y clarividencia, en el arriba, arriba incesante que construiremos todos, con nuestro disciplinado laborar.

Caudillo sin par en la Historia, nuestro Caudillo, pudo hacer una guerra con el prodigio único de sus dos brazos formidables tendidos en signo por España; sin recursos,

sin dinero, aunando el amor, y la virtud dispersos pero profusos, de los verdaderos españoles, y la simpatía de la Justicia y de la sangre. ¡Perfil admirable para un Piutarco, el del Generalísimo! ¡Maravilla de sus dos brazos heróicos! En un brazo el prestigio asombroso, la diplomacia briosa de la verdad, el genio político; en el otro brazo, la voluntad, la fuerza, el ímpetu y la prudencia, la sabiduría guerrera, el sentimiento humanitario y caballeresco, la sed de una España independiente y digna de su pasado. Y así, la organización asombrosa de una guerra de época. Y del orden, el trabajo y la paz, sobre la patria en conmoción formidable. Y así, su gloria volando por el mundo, nuevo Moisés que al toque providencial de su vara miraculosa logró poner en pié un viejo pueblo de héroes.

Atrás quedará la gigantesca ráfaga de locura de esos hombres que fueron muñecos y no sintieron en su conciencia aquel altivo "ciudadano español soy", que tenía eco romano.

De rodillas ante la patria, con un solo suspiro saliéndose del pecho, formando el batallón innumerable del sacrificio y de la fé, esperamos los españoles el año Nuevo. Y un solo augurio crece en lo hondo del alma; salvar, defender y elevar la Patria.

Las doce campanadas del año que nace, caerán como bendición divina sobre las heroicas cabezas de nuestros inmortales soldados, en cada una el oleo de gratitud, de admiración, el beso de la España una, grande, libre y eterna.

Es la gran noche simbólica que se despidе de nosotros, los españoles, con la promesa de un emocionante amanecer. Que el nuevo día ponga en las frentes renegadas la luz del arrepentimiento, del remordimiento y de la sumisión, al grito de ¡VIVA ESPAÑA! Del castigo a los réprobos, viviendo las lecciones incomparables de Cristo Nuestro Señor, nazca el perdón misericordioso para las almas engañadas y capaces de un sentimiento fraternal.

¡Señor, Señor!, que guías el paso de nuestras invencibles banderas, presta Tu Voluntad a la máxima y definitiva victoria que ya nos canta en el pecho; detén la mano bárbara, el cobarde aliento, la locura fratricida. Redobla, Señor, el dulce brío de Tu Mano sobre el timón de España; has apacible el mar y pon el tibio sol dorado en la brisa que hincha las recias velas milenarias. Y que este gigantesco himno de paz que ahora recoge la antena en el pentágrama musical donde Tu Voz canta inefablemente a través de los hijos del hombre a quien comunicas Tu poder, sea como un CREDO esculpido en todos los corazones humanos, porque esculpido venga en el año que desputna con la Era Azul de España sobre sus hombros.

¡Viva España! ¡Arriba España!, gritamos a la faz del mundo, en lealtad universal, al romper el año de 1937.

Mensaje de Reyes

(Desde Inter-Radio Las Palmas)

Pequeños radio-oyentes, amiguitos míos:

Vosotros, no habeis visto al "Hombre chiquito" ¿verdad?

Pero su mandato tierno y generoso, os va siendo familiar y le escucháis, como no podía ser menos, con emocionada atención. Y hasta me parece, que habeis batido palmas de entusiasmo, oyendo de su voz un tanto misteriosa, alguna cancioncilla breve y dulce, que era como una linda estampa sonora en el aire, ilustración al magnífico "Mensaje de Reyes".

Esto fué el Viernes último. Y de fijó estáis impacientes esperando a pasado mañana, en que este atrayente e in-

quieto "Hombre chiquito" "encaramándose en las escaleras del éter, — invisibles y maravillosas como él, — volverá a hablaros sin que le veais.

Ciertamente, queridos amiguitos, estaréis intrigados con este nuestro seductor personaje, que se ha propuesto dar vida al más precioso y eficaz de los cuentos de Navidad, un cuento en el que vosotros sois principales actores, y por consiguiente, el más bello y extraordinario de los que se contarán en el futuro. Porque vosotros os preparais a poner en acción real y vigorosa, lo que tantas veces vivisteis con la imaginación y frenando la ansiedad de vuestros corazoncitos. Os vais a encontrar llevando en triunfo la verdad del amor hacia nuestros semejantes, ayuntándose con el amor a la Patria. Os vais a ver constructores de esa emoción inolvidable que siempre experimentais ante la práctica del bien, por ejemplo, estos días últimos, cuando veiais en el cine "La Simpática Huerfanita". Y los ojos profundamente humanos, infinitamente comprensivos y llenos de ternura, del caballero Sr. Morgan ante la encantadora cabecita rubia de Shirley Temple, divina muñequita en orfandad, van a ser los vuestros verdaderos para mirar ahora hacia todos los niños desgraciados de España. ¡Y mucho más todavía! Pues bien amiguitos míos, yo quería deciros ante todo, que para mi ha roto su invisibilidad nuestro héroe "El Hombre Chiquito", por dos veces.

Le he visto en carne y hueso por mis propios ojos.

Carne y hueso como la nuestra, pero ataviada gentilmente con un uniforme todo resplandeciente de oro, y una estrella de luz vivísima en el pecho, del lado del corazón. Algo así, como un uniforme de General hecho con rayos de sol.

Sin duda, es un "Hombre chiquito", pero tal es su fuerza luminosa que en las dos aparecidas que me ha brindado, se me ha presentado muy grande y os digo, que a su mandato no hay quien resista.

Por eso, me teneis aquí lanzándoos mis palabras por un

agujerito, que, como todas las invenciones científicas, es obra celeste, revelación de Dios al hombre estudioso, y que permite esta maravilla de llegar a vosotros desde larga distancia. Y a la manera de este flamante General, movilizador aguerrido para una obra de misericordia y patriotismo, heme aquí invisible, queridos niños “en el “formen filas del Hombre chiquito”.

La primera vez que este General de la estrella rubia sobre el pecho, se me presentó vivo, luminoso y parlador, hallábame yo leyendo un viejo cuento a mi pequeña Jorgina para alegrarle un poco la melancólica resignación de unas fiebrejillas catarrales. Y el “hombre chiquito” me ahorró el trabajo de la lectura diciéndonos su famoso “Mensaje de Reyes”, que resultaba el más seductor de los cuentos para realizado en nuestra idolatrada España, esta vieja madrecita, que ya sabéis sufre mucho por la maldad terrible de unos hombres perversos—asombraos, amiguitos—de muchos miles de malos hombres.

Estamos en guerra—decía el “hombre chiquito”—de los hogares salen a defender a España, a defendernos a todos, de la invasión de los bárbaros, padres, hijos, hermanos nuestros, hombres, hombres y hombres que dejan vacías sus casas. Y muchos no vuelven, porque así es la guerra. Han dejado entonces, viudas las madrecitas, huerfanitos, desvalidos, a sus hijos. Los padres de esos niños han dado la vida por todos nosotros, al perderla por la Patria ¿y qué va a ser de estos niños sin padre, de estos desgraciados huerfanitos? ¿Quién les dará alimento y abrigo? ¿Quién educará a estos niños infelices que, sin embargo, serán los hombres del mañana? ¿No ha de tomarles bajo su amparo el Estado? Pero el Estado lo integramos todos nosotros, todos los españoles, y para que realice esta obra de misericordia y de justicia, hemos de darle cuanto más podamos. ¿Seremos capaces de cometer un crimen tan grande como el que implicaría abandonar a los niños que se quedaron sin padres, cuanto estos hicieron el sublime sacrificio de entregar su vida a la Patria?

Yo estoy seguro amiguitos queridos, que estáis diciendo no rotundamente. Pues vamos a tratar de dar solución a tan grave y penoso asunto.

Estamos en el pórtico de la más grande alegría cristiana, estamos tocando al poético alborozo de las santas fiestas del Nacimiento del Hijo de Dios. Y nos acordamos del día en que el Cielo de Oriente resplandece y aquellos Reyes Magos espléndidos, guiados por una misteriosa estrella—ved porque el hombre chiquito lleva una estrella en el corazón—vienen a postrarse ante el portal de Belén cargados de tesoros para el Divino Niño.

Y que estos Reyes Magos, seguirán su ruta por todas las ciudades del mundo católico, para llevar a todos los niños buenos un presente que es recuerdo de la indecible ternura que inspirara a los hombres el nacimiento del Hijo de Dios Y nos acordamos de que todos los niños nuestros van a escribir la cartita mágica o a hablar al oído a sus papás—que son los solos carteros que reciben y escuchan los Reyes Magos—nos acordamos del mensaje que ya están preparando nuestros pequeñuelos queridos, y decimos: ¿será posible que en este año de guerra, cuando tanto niño llora sin padre, sin juguete, sin pan, nuestros niños escribirán su listita de peticiones, egoístamente, sin pensar, en los que se quedaron o se quedarán huerfanitos, desvalidos para siempre?

No es posible. Los niños españoles, los niños patriotas, pedirán este año a los Reyes que les dejen más que juguetes, unas moneditas, las pesetas que más puedan, porque ellos se están acordando de los huerfanitos de la guerra y a ellos quieren destinarlas. ¿Cómo? El “hombre chiquito” lo ha previsto todo.

España tiene un nuevo Jefe de Estado, que es al mismo tiempo el Caudillo de su guerra. Todos los sabéis, el gran General Franco. Este General ofreció su vida heroicamente a la Patria, muchas y muchas veces, antes de ahora. Y Dios nos le preservó de la muerte para que fuese la salvación de España.

Mientras el Generalísimo de los ejércitos de España, se juega, una vez más, la vida por nosotros, en su hogar una ejemplar familia palpita de emoción a todas las horas por el padre, donde ve, fundamentalmente, como todos nosotros, al padre de España. Y allí, en ese hogar, todo es luz generosa y sublime.

Una hijita del Caudillo, del hombre en cuyas manos, providencialmente están nuestras vidas y nuestras haciendas, el porvenir de la Patria, una hijita que en su corazón lleva el fuego patriótico y cristiano del padre, sobre cuya frente cae el pensamiento luminoso, reconcentrado y enérgico, de suprema bondad, del libertador de España, ha de acordarse en su ansiedad inmensa de los huerfanitos de España. Y dan ganas de suspirar diciendo: ¡Quién pudiera este año empujar la caravana de los Reyes Magos íntegra con todos los regalos hacia Carmencita Franco! ¡No es verdad amiguitos míos?

Pues bien, escribid la carta diciéndolo así a vuestros padres, mensajeros forzosos cerca de Melchor, Gaspar y Baltasar, para que os dejen por esta vez los Reyes, moneditas más que juguetes, para enviar este dinero a Carmencita Franco, quien poniéndolo en manos de su padre el Generalísimo, le diga; “papá, yo en nombre de todos los niños patriotas de España, de todos los amiguitos queridos que tú me has dado y son mis hermanos, te doy este montoncito de sacrificios de la España del mañana, para todos los niños huérfanos de la guerra”.

Los Reyes Magos, vendrán,—estad seguros—con un gozo delirante y una esplendidez sin igual, a buscar vuestros zapatitos el próximo año. Entonces la guerra habrá acabado con el triunfo de España y habrá paz y alegría en los hogares.

Mis buenos amiguitos; debo deciros antes de despedirme de vosotros que, la segunda vez que vi al “hombre chiquito” fué esta de hoy, en que me trajo aquí, poniéndome un largo dedo luminoso ante los ojos.

Yo debía haberos hecho un cuento para que lo transmi-

tieráis a vuestros papás, pero ya me parece os habrá pícadado el sueño y lo dejaré para la próxima semana. Decidles, únicamente, a vuestros buenos padres que el “hombre chiquito”, y esta especie de Estado Mayor que ha formado la benemérita Inter-Radio Las Palmas en torno a su Mensaje de Reyes”, espera mucha comprensión de ellos para que vuestra ilusión no se rompa y se vea como nunca colmada este año, en que toda la Nación juega heroicamente al soldado para salvar a nuestra Madre España.

Y ahora, desde la torre encantada del éter, desde la gran escalera parlante, os digo buenas noches con unos versos que cantan los niños en la isla de la ilusión, la Isla del “hombre chiquito”, por estos días de dulzura poética sin igual.

Oid la voz que canta en diminutivo, como una réplica, a esa preguntita emocionante que me hacéis en carta adorable, que es para mí como anticipado regalo de Reyes, y devuelvo con todo mi corazón a los huerfanitos de la España Azul. ¿Por qué siendo yo tan grande quepo en la Radio del “hombre chiquito”? Por qué nuestro héroe me ha consentido la maravilla de hacerme pequeñito, pequeñito, un niño, al fin, como vosotros... Oid:

Portalito de Belén
estoy sentado a tu puerta,
muy chiquito, muy chiquito
para que todos me vean,
Portalito de Belén
estoy sentado a tu puerta..
Reyes y Pastores pasan
Jesús me sonríe cerca
un regalito de sueños
va cayendo en mi bandeja,
Reyes y pastores pasan
Jesús me sonríe cerca...
Caminito del Nacimiento,
Tan pequeñín y tan grande,
en el claror de una estrella,

caminito del buen viaje.
 Caminito del Nacimiento,
 tan pequeñín y tan grande...
 Espejito de la laguna,
 dormido sueño de plata,
 en el trocito de espejo
 está temblando mi alma,
 en el cristal hechicero,
 está reviviendo el alma.
 Espejito de la laguna
 dormido sueño de plata...
 Borriquito de la Virgen
 tan bueno cuando me miras;
 fuí en la falda de mi madre,
 llevaba el Dolor la brida.
 Borriquito de la Virgen
 tan bueno cuando me miras...
 Chocita de los Pastores
 con su puerta y su ventana
 donde me asomé afanoso
 para ver nacer el alba.
 Chocita de los Pastores
 con su puerta y su ventana...
 Florecida montañita
 llena de aroma y de luna,
 aires de flauta en la brisa
 mientras el día despunta.
 Montañita florecida
 llena de aroma y de luna...
 Rebañitos silenciosos
 y blancos como la aurora;
 Belén, por tus caminitos
 va nuestra almita a la Gloria.
 Rebañitos silenciosos
 y blancos como la aurora...

ARTE Y PATRIOTISMO

Ante la exposición de Colacho Massieu

(Desde Inter-Radio Las Palmas)

Señores radio oyentes: Una amable y reiterada invitación, me trae todavía esta noche ante el micrófono, haciendo que se convierta en una improvisada charla, lo que tan solo tiene el valor específico de unas desvaídas sugerencias en torno a la singular exposición de Colacho Massieu en el Gabinete Literario, y que como sabéis, constituye la nota local sobresaliente de estos días.

Una vez más, el arte se pone al servicio de la Patria.

Colacho Massieu, gran artista, sale al campo con sus armas, poniendo, como en los mejores tiempos hispanos, en cada una de sus adargas floridas, el vigor y la ternura de su corazón.

Como buen español, pensó que hacer arte, y hacer patria, es una misma cosa. Y a España ha entregado lo más noble ypreciado que poseía. Ha hecho donación de sus hijos. Los hijos del arte, que, paridos con más trabajado dolor que fácil alegría, suelen engendrar un apego delirante, que, en muchos casos, únicamente la verdadera miseria, más que el mismo homenaje público, puede atenuar o romper.

Rasgo característico indeleble del semblante espiritual de España a través de la Historia, fué por siempre, el que mostraba, con vigor ubérrimo, un mantenido y sin igual culminar de arte.

El drama español de nuestros días, ofrece, entre los mil horrores que apesadumbran el alma, una faceta terrible cuya visión desgarradora no desvanecerá en mucho tiempo la luz consoladora del gran amanecer que presentimos.

La turba satánica activó lo más agudo de su instinto destructor en el aniquilamiento artístico de nuestra Patria. La bárbara porfía marxista, desde la primera hora, con sadismo criminal sin precedente en la historia del Mundo, obstinose en atentar contra la belleza esencial del glorioso rostro de España.

Las seculares cúspides artísticas, pregón fecundo de una tensión espiritual indeclinable, faros magníficos del afán vigoroso y la victoria civilizadora hispana, las maravillas que saturaron de emoción tanto pecho humano, convertidas en escombros, han besado la tierra que bebió siglos y siglos, y de gesta en gesta asombrosa, savia incomparable del alma de una patria nutridora de mundos.

Nuestros viejos templos portentosos y su sorprendente imaginería, los lienzos maravillosos concebidos en gracia de inmortalidad, las colecciones prodigiosas y únicas de los museos de España, las expresiones más puras de su enjundia creadora y de su dominio orbico, mental y político, sus archivos y bibliotecas valiosísimas ¡a merced del capricho siniestro y del mercantil pillaje de los bárbaros más bárbaros que ojos de hombre pudieron ver!

De la tragedia que vivimos, se desgaja, con el desconsuelo infinito de lo irremediable, esta asolación del patrimonio artístico español, que a todo espíritu culto, amante de lo bello y de España no puede menos de tocarle angustiosamente al corazón: ¡Y la mirada del mundo civilizado, en una buena parte, impasible, o aun más, colaborante al ultraje que malogra o pulveriza el más rico acervo de la cultura humana desmoralizando la sensibilidad universal! ¡Qué exclamación de tortura pondría Mauricio Barres ante la visión dantesca de su Toledo! ¡Cómo gritaría un Washington Irving, contemplando las ruinas de lo que amó con pasión!

En la hora milagrosa en que encontramos la faz heroica y verdadera de España, de la Vieja Patria, que renace con una pujanza histórica donde vidas y haciendas corren generosamente a fundirse en el crisol que brinda opulenta sustancia espiritual a la nueva España, vivimos la paradoja macabra de este exterminio al testimonio admirable de su glorioso pasado.

Sin embargo, nuestro sentimiento de españoles y de hombres civilizados, cobra una rotunda fé ante la catástrofe. Desde sus ruinas, las piedras de los monumentos venerables han de ponerse en pié. El rostro de España no podrá sufrir la mutilación de su hermosura esencial. Y de la tierra ibérica, impregnada de un jugo espiritual inextinguible, brotará incesante la floración maravillosa que la hizo Patria universal e inmortal del arte.

Paseándonos por la espléndida exposición de óleos que Colacho Massieu ha instalado en el Gabinete Literario, el pensamiento no ha podido menos de renovar esta dolorosa ansiedad de todas las horas.

Importante colección de cuadros, ha ofrecido hoy nuestro artista al público canario, poniéndole ante la oportunidad de colaborar a una obra patriótica, con evidente ventaja práctica. La firma de Colacho Massieu, no permite la adquisición de sus pinturas a bajo precio. Este es el caso. Y dice el refrán, "que la ocasión la pintan calva".

La mayor dificultad para el patriota comprador ha de consistir en la elección, ante la serie magnífica de paisajes canarios, a cual más bello de entonación y de maestría técnica. Nuestro pintor ha sorprendido las más diversas y felices horas de luz canaria, sobre las altas montañas, el campo, el mar o la ciudad, llevándolas a sus lienzos con brío y justeza de color admirables. Pintura exuberante de contrastes, como son los trozos de nuestra naturaleza, donde solo un *savoir faire* auténtico, un alma penetrante, puede hallar los secretos de interpretación.

La versión del robusto paisaje isleño, en Colacho Massieu, acusa una ecuanimidad de retina que le es persona-

lísima, limpia siempre de toda deformación de dibujo o luminosidad. En todos ellos, su mano firme y delicada, corporiza la belleza jugosa e impresionante de nuestros rincones. Se ve bien que Colacho Massieu no improvisa sobre el paisaje. Entra en posesión de él, después de un largo, gozoso y austero estudio contemplativo. Hombre de cumbres arriba, los vapores húmedos, los ocres y cianes violentos, los platos vaporosos, como los limpios azules, le tienen por predilecto.

Pero en esta exposición hay más que paisajes. A los conocedores les interesará sobremanera un par de "bodegones" sencillamente admirables, donde con una extraordinaria amplitud de medios, resuelve el artista problemas de dominio técnico, en el acierto de una exteriorización estética acabada. Así mismo, otros diversos estudios deliciosos de color y dibujo.

Y en plenitud de importancia, varios retratos que merecen enjuiciarse con el vuelo de una alta crítica. Retratos, sin embargo, que a la manera de las obras de este género perfectamente logradas, llegan rectas a todas las sensibilidades, lo mismo la del profano que la del inteligente en arte.

Colacho Massieu exhibe un retrato de su anciana madre que, por sí solo, bastaría para consagrar a un artista, tal es su verismo, su tierna y viva espiritualidad. La poderosa facultad emotiva que denota la composición de este austero retrato, solo puede estar servida por un crayón pródigo y una paleta de singular temple, rica de medias tintas sutiles, de abundancia expresiva.

Preside esta obra extraordinaria la exposición, y de la majestad dulce y venerable, de aquel rostro donde unos ojos claros, intensos, llenos del azul que no muere, ritmando con el rictus serenamente dolorido, semblante sellado por los años que fueron dejando el prestigio de una huella sugeridora, creemos ver volar el símbolo de nuestra maternal España.

Otro retrato de parecida envergadura, digamos de mu-

seo, el de Rafael Romero Spínola, cuyo análisis exigiría espacio largo. El modelo ciertamente ideal, tentador para un pintor, solo puede prestarse a una interpretación robusta, donde la línea romántica se sustancia en realismo sorprendente. La clásica cabeza del artista Romero Spínola, vive prodigiosamente con su allure magnífica, reconcentrada y soñadora. Toda la figura sólidamente construída, se armoniza en el juego de dos tonos fundamentales: grises y negros, pero también, jugoso de calidades y finísimos medios tonos. Un primor de dibujo las manos.

Este retrato sobrio y luminoso, como el de la madre del artista, deja una impresión inolvidable.

El tercer retrato ya expuesto por Colacho Massieu y entonces muy celebrado, es el del profesor don Juan Melián Cabrera que en cuanto a verismo, limpieza de factura, autenticidad de pincel, en suma, es digno de los anteriores.

Un auto-retrato certero, de gran nervio, caliente de entonación; y el retrato de Don Mariano Laforet Altolaquírrre, dibujado y coloreado con precisión altamente estimable, completan la admirable colección.

Esta exposición de Colacho Massieu, éxito rotundo en todas sus dimensiones, viene a ejemplarizar este momento doloroso que vivimos, con la alta virtud que encierra una lección de arte y de patriotismo, que es como la conjunción sublime de las conjunciones. Y para terminar, amigos radio-oyentes, permitidme que dirigiéndome a nuestro artista le diga: Enhorabuena, gran Colacho; que tu nobilísima empresa colme de oro las cuencas de esas manos exquisitas de nuestras beneméritas mujeres que preside la Excelentísima Señora Doña Cayetana Gómez de Lucena, vestales canarias de esta hora abnegada y heroica de España. ¡Y que tus generosos pinceles sigan granando esa belleza que acerca la Isla, en una efusión única, al corazón de la Patria!

Pacificación

Arbol robusto que ha de crecer ante nuestros ojos todo florecido de hispanidad, el año de 1937, lanza el brote fecundo de sus primeros días al eco de una santa palabra: Paz.

Las voces de los caudillos se han fundido en las voces de las campanas de Cristo, para expandir el aliento de una ardiente mística nacional.

Y sobre la Isla de ritmos quietos, dulces, e isócronos, que dicen la salud y la fortaleza de su corazón español, la maravillosa palabra ha volado entre suspiros, poniendo alivio y frescor en muchos pechos limpios y abrasados de amor patrio.

En el horizonte de heroísmo y de victoria, se abre paso la idea vertebral de pacificación, engarzada en el más sublime postulado de la Cristiana Doctrina, que en su soberana autoridad, ha hermanado el arrepentimiento y el perdón, elaborando la gran esencia básica de la efusión humana donde únicamente Dios puede hacerse presente.

La voz del Generalísimo y Jefe del Estado, ha volado con la dulce y divina palabra. El verbo infatigable del Caudillo del Sur, se tiende hacia los rojos ofreciendo clemencia y la seguridad de un hogar recuperado, con la deposición de armas y el reconocimiento de sus espantosos errores. Y el Jefe nacional de Falange Española, grita, "Paz, paz, atracción, atracción". Y la voz profética de José María Pemán canta: "Aún donde hacemos la guerra hemos de ir haciendo la paz".

Y todas las voces se juntan para proclamar la necesidad de unificar a España, rápidamente, bajo el signo de la pacificación.

Es el grito triunfal que ya irrumpe enérgico en el espacio. Y es la preocupación grave de uno de los proble-

mas fundamentales abiertos en el camino a la reconstitución de España. El paso supremo de la Reconquista. No hemos de asustarnos ante la idea de poner sobre la cabeza de muchos hombres nacidos en nuestro solar, nuevas aguas de bautismo español. Mientras más herejes convertimos a nuestra gran religión de Patria, más orgullosos y más fuertes y más optimistas hemos de vernos.

Solo así podremos formar una España con todo su volumen de gran nación.

¿No ha llegado, pues, la hora de convertirnos en vigorosos evangelistas de la Patria? Para ello nos basta nuestro místico fervor, nuestra inflexibilidad dogmática nacional, nuestra vigilancia activa, que a la tensión en el apostolado patriótico, ha de añadir la agudeza de percepción y la inexorabilidad frente al réprobo.

Muchos hombres, algunos que conocemos, otros que desconocemos, sienten atravesadas sus almas, por el dolor de las culpas, inflamadas en la ardiente ternura del arrepentimiento.

Muchos hombres que no cometieron delitos de sangre, pero padecieron gravemente de error, suspiran contritos por el perdón. La liberación de estos hombres, cara a sus espíritus atribulados y desengañados, lo es más aún, para sus hogares vacíos y deshechos.

¿Quién no percibe el latido de muchos hogares donde ya difícilmente despuntará la felicidad, porque la vida les ha castigado ejemplarmente?

Vemos de cerca muchos hijos que necesitan padre. Y que honradamente creemos deben recuperarlos, para bien de nuestra gran obra nacional.

El más rudo castigo azotó a esos hombres equivocados, que no solo sentirán el peso de su propia desgracia, sino también el duelo cruel de tanto hogar inocente. La verdad pone en sus ojos llenos de lágrimas, una luz nueva. El remordimiento y el dolor les está purificando.

Pacificación, gritan las voces de los caudillos de la nueva España. Y a nuestro recto y modesto juicio, urge en

tal sentido, un laborar activo, inteligente y abnegado, templando el corazón de un sentimiento español y cristiano. Y aquí donde la guerra, esta guerra santa y humanitaria, nos perdonó, es natural que la pacificación sea obra más hacedera.

Junto a este reflexivo encaje, dentro de la mística nacional, el vigor de la Justicia tendrá claro y firme brío, para el severo castigo al culpable, para la criba delicada e indispensable entre los que ofrecen su arrepentimiento, para la inclemencia con el vacilante en la comunión patriótica.

El gran hogar español podrá ser reconstituído sólidamente y aprisa.

Así pensábamos en el día 1 de enero, cuando a nuestros ojos se ofrecía el milagro de la histórica plaza de Santa Ana, convertida en fragante jardín de camisas azules.

Allí, donde la hoguera roja puso un día su llamarada siniestra, cantaba ahora la música del Parsifal wagneriano, alzándose el telón sobre las dos grandes escenas simbólicas. Klingsor apuraba su magia y la Consagración del Santo Grial cobraba una solemne presencia, en tanto el cielo vestido de azul desgranaba sobre las desnudas cabezas, una lluvia radiante de flechas áureas. Y las cinco jóvenes rosas de fortaleza parecían abrirse en todos los pechos varoniles. Y el fuego juvenil y altivo del amado himno, sustanciábase en ternura, mientras las manos emocionadas del sacerdote proyectaban hacia el Cielo luminoso la Sagrada Forma. Y en aquel momento de inolvidable solemnidad, nuestra histórica plaza de Santa Ana era la imagen de España, un inmenso hogar reconstruido bajo el palio admirable de los recios brazos tendidos de Falange. Un gigantesco himno de victoria, de fraternidad, de paz, subía en el viento suave de la mañana esparciendo desde la Isla, donde el mar y el cielo visten de eternidad la azul camisa nueva, el aliento de la futura España.

Movilizados por la gran cruzada, con las armas modestas que poseemos, desde la primera hora, y podríamos de-

cir con verdad entera, desde el inicio del español infortunio, habiendo dado a la Patria los mejores años de juventud, nuestro corazón ha querido recoger un latido del alma canaria, que jubilosa, en su incesante frenesí patriótico, sale al encuentro de las voces nacionales precursoras de la pacificación de España.

PINCELES PATRIÓTICOS

Un retrato del Generalísimo

La pintura de Tomás Gómez Bosch, hurtada insistentemente al público, y solo brindada, hasta ahora, a un núcleo selecto de amigos, ha salido del recato del taller para darse a todos desde el gran salón del Gabinete Literario, con la exposición de un noble y espléndido retrato del heroico General Franco, caudillo de nuestros ejércitos salvadores y Jefe del nuevo Estado.

Con esta feliz obra, el que podríamos llamar artista de los pinceles silenciosos, acrece la magnífica galería de sus retratos y su ya abundante colección pictórica, en un alarde vigoroso de tecnicismo y de finura artística, que nos muestran el temple de su paleta, como fundida en el sentimiento de esta gran hora hispana, saturada de tradición, de jugosa sobriedad, de clacisismo histórico.

El momento invitaba, ciertamente, a salir a la calle. Y nuestro pintor se une a la vibración patriótica con las armas del arte, que son sus armas, desde su retiro de hombre trabajador necesitado de ganarse esencialmente la vi-

da, desarrollando una labor dura y honrosa, en la que arriesgado corre todo el común peculio familiar, faena siempre heroica para un espíritu delicado.

Ante este retrato del Generalísimo Franco, luminoso, pleno de verdad y de belleza, ambientado en horizonte canario, pensamos que el artista isleño, al gestarlo, tuvo como idea inseparable y afortunada, el hecho histórico de ser esta tierra española la primera que vivió el gesto providencial de energía, abriendo paso glorioso al Conductor de los ejércitos reconquistadores de España.

Y este homenaje del artista, tan acabadamente realizado y de tan importante valor pictórico, podemos aceptarlo como digno homenaje del terruño al Jefe de la nueva España. Por algo de las alas de la victoria, brotó siempre en nuestra Patria la plástica fecundidad del pincel.

Nos encontramos ante un retrato del Generalísimo, construido en plenitud de sereno entusiasmo, donde la figura del héroe aparece firme, briosa, encendida de espíritu, en la varonil elegancia del *caki*, limpio de arreos y condecoraciones, la cintura ceñida por la viva mancha escarlata del supremo fajín, el ademán sencillo y enérgico, en singular destello de inteligencia la mirada, reconcentrada y atisbadora, sorprendente de vitalidad y movimiento en su apacible reposo.

Pincelada de excelente cepa española, que acierta a encontrar empastamientos perfectos, rica de medios tonos; dibujo que acusa una mano segura y pulcra, en este severo retrato, juegan, indiscutiblemente, los elementos ideales que marcan los cánones clásicos para componer una figura, prestigiada en la conjunción del espíritu genial que anima al modelo, y el momento histórico que encarna. Un austero paisaje, atrayente de luz, simbólico amanecer en tierra canaria, delicado y caliente de entonación, sirve de fondo a la figura del caudillo.

La obra de Tomás Gómez Bosch, se exhibe en el Gabinete Literario, con el honor que merece su importancia y oportunidad, y estamos seguros que ante el retrato del Ge-

neralísimo Franco, desfilará el público de Las Palmas, mostrando su satisfacción por el acierto del pintor canario, al que felicitamos con fraternal efusión.

¡MÁLAGA!

(Alocución patriótica, desde la Emisora de la Comandancia Militar)

Hermanos canarios:

En el día de hoy, vuestras almas españolas han tocado la gracia de inundarse nuevamente con el júbilo inmenso de la Victoria.

El sol ponía sobre nuestra ciudad alborozada, vibrante de fiebre patriótica, su diáfano prodigio de flechas atlánticas. Alas de oro que eran como el vuelo transparente de nuestros corazones. Este bendito cielo canario, que parece copiar en eternidad vigorosa la azul camisa nueva, abriase, una vez más, como el enorme zafiro de nuestra ofrenda cordial y admirativa a la Patria. Por nuestras calles en fiesta, la innumerable pincelada de puro azur que proyectaba el cielo: ¡nuestra briosa, nuestra admirable juventud miliciana!

Este micrófono, portavoz de emoción de Gran Canaria, que vibra cada día con las palabras más próceres de espiritualidad y españolismo, me conmina, más que reclama, cuando el corazón conmovido hace difícil e indisciplinada la expresión del verbo, movilizándome, sin resistencia posible, para el verdadero milagro de la improvisación. Y aquí estoy, podría deciros sin saber como, con la palabra en vuelo, con la palabra que llena hoy todo el pecho: ¡Málaga!

¡Málaga, florón del Mediterráneo, rosa fragante del incomparable jardín andaluz, deslumbradora joya del sol hispano, ya eres nuestra! Ya se han roto las cadenas de tu esclavitud; ya han cesado los horribles dolores de tu martirio, que laceraban toda el alma española. Los invictos ejércitos del Sur, te han sumado como tesoro valioso, al tesoro de la Reconquista. Tu liberación, Málaga nuestra, abre amplias las puertas del "Mare nostrum", mar latino, mar de civilización, mar de imperio... Ya los heraldos del Caudillo, a su signo, han gritado: ¡Vamos a por el Mediterráneo, nuestra sagrada parte imperial! Ya tu nombre, Málaga, se ha unido a las glorias de Badajoz, de Irún, de Toledo, de Oviedo, de Madrid. Ya tu nombre que señala una operación militar prodigiosa, de técnica incomparable, de inenarrable prestigio heroico, está unida, en compensación a tu largo y cruento martirio, a la epopeya de la nueva España.

¡Málaga, toda ritmo, toda gracia, toda canción; flexible como un junco en la cintura breve de tus mujeres lindas; jovial, optimista, galante, en las travesuras discretas, salerosas, del "perchel"; llena de romántica y supersticiosa reverencia y también de mística unción, ante las carnes lívidas de tus Cristos singulares, y los morenos rostros de tus Vírgenes en dramática poesía! ¡Málaga, dulce como tu vino, —densa sangre de España—; elegante y sentimental como la canción aristocrática de Albeniz, como el lírico popular retrato añejo de tu propia española canción! ¡Málaga, olorosa de mar y de infinitud; Málaga ardiente y mística, Málaga sabrosa! Ya has vuelto al regazo de la madre, al regazo de la civilización.

La hora final se acerca. Las rojas hordas de asesinos internacionales, de hombres sin patria, de todos los mal-ditos, huyen en el espanto. La faz heroica de España les va persiguiendo en el terror de la huida y muy pronto quedarán exterminados. Uno tras otro, irán cayendo los salvajes baluartes del crimen. No importa, Málaga la bella, el desconsuelo de tus escombros, pues que sobre ellos

alumbrando está ya el albor azul del nuevo imperio, y su luz les está vivificando y resucitando para la futura España. Todas las manos españolas se juntan ya para levantarte en singular esplendor. Legiones de espíritus sacrificados, se alzan de tus cenizas, a la sola sonrisa de España victoriosa y de su legendaria bandera rojo y gualda abierta hoy en tu seno, en tu faro marino que mira al Universo.

Hoy han repicado por tí, Málaga nuestra, todas las campanas de España. Por tí el nombre de la patria ha recorrido hoy el mundo entero. Y se han cubierto de vergüenza muchos rostros a Moscú complacientes, mientras grítábamos nuestro desprecio. Hoy se han quemado en el viento universal las palabras de injuria, y han callado su vil soberbia las voces de los malvados de la humanidad. Hoy, Málaga nuestra, estamos gritando de nuevo al mundo con aquel orgullo rotundo, de alcornia romana, "el ciudadano español soy", que se hace caricia y fuego en nuestro ser.

Tras de tí, Málaga nuestra, vendrá muy pronto la liberación de tus hermanas del Mediterráneo, y en nuestro mar clavaremos el gesto permanente de libertad, de voluntad y de grandeza. Y podremos gritar que hemos salvado al mundo de la tiranía inmundada de Moscú. Porque España no pelea ya por la simple expulsión de los bárbaros de su suelo. Con la hermana Italia, con la recia Alemania, con Portugal, predilecto cruzado, pone el dique decisivo en Europa a la expansión de la hiena asiática. Y en la historia, España revive con los atributos incomparables de Nación Madre, entre las naciones.

Desde esta isla atlántica, nuestro corazón percibe la música nueva, saturada de gestas románticas y heroicas, que el viejo mar latino cantará a Málaga rescatada, en esta noche histórica. Y nuestro mar Atlántico palpita de gozo fraternal reviviendo los días inmortales en que el fulgor heroico y cristiano de las carabelas iluminaba sus ondas con los estandartes civilizadores de España.

Pueblos del mundo que estais criminalmente insensibles a la obra liberadora de nuestro Caudillo, a la cruzada sublime de España, poned los ojos en el horizonte de la realidad. Venid al lado de la vieja España, a la que tanta gratitud debeis en la historia, que hoy, como siempre, es la joven España, la invencible España. Pueblos cristianos, oid la voz de la verdad, la voz de España, que os llega en alas de la más grande epopeya que registrará la moderna historia.

Hermanos canarios, que habeis marcado este día de la Patria, con el estallido formidable de amor y de entusiasmo que guardan, invariablemente, nuestros corazones, gritad aún conmigo ¡Viva España! España cada vez más

digna de nuestros fervores, de nuestros sacrificios, España cada día más patria nuestra, más Madre nuestra. España, a cuyo nombre, nuestra ternura fluye copiosa del alma y ante la cual estará siempre de rodillas en ofrenda toda nuestra vida, llenos del santo orgullo de podernos llamar sus hijos. Gritad conmigo ¡Arriba España y su Ejército heroico y las Milicias aguerridas cubiertas de laureles por la Patria! ¡Viva el Generalísimo Franco, genio de la Nueva España! ¡Viva el general Queipo de Llano, artífice de la victoria andaluza, animador incansable de la Patria! ¡Viva Málaga ganada para la Reconquista! ¡Arriba España!

8 de Febrero de 1937.

Patria. Religión. Hispanidad.

Oración a la mujer y a la mujer española

(En el homenaje desde la Emisora Militar)

Bendita tu eres Mujer, cúspide asombrosa de la Creación, deidad suprema de la Naturaleza, arquetipo biológico maravilloso en el prodigio físico del Universo, Símbolo y Esencia de la Divina Fecundidad, donde grana el santo misterio de la Vida, el fulgor soberano del Espíritu que pone en dinamismo constructivo todos los brazos... Bendita tu eres Mujer, por que en tí alumbramos el Conocimiento y la Sensibilidad, que permite el puro goce de cuanto alienta sobre la Tierra para el Hombre. Bendita tu eres Mujer, porque de la plenitud generosa de tu entraña innumerable, floramos al milagro de la Existencia, y Dios hizo el Mudo en la Concepción Omnipotente de tu inmediata Presencia, brotada en la gracia de aquella gema vigorosa única del primer torso masculino, para darte el sagrado privilegio de poblar el Universo. Bendita tu eres Mujer, porque en tí está la Verdad, lo Indiscutible y lo Sublime: la Maternidad, el Sacrificio y el Amor, con el celeste elixir que mantiene la vida, y desde tu tibia entraña, donde toma su primer latido y fortaleza el corazón y el cerebro del hombre, sube al ubérrimo manantial de tu pecho palpitante, en raíz de todas asl ternuras, de todos los heroísmos, de todas las abnegaciones...

Bendita tu eres Mujer,—hermana, novia, esposa, madre—porque Dios te hizo Virgen eterna y en la Tierra y en el Cielo alzó tu trono perenne, más Virgen cuanto más Madre, porque Mujer y Madre y Virgen, como tu, un día en los dramáticos caminos del Mundo, en el más vasto horizonte del sufrimiento humano y también de la celeste maravilla, hizo el Padre que la Santísima Virgen María alumbrara humildemente a Cristo Nuestro Señor, para ejemplo de tu gerarquía y santidad.

Bendita tu eres mujer, felicidad y alegría del mundo, nervio de todos los humanos afanes, musa encendida de todas las inspiraciones, germen de toda romántica proeza, personificación del absoluto Ideal, que desde la infancia del mundo en tu fragante Escultura, con los atributos específicos de la Belleza y de la Poesía, tuvieron exaltada representación genial el Arte, la Ciencia, la Virtud, la Justicia, la Nación; y todos los símbolos de sublimidad están glorificando tu Cetro de Reina deslumbradora e indestronable.

Bendita tu eres Mujer, Madre nuestra, Mujer Española, que has mecido toda nuestra vida con sus días y sus noches, que son los días de la Patria, desde el albor de España, en el regazo infinito de tu amor, de tu ternura y de tu sacrificio.

Bendita tu eres, mil veces, en tu bendita vela eterna, junto a la cuna de la Patria.

Bendita tu eres Mujer Española entre todas las mujeres, porque nos diste el zumo incomparable de tu entraña, la savia inextinguible de la raza que engendrará los heroísmos más altos y las máximas virtudes cristianas. Bendita tu eres Mujer de España, que inundaste de

fuerza y claridad la ibérica Tierra y esparciste el poder inmortal de tu luz por el Universo entero. Bendita tu eres Mujer, que al Mundo viejo diste, para gloria inacabable de España, el parto asombroso de veinte pueblos vigorosos, amamantados en la leche inigualada de tu Civilización.

Bendita tu eres Mujer Española, que granaste sin descanso santos y heroes, mártires y conquistadores, varones preclaros en el sentir y en el pensar, emperadores y sabios, caballeros espejos de hidalgua, poetas y legisladores. Bendita tu eres Mujer de España, que engendraste esta hora presente de grandeza y heroísmo, donde está palpitando el alma legendaria de Hispania. Bendita tu eres Mujer, que conduces a los hijos, nacidos de tu entraña a la Victoria, continuadores de la Historia en una cruzada cristiana, donde los gloriosos estandartes de la civilización occidental, se abren al viento del Universo, expulsando del suelo español al bárbaro de nuestros días. Bendita tu eres Mujer, que has puesto en rescate la Bandera de España, en cuyo escudo vemos el castillo inderrivable de tu corazón.

Bendita tu eres Mujer Española, que tejes afanosa el triunfo en el silencio ungido de la retaguardia, santificado por el trabajo, el heroísmo y la plegaria, acallado el latido de tu dolor de Madre, porque estás oyendo el dolor de la Patria. Bendita tu eres Mujer Española, porque en tí está floreciendo sin tregua el rosal eterno de nuestras mujeres legendarias, de las mujeres del Romancero, y tanta en nuestros pechos el alma de Jimena, de Isabel de Castilla, de Teresa de Avila, de Agustina de Aragón, de las mujeres de Sagunto, de Numancia y Zaragoza, de las mujeres madrileñas del dos de Mayo. Bendita tu eres Mujer de España, capullo místico, espiritual y regio, entre las flores históricas de Esparta, de Atenas

y de Roma, fraguado en quinta esencia de belleza, de virtud, de abnegación y de amor, en esta Maternidad única, que aún puede ofrecer al Mundo el plantel innumerable de hombres que saben luchar heroicamente por Dios, por la Patria, y por la Humanidad.

Bendita tu eres por siempre mujer nuestra española, tantas veces magnificada por los Príncipes del Pensamiento, sublimada por la gubia y los pinceles, "Las virtuosas et claras mujeres" que en los tiempos remotos y dramáticos de nuestra España, loara en gruesas letras castellanas el arrogante y desgraciado Condestable don Alvaro de Luna...

Bendita tu eres por siempre Mujer Española, Señora y Madre nuestra. ¡Salve, Mujer bendita de España, ante quien nos inclinamos en profunda reverencia amorosa de hijos, que al postrarse a tus plantas están viendo en la sonrisa de tu rostro de Virgen eterna, la imagen adnegada y gloriosa de la Patria!

Y para tí, ¡Oh mi canaria mujer de España! que cantas la más dulce canción de cuna de la Tierra, madre bendita que en la musical ternura del arroyo, esculpiste nuestra alma, inundándola del azul ensoñador de nuestro cielo, del vigor de nuestras montañas, hitos divinos alzados en la rítmica infinitud del mar atlántico; para tí madre canaria, madonna española del Africa rubia, que enmarcas tu rostro en signo místico con el albor flexible y gracioso de la isleña mantilla, Virgen clara en oración perenne a Dios, a la familia y a la Patria, que llevara a los altares el cincel canario gen'ral de Luján Pérez, mujer y madre nuestra, gala y compendio de la mujer española; para tí, la estrofa henchida de alabanzas y amor que cierre esta humilde oración: ¡Salve mujer canaria bendita, entre las mujeres benditas de España!

Letanía en Vuelo

Hermano obrero: Desarruga tu frente. Apaga el brío hostil de tus ojos. Esculpe una ancha sonrisa fraternal en tu rostro. Franco vino hacia tí con la verdad en los labios que dicen una infalible palabra cristiana: ¡amor!

Gózate en la alegría nueva que viven tus hijos. Han aprendido, ahora, algo que desconocían. Está vibrando en ellos la sangre y la alcurmia. Han descubierto que son españoles y llevarán por la vida la eficaz aristocracia de la raza. Ponte a cantar con ellos, y ábreles bien la manecita inocente, que ya olvidó el juego macabro de los puñitos en alto.

Ya no tienes amos, ni tiranos, que llamándose hermanos te forzaban a comulgar trágicamente con la mentira. Te abandonaron a una terrible responsabilidad. Franco te defiende separándote del monstruo que te devora. Franco es tu Jefe y tu verdadero hermano. Te ha devuelto la vida y el hogar.

Respetar a esta España, que nace en maestra, dulce y enérgica, que te dará trabajo y progreso. Respetar la gerarquía espiritual, aspirando por tu laboriosidad a ser también maestro. El bienestar, el progreso, vienen de la Ciencia, de la Cultura, de la disciplina ciudadana, del amor. El odio es llama infernal que todo lo destruye. El nuevo estado velará por los estudiosos, los obedientes, los trabajadores.

En tu humilde huerto pusieron su seca mano los sembradores del mal. Flor de veneno fué la roja y seductora

semilla, que tu creste fecundaria la tierra, convirtiéndotela en pro. Planta de locura, fruto amargo y virulento, que convirtió al hombre en fiera. Ten presente que siempre será veneno toda idea donde Dios y la Patria no estén hablando. Sé prevenido. No olvides que Jesucristo, el más formidable revolucionario del mundo, condenó la violencia y triunfó con la perseverancia, con el sacrificio y el amor. Franco gobierna con la Doctrina Cristiana por Bandera.

Cuando veas una injusticia, procura ser tú aun más justo, y acabarás por desterrar la injusticia. Cuando no comprendas lo que te dicen, confíesalo, y pregunta en actitud respetuosa. Así lograrás no errar, y al fin, saber tanto o más, que el que te alecciona. Y así darás muerte a la ignorancia, al error; y vida a la Justicia. Franco es tu Maestro.

Si el nuevo hermano, apenas crecido, se alza ante tí protestando de su estatura, de su físico ¿no dirías que estaba loco? ¿Y no se ofendería tu padre? Le dirías entonces, si es pequeño, que será grande en cuanto comprenda la vida y se comporte como un hombre. Si es feo, que será bello por su carácter, por sus acciones, apenas lo quiera. Que cada uno trae al Mundo lo que Dios dispone. Pero siempre, invariablemente, un secreto caudal de bienes. Es preciso saberlos buscar mirando lealmente hacia Dios. Si el hermano se lamenta de su pobreza, le dirás: trabaja. Inútil será que cualquiera falso profeta se alze contra esta ley. Franco trajo la verdad a España para siempre.

Gózate en tu trabajo. Aspira a crear, mientras tus manos se afanan en dar forma a cuanto la ciencia crea, ba-

jo el signo de la Divina Inspiración. Ten orgullo de que se llame hombre, como tú, el que crea y el que arriesga cuanto tiene por el progreso. Ayúdale. Este hombre bendice tu trabajo, tu colaboración. Y te recompensará. Quien te da trabajo deberá ser siempre tu mejor hermano. Y si lo haces, valdrás tanto como él. Y puedes llegar a ser como él mismo. Todo depende de tí. La nueva España de Franco te habla así.

Cuando repartas el pan entre los tuyos, eleva hacia Dios tus ojos. Ten pór seguro que serás premiado con abundancia por esta sencilla gratitud. No comprometas jamás el pan de tu familia. La familia es la más grande riqueza de la tierra. La familia te devolverá, con creces todo sacrificio. La Patria es tu familia. Nunca la comprometas; ayúdala. Ella te lo devolverá con creces. Franco gobierna nuestra Patria como un Padre.

¿Recuerdas cuando eras niño? ¿No había en tí una dulce resignación, frente al Destino? ¿Verdad que esperabas siempre con ilusión, y si sufriste, alentaba en tu alma la fé? Nada temías entonces. Pues bien, ahora que puedes comprender la vida, luchar por ella, ¿por qué no despiertas a ese niño que duerme en tí, que nunca muere en el hombre? Para llegar a la meta feliz, tienes abier-

ta en el pecho la escala maravillosa de la Ilusión y la Fé. Franco lleva en su pecho la Ilusión y la Fé, que se abrió en el pecho de España.

Cuando llamen a tu puerta abre con amor y con cautela. El amor te dará suerte en lo que esperas. La cautela, te evitará la desgracia. Porque el amor lo emplearás en desarmar al que pretende engañarte y la cautela te preservará del ataque, si la rectitud de tu amor no le toca en seguida. No olvides que amaste y creiste sin reserva cuando llamaron a tu puerta para que te juzgases la vida. Y la vida de los tuyos con tu vida. Solo a Dios y a la Patria se le abre la puerta de par en par. Franco es hoy la Patria por designio de Dios.

En esta tierra apacible, de sol, de mar, de infinitud, solo puede haber fraternidad y amor. La Isla sube desde el Océano hacia Dios. Piensa que el trabajo es la riqueza, y ésta nace del esfuerzo solidario de los hombres. Ninguno deja de recoger su parte. Merced al trabajo, esta Isla hizo que de la pobreza naciese el bienestar. Tú viniste de la felicidad, del bienestar, para recoger el fruto. Todo lo que te deslumbra fué pobreza. Quien te diga otra cosa, miente. Trabaja con fé y disciplina, y recogerás el premio. Franco, Apostol de esta Verdad, gobierna a España.

DEL DIVINO ESCENARIO DE LA NATURALEZA
COMO PORTICO DE LUZ ANTE LA TINIEBLA

Si te internas —buen camarada del viaje ideal— por estas próximas páginas, que lo son de divagación meditativa, no busques lo que no debes encontrar: **literatura**. Propósito limpio: mostrarte la enseñanza, el ejemplo, la reflexión, y al fin la confortación y el deleite, que trajo a mi alma conturbada el contacto — que había de hacerse místico, filosófico, tierno y vehemente— con la Naturaleza, en días de dolorosa preocupación social, evadidos momentáneamente del agrio tumulto que acabó por encender la hoguera incivilizada . . .

LA CRUZ

...Y de pronto, cien telones luminosos colgados a lo largo de la abrupta inmensidad, dejan absorta la mirada. Frenético universo de rocas. Ciclópeo mundo panorámico. Inaudito festín policrómico. Océano imponente de masas, victoriosas del huracán, irrumpiendo en gigantesca siembra de líneas, que exaltadas ondulan, se hieratizan sacerdotalmente, se encrespan y se humillan. Alada cabalgata de montañas. Galopando fantásticas van, como desgajándose de las cimas. Sublime tumulto de la naturaleza, donde no se ha roto la armonía de un solo elemento, para componer el conjunto de sobrecogedora belleza.

Enhiesto vigía, recogido en su longa dalmática pétrea, ambientado de misterio, como culminación gloriosa que preside los poéticos abismos, el padre Nublo muestra su singular deidad. Y un estallido de rocas, ha dibujado, más allá, caprichosamente, en la curva fugitiva, la macidez vigorosa, elegante y etérea, del Bentáiga, fortaleza de cuento indio, con la estrofa de un verde pino por bandera en la torre...

En el unguido signo de toda su figura, desde su cátedra de rocas, "el Fraile" desgrana su eterna bendición penetrante sobre el paisaje mágico; conventual estampa esculpida en la altura soberbia.

Abajo, en la hondura de la hondura, la verde paz tejedana, respetada de los cíclopes, como prendida en la última ola de montaña, con versos de égloga y sonos de pánicas flautas.

Todo va serenándose en un colosal ritmo litúrgico. Los

salmos vuelan de pináculo en pináculo. Alas tendidas sobre el mar de plata. Y los tules resplandecientes se abren, en la mirífica lejanía, para ofrecernos el gran esquisfe tinerfeño y la solemne ascensión esfíngica del Teide, en su majestuosa corona, la ofrenda de un níveo seno femenino...

Una cruz señala el lugar donde el milagro contemplativo espera. En la vigorosa rectitud del pecho parecen abrirse los dos brazos sensibles del alma, como para volar sobre la divina sinfonía epopéyica. Allí está la grandeza de Dios como en ningún otro paisaje de la tierra.

No fué la cólera celeste; no fué el monstruoso trabajo de la tempestad, quien engendrara estas imponentes culminaciones geológicas. Sufrió la Tierra, tal vez, en una dura convulsión, crucificada sublimemente para gloria de la Eterna Belleza. Allí está la sonrisa de Cristo, la majestad de Dios, que puede abarcarse por milagro súbitamente, de una sola mirada. Y la revelación en la Cruz. La fugacidad de un minuto jamás inundó la retina de tan dilatada armonía y el corazón de tanta emoción transportadora. Toda la arrogancia heroica de la montaña se torna en humildad avasalladora. El himno impetuoso deviene oración tranquila, exhortación infinita. Y la densa roca se ha modelado dulcemente en la Imágen que parece hablarnos con santos versículos. Para la oración del día y de la noche, en divina vela, allí el Fraile, flechado el pecho por las luces que nacen y mueren. Y la suave palabra, desde el coro de los discípulos, vuela en gracia, desparramada por el viento, de la altura, hasta los valles...

Al canto épico de Homero, responde un suave eco virgiliano. Los acentos olímpicos del Walhalla, se funden en la tersa, angélicamente perfumada, sonata de Franck.

¡Dominio del hombre sobre la Tierra cada vez más entendido! Las potencias naturales se rinden en toda su divinidad. ¡Montañas gozosas de nuestra mirada y después de nuestra huella! Toda la salud y la fuerza de la Naturaleza parecen penetrarnos cuando el pulmón bebe el aire de las cimas. El mito de Anteo, dejándose caer en el combate para atraer del contacto con la tierra y sus potencias los nuevos ardores, parece cobrar maravillosa virtud en la glo-

ria de las cúspides. Hermandad, fusión dichosa del hombre con la Tierra. Es el abrazo sublime con lo real quien nos lleva a la Poesía, al mostrarnos a Dios.

Hombre y Naturaleza, perfectamente identificados. Perpetuo intercambio producido entre el hombre y cuanto le rodea; lucha incesante, reacciones continuas de la Naturaleza sobre el Hombre y del Hombre sobre la Naturaleza. ¡Oh amor, en el eterno desposorio!

Y al pie de la Cruz, en la cima gigantesca, ante el universo de rocas, maravillados, respirando el aroma de la tarde estival, junto a un dulce perfume de mujer y de amistad, pensamos fraternalmente que no ha de ser bastante la vida para reverenciar a Dios, para responder a las ardientes llamadas de la Naturaleza, y al grito que nos lanzan de tantos lugares de la Tierra las infinitas amistades humanas. ¡Amor!

1.º de Mayo 1936

¡fiesta! ¡Trabaja alma...!

El populacho—puños en alto, mirar altanero, escandaloso grito blasfemo—puso su libre tablado rojo en la plaza patricia de nuestra Vegueta mística y señorial. Música de la Internacional recogía el viento como himno español y de victoria, ante los dos ojos seculares, venerables, atónitos ahora, de la Santa Iglesia Catedral y del Municipio.

Solo estoy. Evadido. En la Isla Absoluta. En la montaña de la Isla. En el palo más alto del gran navío de tierra.

Alas son mis ojos sobre el largo zafiro del mar. Mios,

todos los inacabables horizontes de limpio azul. Mía toda la fragancia, todo el rumor jubiloso de la brisa. Mía toda la fuerza que palpita en las ondas sumisas. Mía, la vibrante salud del pmar. Y del torrente, donde alumbra la fecunda frescura que se vierte sobre la tierra. Y mío, el rubio hechizo tibio del sol.

Desfloro en cada minuto de este día, una estrofa distinta del Gran Poema Oculto. Y un capítulo nuevo de la Ciencia de Dios, milagrosamente abierto, me alecciona. Toda una orquesta prodigiosamente acordada, canta para mí. Mía es su diversa melodía embriagadora. Para mi el perfume, vigoroso y dulce, esencia de la vida misma. Para mi el secreto que deifica. El Poder que construye.

Solo estoy. Con el Universo entero, en la divina aristocracia de la Naturaleza. Todas las leyes de una sublime democracia ennobecedora, están gravitando sobre mí. Solo estoy. Soledad que me hace feliz y eterno, lejos del sucio, infraterno tumulto humano.

En la Isla Absoluta. En la montaña de la Isla. Desde el palo más alto del navío de tierra, hijo de Dios, apretada partícula fraterna del Cosmos, izo orgulloso la bandera de la jerarquía espiritual. Y grito subyugado: Abajo la absurda disciplina del odio que destruye el amor, abajo toda tiranía que burla el Conocimiento Divino, e impone la grosera unidad inhumana, contra el respeto fraterno, humano, signado por la Celeste Voluntad; abajo la bárbara doctrina que cierra todos los caminos, paralizandó el vuelo ascensional del alma!...

En el amanecer

I

Al abrir nuestros ojos en el resplandor de plata de la mañana, cien ojos de luz y de colores parecen interrogarnos con signos de júbilo.

Y una gran onda de murmullos, acordándose en la más amplia y dulce gama sonora, va desgranando en nuestros oídos una melodía maravillosa.

Cada elemento de la Naturaleza labora en el esfuerzo unánime, como gozándose en la armonía fecunda que vierte su trabajo, mientras nuestros sentidos se abren ávidos para recoger el imponderable regalo de poesía que resume la generosidad vital del espectáculo.

Nuestra alma, al desgajarse la luz del sol sobre la tierra, ha encontrado el secreto camino abierto sobre el gran nervio misterioso donde afluye la formidable corriente dinamizadora de los divinos afanes, la innumerable vida fundiéndose en Suprema Unidad. Y volamos hacia Dios en la música de la mañana, que canta por los mil labios de la Naturaleza!

II

Toda la ternura del amanecer parece latir en este rosal nuevo, tímido al goce del sol. Ahora, con un esfuerzo vital sorprendente va sellando las horas de luz. Oro desleído en púrpura, esmeralda viva, cristal, diafanidad unguada de vigor misterioso. ¡Qué prodigiosa armonía va dando forma a sus brotes, que disciplina elegante va dirigiendo su crecimiento! ¡Cómo las ramitas más débiles, dejan paso solícito a las más robustas que caminan rectas a su destino! Consciente parece de su misión cada parte integrante

de esta delicia de nuestros ojos. Estas ramas florecerán diversamente y ninguna sentirá envidia de la otra. Todas colaboran orgullosamente a la belleza total, a la íntegra virtud.

III

Esta recta palmera, que irrumpe en el espacio abriendo su pomposo abanico—verde torbellino indolente, ebrio en el cristal del eter—apretados los brazos en hermandad dionisiaca, no ofrece en vano su altiva y seductora arquitectura vegetal. Seco, recio, austero, es su tronco. Ciertamente, su ejemplo vivo de humildad le hace subir a las alturas y dar seguro fruto sustancial entre la virtud fraternal de sus ramas, que se respetan y se aman, jugando unidas en el viento como muchachas fecundas, perpétuamente júbilas, sorbiendo el vino rubio del sol...

IV

RETABLO PRIMITIVO EN EL CRISTAL

Tronco. Como ancha columna catedralicia, enclavada solemnemente en la tierra húmeda. Trepador del espacio, en abiertos brazos vigorosamente nervudos, florecidos de verde armonía, que van ciñendo en estrechos círculos los escalones del eter. Rascacielos esmeralda. Le bastó una sola semilla, para la obra de su corporeidad imponente. De su respiración centenaria. Y de su prodigiosa fábrica de golosinas, que esencia el abecedario vitamínico completo.

Monumento admirable. De cada compartimiento se escapa una sinfonía. Población de flautas. Conservatorio del Estado de Dios.

Arte y Vida. Vida superior a la humana.

Estudiemos, horas y horas, la vida de esta mansión gloriosa. Sentiremos una ternura sin límites. Aprenderemos lo

inesperado. Los pobladores de esta torre musical, muestran un alma, más buena, más pura, que la generalidad de los hombres.

Sociedad perfecta. Hay madres tan exageradas en el amor, que al nacer sus hijos, les esconden. Mimosamente les cuidan, apartando toda impertinencia o peligro. Con un dulce lenguaje expresan sus sentimientos, sus deseos. No se alejan para buscar el sustento. Si el hijito les llama con un motivo de poca importancia, la madre les contesta y va pausadamente; si es requerida ante un temor evidente, la madre acude a toda carrera para atender al hijito.

La población cantora es un solo corazón ante la vida. Cuando les amenaza un mal, montan su guardia. Y si no pueden evadirse en masa, preparan su defensa como podría hacerlo un general. Apretado círculo donde los jovencitos, los inermes, ocupan el centro y las hembras detrás del macho, con sus frentes también dispuestas a la lucha...

No solo las abejas y las hormigas constituyen verdaderos Estados. Estos pájaros ofrecen el cuadro de una misma solidaridad, expresándose su amor intensamente.

La fiesta del recién nacido en nuestro rascacielo verde, fué un auténtico regalo de ternura. Nos acordamos del visiteo de los monos, maestros en la ceremonia social. Cuando una mona da a luz ¿no vá la vecindad, la monada, a visitarla y pasan al recién nacido de una a otra, prodigándole cariños que dejarían sorprendidos a muchas señoras de nuestras sociedades civilizadas?

Cuando se junta a la población volátil un vecino nuevo, le reciben con evidente sentido fraternal. Al principio, como sucede en muchas especies de animales, parecen extrañados, le miran, le olfatean, le inspeccionan y, acto seguido, le admiten en su seno como uno más que hará vida común.

Cuando el tiempo es adverso y perentorio encontrar comida, se separan por secciones en diversos sentidos. Y van llamando a los demás. Las madres llevan anhelantes en el pico, el sustento para sus hijos.

Cuando dos se querellan, todas las alas, próximas o lejanas, si lo advierten, vienen corriendo para separarles, interviniendo hasta obtener se haga la amistad entre los contendientes.

La mayor parte de los animales que viven en sociedad tienen desarrollado el sentimiento altruista y de comunidad. ¿No recordáis como en el ganado se manifiesta el dolor en forma desgarradora y precisa? Cuando llega a comprenderse en toda su magnitud, el alma humana no puede menos de conmoverse hondamente. El bramido del toro hiriendo tristemente el silencio de la noche. El olfateo de la sangre y la reunión en el sitio de la res muerta, balando dolorosamente a intervalos, como en duelo, por el compañero perdido, hasta que sale el sol ¿no cobra emoción humana?

Nuestro rascacielo esmeralda tiene sus porteros y centinelas. Cuando uno se descuida, recibe justa reprimenda de la autoridad alada.

Las horas de la mañana, tienen un místico dulzor. Al romper el alba, plegaría a la luz.

Más tarde, el vuelo hasta el arroyuelo cercano—piscina encantada.—Deportes en el Azul. Regreso, y la gran onda musical envuelve ya todos los pisos del Conservatorio. En tanto, limpieza y tegido de nidos. Después, excursión al mercado amplio y libre de los campos. Un breve silencio en la plena lluvia solar. Una inquietud amorosa que va de la rama poblada, a la cuerda aérea. Rumor de fiesta, melodía larga de flautines para la recogida al hogar en la tarde teñida con mil colores de alas misteriosas...

Bella vida, sin que medie reflexión egoísta alguna, en condición superior a la de la vida humana. ¿No?

LA CIUDAD, LOS HOMBRES, LAS IDEAS...

—Crónicas diversas del Quinquenio oscuro. Versos de esperanza y desesperanza. Escala en el viaje trágico. España, Dolor, Civilización, y dolor de español y civilizado. ¡Y hossanna en el milagro del Albor Azul!

LA VERDAD

España padece sed de Verdad. Sed de Justicia. De un extremo a otro del territorio. De un extremo a otro del círculo de los sentimientos y las ideas. Mírese a la derecha, mírese a la izquierda.

Pero, cada zona de españoles parece querer buscar una verdad distinta. Algunos dramaturgos modernos se han empeñado en hacernos creer, que la verdad es cosa subjetiva y cada cual tiene la suya.

Bien cierto es, que se sigue discutiendo en torno al problema del valor de la razón humana, que Renan dió casi por concluso. Filósofos sutiles han venido después, para demostrarnos que los conceptos cuyo encadenamiento forma el todo de nuestros pensamientos, no coinciden con la realidad; constituyen imágenes falsas, tan falsas que sin apercibirnos confundimos el Tiempo y el Espacio. Por mi parte, sigo prisionero del principio pascaliano, con su clara distinción entre las razones de la razón y aquéllas que nacen del corazón. La verdad quería buscarla siempre, mirando al Cielo, más que a la Tierra, Santo Tomás, Balmes, Francisco de Asís, poeta de la Divina Verdad...

Y ¿a qué viene esta divagación, cuando en realidad solo nos proponemos internarnos, en forma vulgar, dentro del panorama político que ofrece nuestra nación? Es que por momentos, mientras desfilan las imágenes, sobre la pantalla de los días, ante la perspectiva de una España a cada instante más conturbada y dividida, cerebro y corazón suelen recogerse en un trabajo hondo, sereno, desinteresado.

Lo positivo es, que si los españoles buscan una verdad, tal vez, dispar; todos, en el fondo, claman por una Justi-

cia. Y solo existe una Justicia, dentro de la Justicia inmanente.

Nada más desmoralizador para un pueblo, que el relajamiento en el cumplimiento de las leyes. El índice de civilización de un país lo marca el respeto a la autoridad, y el que la autoridad sea dignamente ejercida; es decir, con firmeza y con justicia. Que las leyes no se cumplen, que las leyes rigen cimbreadose a la conveniencia, es algo, que, al presente, nadie puede negar. Y cuando se trata de leyes, muchas de ellas, sancionadas con la repugnancia de una gran mayoría de españoles, constituye síntoma alarmante. Que el principio de autoridad está ausente, nadie puede discutirlo.

La lectura diaria de las páginas telegráficas acongoja el espíritu. Quedaron atrás los días de grandes procesos y sentencias por delitos de rebelión y de orden público.

Algunas escenas de la causa judicial por los sucesos de Agosto, no se apartan fácilmente de nuestra imaginación. Aquello fué como una gran batahola inciudadana, una mantenida ráfaga de pasión, impropia del lugar.

Creemos "en alma y conciencia", que todo Tribunal de Justicia ha de estar siempre, moralmente, como de hinojos ante el acusado, implorando la verdad.

Momento emocionante, fué aquél, en que Sanjurjo, el caudillo de Africa, dijo varoniles palabras, sobre "su verdad". No quiso derribar un régimen, sino un Gobierno. Estaba allí la verdad de la verdad, que todos presumen es hoy la de gran parte de España.

Y hemos pensado en tiempos muy remotos. ¿Qué es la verdad?, nos cuentan exclamó el procurador de Judea, cuando Jesús compareció ante el Pretorio de Jerusalem. Poncio Pilato está retratado en la interrogación afrentosa. Gravitaron en el Pretorio entonces, Convencimiento y Duda, Certeza y Vacilación, Valor para afirmar y pereza para creer.

Si la memoria de Poncio Pilato se encuentra en universal escarnio, es, precisamente, porque aquel juez, no supo distinguir esa verdad de orden práctico y metafísico que exige no puede dejarse perecer a un Justo. Sin embar-

go, su fórmula escéptica llega a producir, al fin, más piedad que horror. ¿Sabemos en qué condiciones y cómo la dijo? Imaginémoslo al hombre atildado bajo su toga, con una multitud de hirsutos fanáticos delante, que gritan pidiendo la cabeza de Cristo. Y ante el Pretorio, el Acusado con una voz tierna, con acento dulce y afirmativo, pero que apenas vibra como un murmullo, diciendo: "vine al mundo para dar testimonio de la Verdad"...

La verdad hegeliana,—en su interpretación específica, constructiva y cristiana—la verdad absoluta que el filósofo creyó tener aprehendida, seguramente está lejos todavía; pero nos aproximamos, al menos, aunque penosamente, a la verdad sobre los fenómenos de la vida, sobre las normas que deben seguir las sociedades para no caducar.

Y la verdad se nos antoja que no es muy difícil ponerla a luz en nuestros españoles días. No serán los que más gritan, los que lleven ungada la humana garganta con el óleo divino de la Verdad. Estará la verdad en aquellos que amen realmente a España, en los que tengan capacidad para reflexionar, poniendo en pureza el corazón. En aquellos que vean a España como a una gran familia que es preciso no dividir, sino conciliar, aprestándola dentro de un común amoroso sentimiento de justicia, de mutuo respeto, de concordia y paz. Y dentro de esta verdad axiomática, la revelación podría venir con una limpia consulta ciudadana, como aquella que permitió—a nuestro juicio, con torpeza y precipitación, que la **verdad pública** puede convertirse en error e injusticia histórica—expresar un día a la nación, menosprecio a los reyes, verdad que dejó estupefactos a los mismos que pugnaban por alumbrarla, y ha traído hoy esta indubitable unánime sed de verdad y de justicia, que siente España pidiendo saciedad a nuestros gobernantes...

La Verdad. La Única. Huya de nuestro recuerdo la imagen de Poncio Pilato, preguntándose ¿qué es la verdad?, ante la cristalina afirmación de Cristo, expresada como un gemido, alzándose en el rumor criminal de la hirsuta mu-

chedumbre. Y las manos lavadas del Procurador de Judea, que hollaron la Divinidad por escapar a la ira del ignorante enloquecido pueblo de Palestina, sean por siempre malditas en nuestra cristiana España.

MITOMANIA

No es frecuente encontrar términos gramaticales que, nacidos de la observación psiquiátrica, hayan pasado al lenguaje usual.

El gran Ernesto Dupré creó un neologismo expresivo: "mitomanía", el cual hizo fortuna, y de la medicina mental, se trasladó con cédula corriente a la literatura y de aquí, a la conversación mundana.

El célebre autor de la "Patología de la imaginación y la emotividad", designaba con el nombre de "mitomanía": la tendencia constitucional, más o menos voluntaria o consciente, a la alteración de la verdad, a la mentira e invención de fábulas.

La mitomanía o inclinación a crear mitos, corresponde a un desequilibrio por exceso, voluntario o involuntario, de la actividad imaginativa. Lo característico en el mítomano es, el no distinguir siempre lo verdadero de lo falso. Así resulta, frecuentemente, la primera víctima de su fantasía. No es extraño ver cómo la mentira del mítomano, en contradicción con la del vulgar impostor, resulta perjudicial a su propio interés.

No constituye entonces un sistema de defensa que tiene su causa, sino una verdadera tara.

La originalidad de la mitomanía, consiste en aislar una anomalía intelectual, dejando a un lado la mentira consciente y la ilusión sincera, si bien esté unida por el factor profundo de su común falsedad, para precisar lo que, fun-

damentalmente, viene a ser un hondo desarreglo de la imaginación.

El niño tiene una especial actitud mítica, por razones fáciles de comprender: falta de experiencia y de espíritu crítico, sugestibilidad excesiva. Dupré llegaba a verla, en un mucho, como normal.

Se ha afirmado científicamente, que los pueblos, así como los individuos, padecen de mitomanía en el período inicial de evolución.

Y esta es la conclusión que veníamos buscando, para aplicarla dolorosamente a España. Una nación enferma la nuestra, que no ha de poder transformarse sin que se le aplique el régimen terapéutico adecuado. Exige médicos de altura.

El mal es viejo. Pero su agudización causa estupor. Fuimos país clásico de mitos y de desgraciadas mixtificaciones.

Hoy—precisa reconocerlo—la verdad sufre tales ultrajes, que hasta es consuelo reconocer que la causa sea patológica e independiente de la propia voluntad.

Una de las formas científicas más frecuentes dentro de este curioso morbo es la forma de “mitomanía vanidosa”.

En la literatura se encuentran ejemplos famosos como los de “Tartarín de Tarascón”, el “Mentiroso” de Corneille “Nouma Roumestán” de Alfonso Daudet, que recordemos ahora.

Si miramos hacia alguna de las figuras del retablo político ¿no encontraremos, entre los que se agitan obstinados por hacerse dueños de los destinos de España, buen número de estos característicos mitómanos? Lo mejor que se puede pensar muchas veces es que obran como tales.

En la angustia que produce el cuadro anormal, pudiera decirse de nuestro fatigado pueblo, lo que Daudet del célebre personaje: “el solo hombre que no hubo jamás mentido porque se creía todas sus mentiras”.

Si fijamos la mente en algunas diversas formas de la mitomanía, encontraremos, sin duda, aplicaciones propias a nuestro tristísimo caso.

No haremos otra cosa que enumerarlas, pues al mismo tiempo, en la imaginación del lector surgirán las evoluciones con plástica perfecta.

Mitomanía infantil. Recordemos el fenómeno de los niños “falsos mártires”, cuyas quejas y fantásticas inculpaciones dan lugar a diligencias judiciales, de las cuales resulta probada la constante inocencia de la familia. Puede observarse, a veces, cómo estos enfermitos también se hacen víctimas de “falsos atentados”. No debe olvidarse que lo más delicado en estos casos es el interrogatorio.

De la “mitomanía vanidosa”, hemos ya hablado. En esta forma entra, con especial relieve, la de grandezas. Y la imitación a lo extraño.

Hay una mitomanía, donde la actividad mítica se revela malignamente, como una forma de insociabilidad, deseosa de satisfacer la pasión, tácita e indeclarada muchas veces, y consistente en destruir los objetos, humillar y torturar a las personas, etc.

Encasillarán aquí las mixtificaciones, también malignas, que se refieren a brujerías, casas encantadas y otras por el estilo. Y también ¿por qué nó? las cartas anónimas, de tan abundante y vil uso en nuestro país.

En el orden sexual, conocidos son los “Don Juanes” mitómanos que ofrecen su corazón al mismo tiempo a varias mujeres, prometiéndoles el casamiento con ardor de comediantes.

Existen, en fin, las “mixtificaciones colectivas”. Pueden hallarse los caracteres esenciales de estas, en hechos sociales, de orden político y religioso.

Pero llegamos a las últimas líneas, huyendo de clasificar con arreglo a las variedades de este peregrino capítulo de patología. Y volviendo atrás, queremos patrióticamente quedarnos en el optimismo de diagnosticar la agudizada mitomanía de que da inequívocos síntomas una parte de la nación, como enfermedad de evolución, encontrándose en el período inicial de un nuevo e improvisado régimen.

Todos debemos coadyuvar a la curación del grave mal que perturba la vida española.

Procuremos enderezar la conciencia nacional para que, apartándose de todos los mitos, sepa distinguir lo verdadero de lo falso, usando de la facultad imaginativa como un ser normal, con espíritu constructivo.

(De la era infamante)

La democrática Plazuela

Estamos en el pintoresco rincón de la ciudad, que lleva un moderno nombre ilustre; pero sigue siendo y llamándose para todos "la plazuela". Como la vieja plaza de Santa Ana, recibe de los mismos rancios republicanos, no otro apelativo que el familiar y de bautismo histórico, que será el de hoy y el de siempre. Hay nombres que es vano cambiar, tanto para las vías públicas, como para los personajes del retablo.

¿Quién se atrevería a definir lo que es la Plazuela?

La Plazuela es algo que merece "un tratado". Allí encontramos un cuadro vivo de lo nuestro; lugar público de sabor indígena, atrayente y policromo, que a nada se parece; punto neurálgico de la ciudad. ¿Quién no rinde al menos un cuarto de hora al solaz jovial de la Plazuela, que tiene, a ratos, sus horas transcendentales? La Plazuela, es la verdadera "plaza pública".

Junto a la raya seca, salpicada de verdes espontáneos, que separa a los dos grandes barrios, apenas si se encuentra ciudadano, ya veguetero venido a menesteres comerciales trianeros; ya trianero metido en afanes curialescos, municipales o cabildenos, que no arrastre y detenga su paso en el público bullicio de la Plazuela, donde casi siempre

se encuentra una mano amiga abierta. Por otra parte, es, a sus horas, sede fija de amistosas tertulias, rincón hospitalario de intelectuales, e invariablemente, cuartel de una guardia cívica casi permanente y simpática. Conversaciones interesantes, temas arduos; sólo desñorados para comenzar, pero que, en ciertos momentos, toman honduras filosóficas y ponen las voces en diapasones altos, apenas vencidos por el canto agudo, europeo, evocador, de la "Radio" o el grito fresco y picaro de los limpia-botas y vendedores ambulantes.

La Plazuela es algo más que la "Puerta del Sol", pues que todos recibimos la invitación a sentarnos en frescos sillones de mimbre medio a medio de la vía pública, con derecho a consumir o no... Hospitalidad magnífica. Hay bancos municipales, y toda clase de seducciones, para asistir al pintoresco espectáculo. Árboles bellos, festones jardinescos, fuentecillas que añoran cisnes, comerciales kioscos, grandes para-soles multicolores y hasta una hermosa columna termométrica que se ha quedado paralítica a fuerza de marcar adorable temperatura inoscilante. Y la mancha blanca, artísticamente incolora, del monumento a un canario inolvidable...

La Plazuela, nuestra grata Plazuela, ¿es café, plaza, Jardín, bar, restaurant, cervecería, sala de conciertos, cubierta de paquebot en fiesta? Todo a un tiempo. Y también, en sus días, rambla de las flores.

El café clásico y legendario, el de las célebres tertulias, románticas y vulgares, ya sabemos que ha ido desapareciendo en todas las latitudes. Se ha venido transformando según las costumbres y las modas. Son estos otros tiempos distintos a los del universal "Procopio" y los de nuestro popular "Mar-fea". Cervecería, bares, salas de té-librería, cabarets danzantes, restauranes automáticos... Tal vez damos nosotros en el clavo de lo nuevo y perfecto, situándonos en un justo medio que no se parece a nada. Reflejamos el verdadero "espíritu de sociedad". Y por la diversa clase de la concurrencia, nuestra democrática plazuela puede que

tenga más el aire de una terraza de "La Rotonde" o de "La Coupole" parisina. Allí está todo, y estamos todos.

Junto a la pompa del señor de la "frivolidad majestuosa" qué diría un Barbey d'Aureville, el perfil sosegado del honesto comerciante y del burgués tranquilo; las siluetas pimpantes de los artistas en *tournee*, o del grupo inquieto de turistas, cerca de los corros ciudadanos habituales, siempre en animada charla o discusión; la trunca simpática de los parladores de política o de arte, y más de un filósofo ensimismado en algún remoto vuelo del pensamiento... Y el todo, diluido en la música de fondo de los aparatos mecánicos, el viene y va de los mozos, de la muchachería que trabaja y retoza, del pueblo que pasa por la línea circular callejera, trayéndonos a ratos la esbelta imagen de alguna bandada de mujeres bonitas...

Asoma alguna vez por allí, la cara burlona de "Fíjaro". No olvidemos que fué la Plazuela, lugar del antiguo carnavales canario: ¡Tienda de Fíjaro!

Y en verdad, que debe tener para el extranjero una singular atracción este rincón de la ciudad.

Lo he comprobado hace poco. Confesión de un ilustre marino de guerra. En la tarde del domingo, el comandante de un barco anclado en el puerto, hombre que ama internarse solitario en el corazón de las ciudades, observador y artista de la línea de aquellos marinos-poetas que dieron gloria a diversas literaturas europeas, llega a nuestra democrática Plazuela, y toma asiento bajo un exuberante parasol. Nostalgias varias le vienen al espíritu. Trata de analizar la impresión que experimenta ante aquel movido escenario. Lo encuentra poco clasificable. ¿Andalucía? Pide en el gramófono un disco andaluz. No es esto. ¿América española? Pide en el gramófono un tango y una rumba. Tampoco. Más música. ¿Colonial español? Tampoco. Canario-español-cosmopolita, tal vez. Y acaba oyendo el arrojado canario, la isa, y después música española, Albéniz, y música italiana... porque iba muy bien con el ritmo suave de la tarde.

En los días de crisis ministerial la Plazuela ofrece avisado contorno. En tales acontecimientos, la democrática Plazuela es lugar que nos pertenece exclusivamente; no pide elementos extraños. Es club político, redacción de periódico, central telegráfica, cámara popular, parque de mítnes al aire libre, estilo inglés... Así la pasada semana. El clásico café español, trasplantado a una plaza pública, que no se parece a ninguna otra del mundo. Nuestra amada Plazuela, cuyo simpático bullicio parece apoderarse del que se aproxima con un sugestivo: ¡pasen y siéntense señores!

LO IMPREVISTO Y LA SELECCION⁽¹⁾

Si hace treinta años alguien hubiera osado poner ante ojos humanos la carta geográfica actual de Europa y la lista de sus gobernantes, lo hubiese ciertamente tomado a desvarío.

Ante la realidad que tocamos, puede decretarse como imprudente reputar de sueños quiméricos muchas ambiciones y pretensiones con apariencias locas.

Europa está gobernada, al presente, en una gran parte, por revolucionarios de diversas especies, desde Valera, en Dublín, a Stalin, en Moscú, desde Mussolini a Hitler, y Pildsuski en Polonia, y Mustafá en el país de la Media Luna. Sálvense, desde luego, las distancias formidables, en honor a la tesis.

Y a este propósito viene a cuento, como ejemplo, y en olor anecdótico, recordar una escena histórica sucedida entre Briand y el mariscal Pildsuski, cuyo sabroso relato,

- (1) En algunas de estas reproducciones el lector, sin duda, ha de situarse en la época justa en que se escribieron estos artículos.

saturado de la característica espiritual malicia del ilustre personaje francés, escuchamos en cierta ocasión.

No habréis olvidado—decía el gran hombre de Locarno—que fui soldado en la Internacional Obrera y asistía asiduamente a sus Congresos en compañía de Jaurés y Millerand. Habíanos llamado la atención entonces, por el fuego de la mirada y su espíritu combativo, un joven polonés, que, en nombre de no se sabía cual Polonia, hablaba siempre en ardiente socialista. Aquel hombre parecía, sin embargo, más enemigo de los tiranos, que de los capitalistas. Era el revolucionario clásico, exaltado y violento.

En 1922, Millerand, presidente de la República, y Briand, jefe del Gobierno, se encaminaban a la estación del Bosque de Bolonia a recibir al jefe del Estado polonés, que no era otro que el mariscal Pildsuski.

Frente a frente, los encumbrados personajes se saludaron ceremoniosamente, con arreglo al protocolo. Las músicas entonaban la Marsellesa y no la Internacional.

Y parecí como si no se reconociesen. El Mariscal tenía asiento a la derecha del presidente Millerand. Briand enfrente. Descendían la Avenida de los Campos Elíseos. Los jefes de Estado respondían a las aclamaciones de la muchedumbre. En un momento dado, Pildsuski se inclina hacia Briand y le dice a media voz, en tono exclamativo y de confidencia, a la vez: “¡Eres tú, eres bien tú, Briand!” Y el antiguo líder socialista remataba el cuento añadiendo: ¡Qué gusto me dió, porque yo sí sabía bien que él era Pildsuski!

Briand, no había tenido necesidad de pasar por una revolución, para saltar de revolucionario encendido a jefe de un Gobierno burgués.

El hombre preconizador de la huelga general, había evolucionado en un período de diez años. Y concluyó su vida como una especie de semi-dios.

He aquí lo imprevisto. ¿Es lo lógico, naciendo de lo ilógico o a la inversa? No lo sabemos.

Lo que sí arroja el hecho, como algo positivo y aleccio-

nador, es que de nada hemos de asombrarnos. Y la evolución constituye un fenómeno natural y providencial.

El concepto darwiniano de la selección, es inherente al espíritu, a las ideas, como a las especies.

En la lucha de carácter social que va apasionado al mundo, y que es fenómeno de la existencia actual, los menos avanzados, aparentemente, se erigen ahora en defensores del sindicalismo.

El padre Gafo—ilustre dominico y diputado a Cortes—dijo a nuestro redactor en Madrid, Valentín F. Cuevas: “La obra sindical va en buen camino, recogiendo en los sindicatos profesionales gran número de obreros, que no son otra cosa que obreros y les basta, porque es preciso convenir que en las Casas del Pueblo hay muchos trabajadores que no son socialistas y no tienen por qué estar en esas organizaciones”.

La afirmación del padre Gafo no es atrevida, porque es justa.

El verdadero espíritu moderno consiste en ver la obra sindical, como algo absolutamente apolítico. Así ha de constituir, invariablemente, una noble y eficaz fuerza. Y en otro aspecto, al que venimos a término, de este modo, la selección habría de tener efectividad manifiesta resolviéndose problemas de orden técnico, de aptitud, de disciplina social, que en la mayoría de las ocasiones con daño del trabajador, en general, se convierten en cuestiones políticas, tratadas dentro del sombrío plano de la lucha de clases, que reputamos, con gran dolor una rémora evidente para el progreso y una barrera violenta puesta a la obra sagrada de la fraternidad humana.

POR DIVAGACION...

Diríamos: menos política y más trabajo. Menos sinecuras y más rudo esfuerzo, si ha de ganarse el placer, que no es lo mismo que ganarse simplemente la vida.

Como antaño, más enlazados fraternalmente los brazos sobre los hombros. Menos levantado el puño y alta, en majestad humana, la cabeza.

La ciudad y los campos son hoy un dilatado **Parlamento**. El gran debate, por vía de absurdo raciocinio, hallar fórmulas doradas de predominio, de triunfo, de alegría... Política de jefes, de subversión de valores, donde todo es entorchado espeso, sin espiritualidad.

Las mujeres, con detrimento de las leyes biológicas, van poniendo el hogar al aire libre, arrebatándole al hombre sus puestos y sus jornales. El régimen de familia padece gravemente. Y complica el problema del paro. La máquina, infantadora del progreso; la mujer, infantadora del hombre, ¿a unas contra el hombre?

¿Y no deberá vigilarse y reglamentarse severamente la intervención de la mujer en la vida obrera?

Como así mismo ¿no debería aquilatarse todavía la distribución de jornales, según los oficios y la capacidad de trabajo? Existen labores proletarias que representan un esfuerzo humano casi intasable, tal es de rudo y emocionante.

Justo es que se valore y recompense en sentido ascendente el trabajo personal. Pero ¿por igual? ¿Y por qué preterir al proletariado de la inteligencia? ¿Y la depauperada clase media? Su sensibilidad y su cultura, las exigencias sociales del medio en que vive ¿no hacen más cruel su gran calvario?

Pronto el proletariado será la más estimable "carrera". No ha de parecernos mal, no, que se convierta en la única, en el sentido ideal de trabajo.

¿Entregar al Estado un capital, a cambio de un título académico, menospreciado, inservible? ¿Hasta cuándo?

Familia proletaria donde trabajen varios miembros, hombres y mujeres, alcanzará una renta de trabajo superior a la generalidad de las profesiones intelectuales. Vida salvaguardada de toda contingencia ¿Sin selección alguna?

Lo que apuntábamos con respecto a la distribución de jornales, podría aplicarse a las horas de trabajo. Oficios hay tan abnegados y agotadores, que la conciencia vacila en determinar el espacio de tiempo que el temple de un hombre puede soportarlos. Otros, por el contrario, son "como coser y cantar".

Los grandes silencios en el trabajo, representan, sin duda, el puñal de la economía general y privada. Y vamos hacia la Semana de 40 horas.

Sugestiones éstas, no nuevas, estamos seguros, pero que se suben a la razón y descienden a la pluma llanamente, sin pretensiones, en los días insensatos que vivimos.

En resumen, digamos: Menos política y más trabajo, en una concepción desapasionada, inteligente, sinceramente humana, dentro de esta gran seriedad que es la vida, la familia, el progreso...

Mayo de 1936

El hilo de Ariadna

Laberíntica perspectiva la del mundo en revolución.

Dilatado cuadro patético que ofrece contrastes verdaderamente curiosos, dignos de estudio, en los que el hombre consciente clava su mirada interior.

Contradictorios, en apariencia, los caracteres con que se presentan mil graves problemas, sin embargo, lo primero que en substancia de axioma queda afirmado a nuestra

reflexión es, que vivimos los hombres sobre un planeta del cual son solidarias todas sus partes, moral, política y económicamente.

Por algo, ya en los remotos tiempos, Solón predijo la necesidad de una federación universal. Y en nuestros días, Wilson, iniciado el triste epílogo, en que aún vivimos, del gigantesco drama sangriento entre naciones, quiso imponer su fe en la unión de los pueblos, señaló la hermandad de sus problemas fundamentales, dibujando un camino único de salvación, dentro de la paz.

Pero el caos se hace mayor, en tanto, los hombres cabezas del mundo, se reúnen una y otra vez para arreglar este desquiciado universo. Y en la hora histórica presente, cuando la inteligencia del hombre aparece en un evidente asombroso culminar, apenas echamos los ojos por los pueblos de la tierra, nos apercibimos de que, lo que está en peligro, es la misma libertad humana. La división de los hombres está engendrando, de nuevo, una eterna esclavitud.

• Y es que se han dislocado las fuerzas todas en trabajo de dinamismo vital. De la riqueza, ilógicamente, va naciendo la pobreza. De la actividad febril, del ansia incontinente de progreso, el paro forzado en la labor, que es sustento del hombre.

La imagen de Kali, la divinidad temida de pueblos que antaño fueron rincones de prosperidad y sabiduría, parece estar gravitando sobre el mundo con sus cuatro tétricos brazos y los tres ojos simbólicos fijos: uno, hendido en el pasado, otro, inexorable sobre el presente, otro, lleno de misterio, sobre el porvenir.

Hombres que fanatizan masas humanas, gritan a otros hombres que son conductores de otras falanges fraternas: los odiamos. ¡Qué lejos están aquellas admirables exhortaciones de Jaurés, quien, en medio de la lucha lanzaba invocaciones tan bellas y serenas, como en cierto día, la de la vieja canción cristiana arrullando el dolor humano!

Hoy se trata de otros hombres, de hombres enloquecidos.

Y los contrastes nos hieren donde quiera que descansen la mirada. El judío, escucha: guerra a vosotros, que representáis el uno por ciento de puestos dentro de nuestras funciones intelectuales, invadiendo facultades, institutos científicos, laboratorios; guerra a vosotros que nos amenazáis por lo que hay de más superior.

Y el americano dice a los negros: cuando os mezcláis a la raza blanca, daís un tipo humano inferior, en el que las facultades intelectuales son dominadas por los instintos brutales; guerra a vosotros que nos amenazáis por lo que hay de más inferior, disminuyendo nuestro "standing" humano.

Y todo es división, contradicción y lucha, campo dramático infinito el mundo, diálogo airado entre todos los grandes pueblos de la tierra, mientras perecen a millones los hombres en esta guerra, al parecer blanca y sin sangre...

La Gran Guerra había, al decir de los profetas, infanzando un maravilloso niño, que era la Paz. Entre todos los humanos se está fraguando el asesinato del ángel suspirado, portador del ramo de olivo.

En medio del laberinto universal, mientras los humanos no vuelvan a la pobreza unánime, es muy posible que no haya nadie capaz de encontrar el verdadero hilo de Ariadna, que en este negro laberinto conduzca a la verdad de la paz y a la felicidad. Por ese camino vamos, de revolución en revolución sorda, ,

Pero, téngase en cuenta que, si bien la solución tiene un sentido cristiano, habría de ser, desgraciadamente, para volver a comenzar...

La Rueda del Oro

Pánico. Fenómeno morboso que han conocido, desde la guerra acá, todos los grandes pueblos de la Tierra.

Por donde la Isla atlántica, se incorpora estos días al fenómeno universal. Entra en la categoría de gran pueblo.

Pánico. Viene de Pan. Que no es precisamente el sustento angélico, que ganamos con el sudor de nuestra frente, por designio bíblico. Pan, el dios antiquísimo de las selvas y de los pastores. Se le atribuían los ruidos tenebrosos que retumbaban en los montes y los valles, Pan, en griego quiere decir "todo".

Y he aquí por donde, podemos traer en consecuencia que, significanuo Pan, "todo", venga a sustanciarse en otra representación del "todo" en la vida moderna: el dinero.

De lo que no cabe duda es, que "pánico", miedo, temor infundado, se deriva de Pan. Y el pánico, a que ahora nos lleva nuestra intención, es el del dinero.

¡El dinero! "Poderoso caballero", lo llamó un príncipe de las letras. Pero ahora resulta que muchas veces no es tan poderoso el dinero como parece, y en ocasiones tiene un mucho de caballerete alocado.

La fuerza del dinero se ha dicho que es capaz de mover los mundos, por lo que debía representársele, al menos, con torso de animal ciclópeo. Pues, no señor, es como una tímida gacela asustadiza y correlona, al menor ruido.

Tiene nombre masculino, y se conduce con gesto de mujer. El dinero es gruñón y desconfiado.

La excesiva fuerza engendra confianza. Pero la excesiva confianza suele parir la desconfianza.

He aquí el presente caso.

Cuando se obra con honestidad, el recelo del espectador desaparece como por encanto. No hay pánico que resista al golpe de clarín de la verdad.

Nos fué dado asistir a uno de los movimientos de pánico

financiero, más trágicos que hubo en el mundo. Sucedió en Francia, al advenimiento de Herriot, en la iniciación de la post-guerra. No hubo quien dejase de sentirse tomado por la garganta entre dos puertas.

Bastó la presencia de un hombre al frente del gobierno, de un hombre que simbolizaba la Austeridad, la Patria misma, Poincaré, para que todo el mundo se sintiese con la respiración liberada. Poincaré dijo la verdad, y el país se puso en marcha sin titubear; renació la confianza...

A la verdad sometió Poincaré a todos los ciudadanos. Y la mano que estrangulaba a los inocentes, la volvió hacia la misma nuez de los estranguladores.

Al festín del oro acude una clase de buitres, más encarnizados en la aurífera materia, que los vampiros de la carne.

Por estas tierras apuntan algunos estos días. Pero es preciso no confundir el animal bien nutrido y repugnante, con esa débil avecilla, que se para en la tierra, por necesidad, en busca del sagrado sustento, confiada en que allí donde posa, está una legítima parte que le corresponde, premio justo y ganado después de un largo y fatigoso viaje...

Así veo yo, como representación de esta última, tierna y débil, la caravana del pobre, que vivió trabajando y sufriendo, preocupado del desamparo del mañana, que juntó con privación y sacrificio, honorando los días, de donde poder cobijarse en techo propio y sustentar a los suyos, cuando se extinguiera la grande y verdadera fortuna del vigor físico. Aquél que marcha, penosamente por el mundo, arrastrando sus pies cansados, sin sentir envidia de los poderosos que pueden rendir su cuerpo al confortable sillón de un lujoso carruaje... El pobre, que no se vió nunca como tal, sino cuando se sintió viejo y fatigado, que supo no distinguir de gerarquias, en lo material, comprendiendo la armonía que preside la vida universal, la gran cadena que permite al pobre tener orgullo del progreso, de que en buena parte es creador, y aspirar de igual modo a toda esta

celsitud y grandeza humana, bajo el designio, siempre caprichoso, como fatal, del invencible Destino.

En tal aspecto, puede decirse que, por fortuna, en tierra canaria hubo siempre comprensión y hermandad. Y debe seguir habiéndola. No fué país de vagos, ni de ricos insolentes. Por el contrario, el rico dió la mano franca al pobre.

Pero, es lo cierto, que estos días existe un pánico "de pobres". Es decir, el pequeño ahorro, vena de sudor destilada gota a gota en la noria donde gira la rueda del oro.

Es preciso salvar ese Instituto, que de modo admirable cumple los fines de proteger el peculio del pobre, de ese pobre que recibió del estímulo universal el sano consejo de prevenir la vejez.

Se impone la mano dura. Y una grande unánime reflexión.

En tierra canaria no se ha registrado jamás, ni es posible se registre, "Panamá", alguno.

Todos nos conocemos y amamos profundamente la Isla, estamos apegados a ella reciamente.

Calma, reflexión, generosidad, rectitud en todos. Pensemos que gravita hoy en la Isla la fuerza de un patético ritmo que no ha perdonado a ningún pueblo del mundo.

Pensemos con fe, en que la negra nube moral que sentimos sobre nuestras cabezas, como compensación, va a traer este invierno la bendita nube del cielo que ponga agua sobre nuestras fértiles tierras sedientas, colme las presas vacías y los estanques exhaustos, haga fructificar los campos, restableciendo la perdida prosperidad. La economía universal se rehace rápidamente. Los competidores de nuestros productos desvanecen más de una esperanza, los mercados se restauran y otros nuevos mercados ofrecen una perspectiva alentadora. Confíemos, pues, trabajando con ahinco, en el optimismo...

Palabras al viento...

Esto no quiere decir que estas líneas no lleven rumbo. Saben a donde van y tocarán en el camino a quien buscan. Casi incorpóreamente.

Delicadeza. Facultad humilde y distinguida, a la vez. Debe estar siempre al alcance de todos.

Y a fin de cuentas, si se quedan a medio viaje las palabras, igual da, pues que posiblemente nada de especial novedad llevarán prendidas.

Soy de los que creen no representa trabajo difícil, pensar neto y escribir claro. Y así es, cuando la pluma va enganchada en un raciocinio honrado, ese raciocinio donde graviten, con firmeza, cabeza y corazón, sin posible truco, trampa, ni jugada alguna. Para ello es preciso, lo primero, tener a lo menos, un pequeño arsenal de ideas, por muy modestas que éstas sean, y un alma limpia, que no basta solo inundarse de su propio pensamiento, si el trabajo cerebral está equidistante del trabajo anímico. Es menester no sólo saber escribir, sino saber de lo que se escribe, estudiar y haberse estudiado. El que se meta a alfarero sin tener idea de cómo se trata el barro, modelará informe, y acabará quebrando la misma vasija monstruosa.

Pero paremos este vuelo corto. Sucede a veces, que una mano caprichosa, ese diablillo familiar que está siempre en asechanza, trastrueca algún concepto al pasar de la cuartilla a la "lino", hasta volverle del revés. Así, en un artículo pasado, donde me aventuré a hablar de la transformación del Estado, cuando decía "la guerra, sin ideal, fué positivamente, el período inicial del envilecimiento del individuo, dejando aparte toda consideración, heroica o sentimental", esa mano misteriosa, que con frecuencia ronda, me hizo decir "la guerra no fué envilecimiento del individuo". Todo lo contrario.

Pero esto es, en verdad, nimia cosa, si se tiene en cuen-

ta que el lector, para quien se escribe, subsana el error prestamente, posesionado de la tesis en acción.

Lo que más sorprende a veces es, el comprobar que no ha sido entendido, lo que parecía claro. Y aún peor, casi grave, que el que lee se propuso no querer entender lo escrito y le dió interpretación caprichosa.

Sabido es que, leer con prejuicio, es funesto. Mejor, abstenerse.

Las filias y las fobias, las clasificaciones, en general, han sido predilección de todos los tiempos. En el presente, la debilidad y preocupación primordial consiste en fijar enseguida, al que emite un juicio, ya a la derecha, ya a la izquierda, como si fuera tan fácil precisar dónde empieza y acaba la una, dónde se inicia y finaliza la otra. Muchos, a este respecto, dan muestra de perfecta zurdidez y confunden una mano con la otra.

Otros, de una manera elemental, se colocan como si estuviesen ante la aguja del barómetro: a la derecha, queda marcado el buen tiempo; a la izquierda, el tiempo malo; a la extrema izquierda la tempestad.

En España no deja de tener, sin embargo, fundamento el aserto vulgar.

Pero resulta evidentemente difícil, definir, dentro del círculo de las ideas, aquello que puede llamarse propiamente derecha o izquierda, especialmente, en un período de evolución. Lo acertado sería traducir esta clasificación, dentro de las ideas políticas, ateniéndose al concepto de percepción o no percepción del liberalismo.

Y he dicho percepción, porque ahí está la clave principal, para el que se sienta clasificador. El liberalismo si está definido. Vano será el que se le ponga un mote impropio al que no lo merece, sobre todo si éste escribe o habla. Suele importarle muy poco, además, porque está pregonando todos los días la verdad, contra los impostores.

No puede haber engaño, ante la verdad. El que no es hombre de su tiempo, será inútil que se empeñe en ponerse un disfraz. En una hora, como ésta de España y del mun-

do, tan sería, todo el que tenga calidad y pretensión de educador, ha de huir del carnaval.

El que no tenga nada que decir, mejor es que calle y oiga serenamente. El que tiene ideas y sabe hablar, que las diga valientemente. Considero el peor de todos, aquél que, llevando jugada, traduce la sinceridad de los otros, pretendiendo mostrarla como un aspecto de conveniencia o como expresión de despecho. Una sola nota del instrumento del que habla o escribe, aunque naciese sin genealogía, bastaría para darle cuerpo moral.

Item más, suele acontecer que, dentro de cada país, lo que se refiere a las ideas y a los hombres, se sustancia en expresiones distintas. Un hombre que consideraríamos situado en sectores de derecha en Francia o Inglaterra, resulta, la mayor parte de las veces, infinitamente más liberal, que muchos ultra liberales españoles. Porque el español todavía le da vueltas a lo que ya no se discute. Como en muchos individuos que reputamos cultos, apenas escarbamos, solemos descubrir un verdadero incivilizado. Y en otros, de apariencia espiritual humilde, un más civilizado.

Me aventuré a escribir un artículo sobre la sustitución de la Enseñanza religiosa. Y no me arrepiento de ello. Cuanto manifestaba era claro, sincero, liberal, sin espíritu partidista. Brochazo de verdad. Cuadro y Argumento.

Algún sectario no quiso entenderlo, dibujando en el aire un vano arañazo. Otros—y es mucho y poco frecuente—me honraron con cartas tan ponderadas y liberales, de las que alientan.

Y culminando sobre todo, ha podido confortarme un juicio de excepcional valor, porque viene de un maestro, gloria nuestra en la Universidad española, y que está bien encajado dentro de la intelectualidad liberal, (la verdadera, sin trampa ni cartón).

¿Qué era lo que en resumen yo sostenía? Daba por una monstruosidad pedagógica, la improvisación de maestros, a que asistimos. Mostraba cómo era asaltado el Ministerio de Instrucción Pública, por muchos fracasados de Univer-

sidad, que nunca soñaron con el magisterio, aunque admitía la posibilidad de que hubiese otros, una docena, entre los que sienten la comezón de enseñar, que podrían tal vez tener preparación y dominio, vocación, método, para ejercer tan delicada misión. Apuntaba hacia una lista de ilustres "bohemos" encasillados. Señalaba el disparate que representa atropellarlo todo para dar ese verdadero salto en las tinieblas, por cuanto es innegable no se cuenta hoy con los medios de sustituir la Enseñanza, y caen por tierra instituciones reconocidas como necesarias y admirables. Calificaba, en suma, de carnaval, el espectáculo que reflejaban los periódicos madrileños, al describirnos el tropel de doctores invadiendo el ministerio, como si el enseñar fuera una alegría de feria... El asunto es más serio de lo que parece a algunos. Y bien lo saben los de arriba.

Ahora resulta que ser Licenciado o Doctor es lo mismo que ser maestro, para algunos. El que así no lo ve, antipedagogo.

Y ahora resulta que el religioso, por el hecho, de vestir hábito, es un intruso en la Enseñanza, aunque haya acreditado cualidades de maestro; ha perdido el derecho evangélico de llevar saber al ignorante. Gran liberalismo éste. También por vestir blancas y santas tocas, que implican, sobre todo un deseo único, absoluto, vehemente y eficaz, de evadirse de los afanes del mundo para consagrarse sublimemente al alivio del dolor humano se ha puesto de moda recusar a las hermanas de la caridad en los hospitales. Y fueron los médicos, grandes laicos, los más fuertes y enérgicos en defender ese puro generoso baluarte del altruismo heroico.

Por esto, al que pide a Dios, al penetrar en el recinto del dolor, se le ha privado del derecho de poder postrarse de hinojos; y al que abraza a la muerte con la idea de Dios (o, pensamiento nefasto, dañino a la humanidad que abandona) se le ha privado del último posible consuelo: que la simbólica mirada de Cristo acaricie piadosamente

los tristes y miserables despojos en el umbral del cementerio...

Gran liberalismo éste.

Pero volvamos finalmente a la Enseñanza, o la sustitución de la Enseñanza, para decir que aquellos que niegan la facultad pedagógica a los religiosos cometen una grave injusticia e incurrir en un pecado de ignorancia e incultura. Desconocen la vieja historia del mundo, la vida presente universal, y la esencia del liberalismo. Infaman la historia de España.

¿El laicismo? Esa es otra historia, completamente aparte, y con especialidad en lo que se refiere a España.

Es preciso saber lo que es el funesto laicismo, lo que representa dentro de los grandes países que lo han implantado torpemente, cómo y por qué pudieron llegar hasta él; la libertad de Enseñanza que hay en torno, y la independencia religiosa, respetada dentro de un renacer de la Iglesia formidable. En Francia,—50 años de lucha y preparación—hace unos dos meses se celebraba el Jubileo de una vieja Universidad, con el primer acto de una gran misa catedralicia, donde estuvieron presentes las primeras figuras del Estado con el concurso entero de todos los profesores extranjeros, miembros de diversas religiones. El más grande discurso de Herriot, versó sobre Bonnet y sus enseñanzas. Pero ya habrá ocasión de hablar de todo esto. Y de comparar.

...Y siempre la guerra

Cuando estos artículos se publicaron, la censura, atenta a la entonces incondicionada posición internacional de España, no dejaba ir más allá la respiración de un sentimiento en plenitud de fervor

hacia la vieja, gloriosa y siempre emocionante Italia, ejemplo poderoso del mundo nuevo, que a esta hora levanta un largo grito de gratitud en todos los corazones de la auténtica España histórica. ¡Italia maravillosa, alma máter!

Henos aquí ante el manjar fuerte y tóxico con que la humanidad gusta de eliminarse de la vida, en la formidable paradoja de afirmar su existencia.

Sobre la gran pantalla universal se nos sirve el gigantesco "film", del cual, inevitablemente, somos personajes todos los hombres, pudiendo, súbitamente y de manera auténtica, pasar de espectadores a actores, sin que nos demos cabal cuenta.

El cañón ha tronado de nuevo. Pero, ¿había cesado desde la Gran Guerra el estallido de la pólvora y el bélico trepidar de los motores? ¿Había el hombre desviado su afán del febril refinarse en el tétrico arte de una feroz destrucción?

Ante el lógico frenesí de pacifismo, después del dolor épico del 14 al 18, más de una vez nos hemos preguntado por qué cada nación mantenía y exaltaba sus Ministerios de la Guerra, no habiéndole ocurrido al nutrido cónclave ginebrino pedir el cambio de nomenclatura. Ministro de la Paz y el Orden debió llamarse, en los paradisiacos tiempos actuales, el Ministro de la Guerra.

Pero discurremos gravemente, como las circunstancias requieren.

Tememos mucho que la recia voluntad de Mussolini haya hecho ya una gran víctima: la Sociedad de Naciones. Es decir, que Italia, con su indesviable excursión guerrera en Abisinia, haya rematado el derrumbamiento del ciertamente engañoso armatoste, que ya la metralla chino-japonesa y la pólvora paraguayo-boliviana, en el cuadro del constante belicismo ostensible de otros pueblos, se habían encargado de poner en situación ruinosa, sin que

podiera remediarlo todo lo escrito en el famoso protocolo, omnímodamente pacifista, respecto a las sanciones tan traídas y llevadas ahora y hasta en la hora de la muerte, entonces—oh, la sombra de dos barajas—, totalmente remisas e invalorable.

Es indudable, que mientras anden sueltos la ambición y el egoísmo de los hombres, como la de los pueblos, han de suceder estas cosas. Muchos espíritus libres y sinceros, verán, tal vez, en el primer temerario cañonazo de Italia como un franco disparo ideal a la gran hipocresía humana. El dolor es que haga blanco real en la ancestral virgen Abisinia, obstinada y desleal para con Italia, y no sea puramente simbólico, a la par que eficaz.

Si un conflicto mundial surgiese con motivo del trágico pleito italo-etíope, la diplomacia europea no tendría jamás perdón, y quedaría concluso que se ha vivido en una gran farsa desde la Gran Guerra asá, y con ello, la poderosa mentira internacional con sus flagrantes contradicciones.

Por esto, no es de extrañar que todo el extremismo mundial poniendo en movimiento los resortes de la ciega sensiblería humana—no del corazón templado y valiente—se haya colocado en posición nada neutral y por sus consecuencias un mucho bélica. La realidad de la catástrofe, traería el estado de conciencia. Y entonces el mundo actual tornaría del revés, que podría finar—; quién lo sabe!—en un término de redención, tras la expiación terrible de las culpas.

La paz entre los hombres, en este ciclo de evolución tan prometedor, es, por lo visto, una idea más que nunca vana. El mundo se ha empeñado en buscar la paz por caminos pocos leales y de puro artificio. Y la tierra se llena de cadáveres de un extremo a otro. La humanidad se destruye furiosamente, sin remedio, porque para vivir, olvidada de las divinas máximas y de la condición sumisa de la Naturaleza entera, que no puede rebelarse contra las leyes eternas de variedad, función y destino, integrantes de la gran unidad del Universo, cree que a su capricho y al rit-

mo brutal de una ambición claramente infraterna, conquistará la utópica felicidad.

El cañón italiano no ha debido sonar en Abisinia. Desde ~~ha~~ mucho tiempo viéronle humear, los que pudieron evitar el hecho que nos conmueve. La voluntad de Italia, armada y fuerte, rica en plétora humana, recta a su imperial destino—por espada y casco romano, el cañón y los aviones más temibles—la alta voluntad del Duce, donde vibra todo el corazón audaz de Italia, creemos que nadie podrá tocarla.

Y si por desgracia—no lo esperamos y Dios nos escuche—el reguero de pólvora se extiende horriblemente por todos los mares y todas las tierras, malditos quedarán para siempre, aquellos que pretendieron a los ojos universales haber levantado el firme reinado de la Paz y la Civilización y amasaron tan espantosa monstruosidad, renunciación al sueño de los hombres de vivir en cristiana fraternidad. La bandera de Italia es: Civilización.

El inextinguible incendio

“...Las fábricas de aviones vienen trabajando a tres turnos día y noche...”

Los ojos del mundo siguen fijos en la siniestra llamarada.

Mirada y pensamiento, corren ansiosamente de Etiopía a Ginebra. El incendio no disminuye su trágico esplendor y creemos percibir, como cercano, el ruido de sus crepitaciones poderosas, que oprimen el espíritu llenándole de angustiosos presentimientos.

Cada día que transcurre nos muestra el jadeante esfuerzo de los pacienzudos bomberos ginebrinos y su ostensible impotencia. Sin duda, la gran máquina extintora

de guerras, que tanta ilusión y orgullo humano despertara, está muy lejos de alcanzar la agilidad y perfección de los instrumentos maravillosos. Mecanismo tardo, pesado y pretencioso, donde parece no cumplirse la voluntad del hombre, ni la de Dios. Y el esfuerzo atrevido, nervioso, incansable, de sus más apasionados obreros por obtener la eficaz victoria sobre el artefacto gigantesco, y gastado, no obstante su modernidad, amenaza comprometer su ya dañada integridad, y aun más, avivar el siniestro.

La desorientación inicia su carrera inevitable.

Los mensajes, las noticias, tienen en las páginas de los diarios, encuentros guerreros semejantes a los de los cuerpos beligerantes. Y si éstos van dejando en los campos, atroces regueros de sangre, también los primeros suelen hacer siembra de crueldad con sus graves manchones de tinta.

En tanto, por el Universo se alza un clamor de neutralidad, de condenación a la guerra. Pero lo cierto es, que todo se conjura invitando a que pierdan la serenidad los espíritus.

La contradicción es señora del mundo y, ciertamente, el momento que vivimos nos va dejando cuantiosas enseñanzas.

Los mismos ejércitos combatientes, los mismos hombres que ardidamente se destruyen, movidos, se dicen extrañamente, por un ideal de paz. Así lo proclaman sus directores, sus jefes, los regentes de sus pueblos respectivos.

Desde que estalla el drama bélico, espectadores activos movilizan sus hombres, ponen en movimientos sus máquinas guerreras, aturden la mirada con una zarabanda gigantesca de soldados, de barcos, de aviones, de ferralla...

En Ginebra, la etapa del Concilio de la Paz, en pie toda la gran Asamblea, se hace interminable—ya irán sabiendo los Gobiernos el saldo de la cuenta de dietas, honorarios y pingües gastos de la legión innumerable de sus delegados y técnicos—aunque en el primer momento se dieran prisa por dictar la sentencia, que hasta ahora, sin pecado algu-

no, puede reputarse de fácil y estéril. Y vemos ya que el nudo gordiano de las sanciones, votadas en los plenos, con alguna que otra abstención, se atenúa considerablemente con reservas en los comités y subcomités. Y que la máxima sanción es imposible hacerla triunfar, porque convertiría al organismo supremo de paz en incubadora de guerra mundial fulminante.

Los idearios nuevos y extremos, que hacían del concepto de paz postulado primordial e intangible, aparecen preconizando violencias, como tenaces instigadores a la propagación del incendio. La palabra neutralidad, en múltiples labios, aparece como una desorbitada mentira. Para que fuese verdad, verdad pura, haría falta que el juego intenso del cerebro venciera al de los instintos y la pasión, aun demasiado libres en el hombre.

Pero aun sintiendo en la razón y en el corazón, el dolor agudo de la guerra entre humanos, habrá siempre en todo ser culto y sensible la vibración de sangre de raza, de tradición, que ha de permitir una posición lógica, y clara del espíritu. Hoy, los hechos parecen negarlo.

Ya se ha dicho que hay muchas clases de neutralidad. En realidad, ante la guerra no hay posible absoluta neutralidad, porque producida aquélla, su condenación misma ya la contradice. Como tampoco, según antes enunciaba, podrá dominarse el impulso de sentimiento y simpatía que pueda despertar cualquiera de los pueblos beligerantes. Pero el deber es acallarlas, y el gran ideal que todo coincidiera para que ese sentimiento llevara plasmado el de la medida y segura justicia. Refrene ahora nuestra pluma el hervor de sangre latina. La Justicia estará con el vencedor.

Hay neutralidades que están impuestas, también, por la necesidad y la realidad, negativas a la guerra—oh afortunada realidad—que obligan a la abstención. Cuantas veces—confesémoslo patrióticamente—ante esta necesidad bienhechora, hemos sentido temor a la intervención en estos peligrosos juzgados internacionales, que si bien proporcio-

naban honroso relieve, podían traer consecuencias imprevisas. El momento presente nos lo está demostrando.

La gran verdad en esta hora, la verdad limpia y humana, la de cuantos sienten horror, el verdadero santo horror a la guerra, es aquella que diga con vehemencia, brotada del corazón como unguida plegaria: Señor, quiebra el acero y el ala destructores; pero haz triunfar más que nunca el ideal de justicia, de sinceridad, de conciliación, entre los hombres; haz que la misión civilizadora de los viejos pueblos maestros siga su curso y se cumpla en la paz, el arbitraje y la colaboración universal; deten el espanto de un incendio inextinguible, de la mundial hecatombe, por el litigio de una obra o de un pedazo de tierra africana, tierra largamente codiciada en la inmensa Tierra—todavía virgen, solitaria, libre, en longitudes fantásticas—la Tierra inacabable que creaste para el hombre, que según el Divino Mandato, crece y se multiplica...

FASCISMOS

Con el advenimiento de Hitler, percióbiéronse, ciertamente, grandes atisbos del porvenir. Pero, el despuntar de la aurora nacional-socialista ¿infundió cabal conciencia del poder y la influencia que esa gran vibración constructiva de la recia nación alemana iba a ejercer dentro del círculo de los pueblos europeos, como vigorosa valladar opuesto al frente brutal del marxismo agudo?

Hoy, no hay espíritu sensible y sereno, que deje de ver en diafanidad el papel providencial juzgado, con robusta y

disciplinada firmeza, por Alemania. Y en todo verdadero español de esta gran hora histórica nuestra, vibra un especial y encendido reconocimiento hacia la Alemania fuerte, generosamente tenaz, y amiga.

Nos place ver la piedrecilla inconsciente de este artículo, entresacado de otros muchos, figurando aquí. Publicado hace tres años, marca una posición espiritual del momento y asienta una afirmación afortunada, frente a equivocaciones que sirven de lección. Fascismo, cara al comunismo, dije. Y desde entonces acá ¡cuánta enseñanza maestra! Sistema político de avance social, de liberación, de renovación, de autoridad en máxima tensión. Fascismo imperialista italiano, fascismo racista hitleriano, fascismo republicano portugués, "falangismo español", manifestaciones grandiosas de universalidad, de fecundo albor humano, fenómeno social y filosófico que abrió un nuevo período histórico, una nueva época, que bate sus alas prometedoras sobre la caduca época contemporánea. ¿Debe el hombre de hoy encajillarse en prejuicios? Juzgamos que no. Mientras más sensibilizada y evolucionada sea su alma, mejor responderá al espíritu de la época. Cuando trazaba este artículo ¡qué lejano estaba el momento actual! Pero las modalidades del mismo, hacen oportuno que aparezca reproducido ahora, como otros varios de parecida índole. Así podrá apreciarlo el lector benévolo.

Los que se empeñan en señalar el fascismo, como un fenómeno revolucionario de la época, que, ha de ir fatalmente ganando todos los Estados, ¿sufrirán una equivocación?

El ejemplo reciente de Alemania ha causado evidente impresión. Pero, en realidad, no ha sido estudiado reflexivamente.

Ciertamente, Mussolini, daba por seguro que, antes de diez años, Europa sería fascista o estaría fascistizada.

El movimiento hitleriano, indudablemente, es hijo del fascismo italiano, pero, apenas nacido, ha comenzado a afectar modalidades distintas, de profundo carácter. En lo único que pueden coincidir los dos fascismos y la tendencia reaccionaria predominante hoy en algunos pueblos de Europa es, en lo de ponerse resueltamente frente al credo y las organizaciones marxistas. El gran enemigo es el socialismo. Dos grandes potencias lo han reducido ya a escombros. Y convendría añadir a esto, que, el golpe de maza al socialismo, ha caído de rechazo sobre el comunismo. Las organizaciones soviéticas están en delicuescencia. Ni en China tiene ya expansión el comunismo, desde que el plomo japonés intervino. Rusia, por otra parte, parece preocuparse, principalmente, de la penetración comercial en Europa abriendo, al mismo tiempo, sus puertas, cada día más, al capitalismo, firmando pactos y convenios a derecha e izquierda.

Se confunde con el fascismo, a nuestro entender, lo que representa tan solo un movimiento reconstructor, dentro de la evolución, que se opera universalmente; un frenazo enérgico para regular las normas sociales, políticas y económicas del mundo que, al emprender tan veloz carrera, habían confundido los caminos, peligrando precipitarse en las simas del disparate, cuando buscaban las cumbres del mejoramiento y la perfección.

Es indiscutible que cada pueblo hace su revolución en un sentido propio; es decir, con arreglo a su temperamento, sus realidades nacionales, y sus tradiciones mismas.

Una gran revolución universal, si fuera capaz de producirse, afectaría para cada país formas diversas, reacciones distintas.

Si el fascismo tuviera la cualidad de ser un revolucionador universal, no escaparía a esta ley.

Por lo que respecta a Alemania, ya hemos podido apercibirnos de ello. Cada día se aleja del modelo italiano. Y Ezio Garibaldi mismo ha declarado en la Cámara, que Italia no debe olvidar las divergencias que existen entre los dos movimientos.

La mística hitleriana se enciende en el racismo; la italiana, en el orgullo nacional, que no es cosa igual. El concepto étnico no ha entrado para nada en el fascismo mussoliniano. Renacimiento nacional, llevado a magnificencia insospechada, a una vitalidad política, moral, intelectual y económica que han de admirarse, quiérase o no.

Los promotores del racismo alemán, han sostenido que la decadencia de Italia vino, precisamente, porque el elemento importado no fué el germánico, sino la "raza mestiza" derivada del caos de pueblos romanos.

Mayor negación no ha podido dar Italia a estos asertos, que la de alzarse, en un corto período de años, con todo el esplendor de una gran potencia. La concepción de Goethe, basada en el predominio del espíritu mediterráneo, ha triunfado aquí de la teoría racista.

Dos fenómenos parecidos confunden los aspectos fascistas italiano y alemán. El Duce busca afanosamente ligar el fascismo a la época más gloriosa de su país, la del Imperio Romano. Hitler, el nacional-socialismo a Potsdam, a Federico el Grande, punto de partida de la gran Alemania.

Pero Alemania tiende a desviarse del derecho romano, para volver a las viejas leyes germánicas. Y esto solo ha de crear un gran contraste entre los dos fascismos.

Se habla ahora de fascismo en España. Si la pasada Dictadura hemos de considerarla como período hijo del Fascio, lo que rechazó siempre Mussolini, ese ensayo de largos años, dió resultados desiguales, no obstante los

grandes aciertos del inolvidable General Primo de Rivera.

Podremos répugnarlo todo, menos la tradición liberal española, por más que creemos que, a estilo inglés, el verdadero gran sentimiento liberal, se ha refugiado hoy, en España, dentro de las zonas conservadoras, incluyendo aquí, naturalmente, el dilatado círculo que forman nuestras clases medias, con tan importante papel cuando llegó la hora de jugarse a cara o cruz la suerte de la Nación. El sentimiento liberal no puede manifestarse sino dentro de una perfecta serenidad de espíritu. Y esta serenidad nos parece que, por fortuna, se engendra al presente en esas clases, no obstante los aparentes fenómenos que pudieran hacer creer, dentro de un cuadro evidente de perturbación general, que se encuentra inexistente.

"¡Quitaos los cascos
y rezad!"

Alemania ha enterrado al viejo y gran mariscal Hindenburg.

Era el ilustre caudillo como una venerable columna de la actual Alemania que, enraigándose en el pasado, soportaba hercúleamente el peso de la nueva patria y las responsabilidades del porvenir.

Escena imponente la del sepelio, que nos han reflejado ampliamente las informaciones. Emocionantes momentos los que precedieron a la inhumación del cadáver del Presidente del Reich.

Ante la Torre de los Generales, una dilatada masa humana curvaba sus espaldas silenciosamente al paso del féretro. Tronaba el cañón; de las urnas cinerarias subían al espacio densas espirales de humo; los cántos litúrgicos vo-

laban en grave unción sonora. En las enlutadas tribunas se hacía presente todo el brillo austero de las representaciones oficiales, Gobierno, cuerpo diplomático, diputados, generales, profesores...

Las cornetas rinden su último épico saludo al Mariscal. De pronto, un silencio impresionante parece posarse sobre miles de cabezas hieráticas que despiden vivos resplandores de acero. Y una voz de fuego grita imperiosamente: ¡Quitaos los cascos y rezad!

Era la voz del Canciller, de Hitler, del "führer"...

Por el mundo se ha desparramado, sin duda, el eco de ese ungido grito, levantando ondas de emoción, porque hasta todos ha de llegar como revestido de fuerza simbólica. Nunca debió parecer más penetrante la encendida palabra del dictador: ¡Quitaos los cascos y rezad!

La muerte arrancó siempre al cerebro y al corazón del hombre los pensamientos más perfectos, las máximas reverencias, las inspiraciones más hondas, los más sinceros y profundos acentos de humildad.

¿Qué sentimiento dominante agitaba el alma de Hitler al pronunciar ese grito, que se adentra ahora en nuestro pecho con emocionante vigor?

En dos partes se descompone la frase: quitaos los cascos. Nuestro anhelo perfecciona la idea: deponed los cascos. Rezad; elevad el alma hacia Dios en arrepentimiento de nuestras faltas, confesos de nuestra pequeñez, llenos de amor hacia el que supo sacrificarse por los hombres para que la paz reine entre ellos...

Quitaos los cascos: renunciad a toda idea de guerra, mientras lanzamos el corazón hacia lo alto y nos inclinamos ante el cuerpo inerte de aquel que fué el más ilustre príncipe de la milicia alemana. Rezad; dad prueba de nuestra piedad, ante el dictado de impiadosos y ante la positiva impiedad de hoy.

En el drama interior que padecen las actuales generaciones del universo entero ¡qué inmenso bien confortador la interpretación concebida de ese grito del "führer", del

hombre extraño en quien se clavan todas las miradas como en una desesperada interrogación!

Período de intensa ansiedad, en el que la tragedia austriaca puso una culminación aterradora, en todo ser humano hierve, al presente, una inmensa sed de confianza, de optimismo, de paz.

¡Quitaos los cascos y rezad! Repitan así todos los grandes caudillos de pueblos.

Y mientras recogen nuestros labios el hermoso grito de Hitler, como para convertirlo en una letania de esperanza, saltando viene por el corazón, en todo su angustioso dolor, el tierno lamento, trágicamente sentencioso, de la hijita adorada de Dollfuss, el desgraciado Canciller: "papá no puede volver, papá no volverá", lamento que con lágrimas profundas ha repetido el noble pueblo austriaco. Pero también, en la agitación de nuestro espíritu, una enérgica voz interior grita ahora al mismo tiempo: La guerra no puede volver, la guerra no volverá! ¡Quitaos los cascos y rezad!

Revalorización Canaria

La divina Semana

"He aquí la estación cuando la Tierra se adorna con las brisas primaverales y la esperanza separa el velo que cubre las nubes. Las manos de Moisés blanquean en las tiernas ramas y el aliento de Jesús se exhala sobre la Tierra".

Avanza el siempre memorable ciclo cuaresmal, que es como el profundo latido del corazón católico.

Las fibras más delicadas del alma religiosa, están vibrando en el pórtico de ese gran mundo místico, donde las más intensas emociones poéticas perfuman el alma. Desde el escenario litúrgico, el drama sublime de Cristo, nos arrebatará de nuevo con su desgarrador patetismo, su grandeza sin igual, su avasalladora verdad, filosófica y humana, a la que no pudieron ser herméticos los pechos más célebremente impiadosos.

La Santa Semana, la Divina Semana, está tocando a las puertas, saturadas de suprema excelcitud cordial, de nuestra Madre Iglesia Católica. Conmemoración magna, abierta en el brote celeste de la Primavera.

Un puñado de hombres sensibles, respirando en el más puro anhelo místico, e inspirados en el noble sentimiento de la tradición popular enaltecedora, se han puesto en actividad, medio a medio de la calle, invitando a una colaboración que dé por resultado restablecer en el presente la conmovedora plasticidad de nuestra antaño famosa Semana Santa.

El esfuerzo significa, no sólo una afirmación de nuestro espíritu religioso, sino también, un propósito de poner en valor nuestra cuantiosa riqueza artística de imaginaria, procurando, al mismo tiempo, que la satisfacción de una aleccionadora expansión del fervor católico, el regalo del más acabado espectáculo de belleza, y por lo tanto de cultura, que pueda honrar a una gran ciudad.

Pasó la ola de barbarie que en nuestra sufrida Nación holló torpemente las tradiciones más hondas, los documentos más firmes de espiritualidad, atentando a las fuentes sanas, robustas, fundamentales, universalmente admiradas, que manaron asombrosas abundancias artísticas. ¡Toda la gran canción sentimental, que era como esencia aristocrática de la España secular, estrangulada en la garganta, en los ojos, en el corazón, del pueblo, por una mano obcecada y dura!

Nada quedará, al fin, de ese estrujón brutal y temerario. Nada, como no sea una afrentosa mancha negra es-

pañola, contemplada con estupor por la conciencia universal. Nada, porque destruidas para siempre están las maravillas que el loco huracán de hombres locos derruyera.

Pero las cruces que abatió la violencia están en pié. Sus humildes brazos yérguense de nuevo, fuertemente confiados y misericordiosos.

Y las llamas que devoraron lo que el alma del hombre en soplo divino construyera, inflaman hoy un más intenso fuego purificador de piedad en todos los corazones. Y los viejos bronceos reanuden la evocadora letanía, cuyo repique y honoro de versos cantan alegrías y dolores, el trabajo y sus inmensas creaciones espirituales, el júbilo de las nupcias y de los natalicios, cerca del oscuro gemido que anuncia la muerte inseparable de la vida. Y el eclesiástico aroma, ungiendo la existencia toda en cada giro, señalándonos los altos misterios con su tierna y filosófica voz, que nos lleva a los más diversos estados del alma. Así, desde los campos fecundos, a las ciudades tumultuosas, levantando las dulces y añejas canciones populares impregnadas de religiosos ardores...

Una sola saeta, restaurada, estallando amorosamente enardecida ante la faz inefable de la Madre de Dios, tiene ahora más eficaz potencia que cien saetas de antaño. La plegaria española de hoy cobra una doble y extraordinaria seriedad, una conciencia plena y luminosa.

España "no ha dejado de ser católica", como pretendiera insensatamente un gobernante. España ha multiplicado notablemente su catolicismo. Y en España, como en todos los grandes pueblos cultos desde ha largo tiempo, acabose el absurdo de considerar existente un problema político en torno a las cosas de Dios y la relación divina entre los hombres.

Tal vez el obcecado gobernante haya creado un "problema español" a la hora actual. Pero bien fácil es, deslindar los campos de la política y de la Religión. Ningún verdadero católico deberá confundir una cosa con otra. La Iglesia habló conclusamente a este propósito. No debe servir

la religión de trampolín político. Únicamente, ha de encontrarse de modo invariable al servicio de la Patria, que es como estar al servicio de Dios, porque no hay gran principio moral que pueda estar en pugna con el mandato del Altísimo.

Pero vamos, en realidad, trazando una involuntaria curva dentro del tema de este artículo.

“Revalorización canaria”, dije, pronto hará un año, al producirse públicamente la Sociedad de Amigos del Arte “Néstor de la Torre”. Y en varios artículos. Y se ha repetido después la misma frase, con profusión, en torno al movimiento pro-tipismo.

Nuestra Semana Santa fué y puede seguir siendo, un primoroso dechado de arte, una manifestación genuinamente insular. Al exteriorizar la vieja piedad canaria creando la más bella conmoción religiosa, ponemos, además, de relieve la asombrosa obra escultórica de un verdadero genio artístico, de nuestro Luján Pérez. Y muchas interesantes expresiones del arte de la imaginaria, conservadas en nuestras Parroquias. Dentro del programa restaurador, o de revalorización canaria, debe ser, pues, la celebración de la Semana Santa con sus esplendorosas procesiones, un número invariablemente primordial.

No es necesario decir ahora, cuanto el gran Luján Pérez represente en la historia artística insular. Lo llena todo en una máxima grandeza de valor estético, religioso y humano, que conviene mostrar universalmente. En el momento actual, hemos de verle como el instrumento maravilloso que pregone dentro del concierto de voluntades religiosas españolas, nuestra fidelidad al catolicismo; el incorporar-nos a esa elevada tradición de ultra sensibilidad espiritual, de aquilatado arte, que envuelve toda expresión litúrgica en nuestra patria, especialmente aquellas de la Semana Santa.

¿Y quién—cualquiera sean sus ideas, haciendo si ello es posible y así se quiere, abstracción del mismo sentimiento religioso—puede negarse a colaborar en esta obra de pa-

tria canaria para hacer renacer un espectáculo artístico que tan alto pone el nombre insular?

Inundar de bondad, del santo amor a Dios, todos los corazones no puede tomarse a mal por el mismo impiadoso; no puede menos de inspirar gratitud a toda alma humana. Una imagen de Luján exhibida al público, es la más alta lección de cultura y sensibilidad que puede darse.

A más de un jactancioso ateo ví embriagarse con el incomparable delirio de las poéticas liturgias, y frecuentemente, gocé en la experiencia de observar como Dios tocaba su alma y se entregaba blandamente al reflejo de la divinidad, mientras en las notas del órgano volaban las místicas palomas sonoras de Juan Sebastián y en los altares se plasmaban formas y colores super-terrenales.

Ayudemos a la obra de restaurar la tradición canaria, Volvamos a nuestra Semana Santa, que ha de inundarnos de un gran goce espiritual. Y, una vez más, hará latir el corazón con las cosas de nuestra tierra, conjuntamente con las cosas de Dios. Será como inundarnos de poesía, de fuerza, de juventud.

La dulce invitación del poeta habla así: “He aquí la estación, cuando la Tierra se adorna con las brisas primaverales y la esperanza separa el velo que cubre las nubes. Las manos de Moisés blanquean en las tiernas ramas y el aliento de Jesús se exhala sobre la tierra”.

“Los encantos del Viernes Santo”

Mar y cielo tersos, bruñidos, en divina quietud azul. El sol descende glorioso con la más bella de sus áureas túnicas. Memorable mediodía de Abril sobre el mar purisimo.

mo. ¡Qué paz, qué dulce paz! Sólo un leve aleteo angélico: la proa acariciando el tembloroso terciopelo marino, prendiéndole suaves, caprichosos, nacarados velos de espuma. Los motores ritman una respiración tenue, apenas perceptible. Dos blancas gaviotas, en vuelo casi inmóvil. Al horizonte, un reguero de níveos celajes, camino legendario de místicas ensoñaciones. Lejos ya, al poniente, pincelada grisácea, un débil hilo de tierra, la costa francesa, tierra noble donde dejamos largos años de vida y de recuerdo, tierra siempre amada...

El **cargo modesto**, avanza con la majestad insospechada de un rey de la mar. Nuestro **cargo** noruego es humilde, pero moderno, limpio, pulcro, sin pretensiones suntuarias de nuevo rico. En él nos miramos, espejo metafísico. Nuestro barco está hecho para bajel dorado de ricas frutas y hombres sencillos.

Ya es la redonda plena mar, turgencia palpitante, toda fulgor, bajo este sol providencial que parece traernos hoy un viejo perfume litúrgico. Tarde del Viernes Santo.

Máximo recogimiento en si mismo. Aquí, ni una brizna del amargor que han puesto los hombres sobre nuestro corazón. Un aire limpio de vida nueva, viene en la rosa fresca, amplia, de la brisa salada.

De pronto, en la flecha divina del Eter llegan milagrosamente voces humanas, que cantan como ángeles esta misma hora en un lugar lejano de la tierra. ¡Hermanos nuestros! Como Santo Grial el sol se eleva en mitad del cielo. Blancas alas en el aire; la inefable paloma de Parsifal. Estela de viejo oro pulido sobre el largo éxtasis marino. Y el mirífico eco se eleva con amplitud soberana. ¡Bendito Padre Eter que nos ilumina el alma con el canto sublime de "La Pasión según San Mateo, de Juan Sebastián Bach"! En unción de elegidos, desde el humilde cargo, comulgamos con Dios, fundiéndonos en el Santo aliento lírico de nuestros hermanos. Honda emoción indescriptible. Paz, perdón infinito, amor entre todos los hombres...

¡Oh, hombre!, ¡Cuándo tu poder llega a la asombrosa,

verdaderamente divina, revelación que en este instante, vivimos estos seres aislados del mundo, suspendidos entre dos inmensidades, ¿cómo es posible que la humana existencia no sea invariablemente un recio tejido inmortal, fraguado con las doradas espigas del bien, de la universal fraternidad? "Amaos los unos a los otros" canta culcemente el apacible céfiro de la tarde. Amor fraternal único e infinito, cantan este mar plácido y la curva inefable del cielo...

Tarde del Viernes Santo, en la que el buen capitán noruego ha oficiado sacerdotalmente sobre las manetas de la "Radio" de a bordo, para darnos el misterio amoroso de la "Pasión de Cristo, según San Mateo", cantado maravillosamente en una vieja ciudad alemana. Encantos del Viernes Santo sobre el mar de Abril florido, donde hemos elevado nuestra alma como jamás, ante la deslumbradora custodia del sol, el sol de Dios, nuestro Señor y Padre. Mar y cielo tersos, bruñidos, en divina quietud azul. Catedral infinita de diáfanos naves... Cristo está con nosotros...

Domingo de Pascua...

Olor de claveles sobre el mar de raso profundo-azul. Gloria en el sol, gloria en la brisa ambarina. Cantan los fogoneros a popa, en el relevo. Cristo resucitado está en todo cuanto abarcan nuestros ojos. Pájaros en las jarcias. Sobre cubierta alta un gorjeo infantil. Mar y cielo, catedral mágica de transparencia cristalina. Y, ante la majestad del mar y del cielo, bajo la irisada inmensa bóveda, de pronto, la voz lejana de Roma. Un grandioso aleluya. Rumor infinito de cristiandad. Voces angélicas llegan hasta este cielo, que, como nunca, es hoy el de todos. Maravilla, milagro. ¡Misa solemne del Domingo de Pascua, del Año Santo!

El amable capitán noruego oficia ante las lámparas encendidas de la "radio". La antena prendida al mismo rayo

celeste. ¿Es posible? Con nitidez increíble llega a nosotros el más leve rumor de la incomparable fiesta litúrgica. En olor de santidad se revela cuanto envuelve esta grandiosa mañana abriliana. "Esto sólo lo hace Dios", murmura la ruda voz de un viejo lobo de mar.

El ánimo suspenso ha seguido la gran Misa y el gregoriano canto, tejido de sublimidades y de secretas invocaciones al espíritu. Nuestras plegarias se han unido a las de la multitud cristiana. Con emoción creciente, la voz del "hablador desconocido" nos ha guiado desde la admirable estación vaticana. ¡Divino desbordamiento! En nuestros oídos resuena el eco maravilloso de las vivas trompetas de la guardia noble; aclamaciones; silencio impresionante; una voz sobrenatural desgrana latinas bendiciones. "En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo..." Rodilla en tierra, temblorosos de emoción, hemos sentido sobre nuestra cabeza la blanca mano del Padre de la Cristiandad, dibujando el santo signo de la Cruz. Y oyendo el delirio de vítores lanzados por la piadosa muchedumbre, abrimos la mirada, fundidos en la sonrisa bellísima del mar azul y del cielo áureo, que parecían también bendecirnos en el nombre de Dios.

En medio de la libre dilata llanura marina. Pese a la impiedad oficial de España,—; oh videncia de estadistas!—, el mundo entero torna sus ojos hacia Roma, los poderes públicos buscan el apoyo y la fuerza del Jefe de la Iglesia Católica; vibra un intenso renacimiento religioso universal desde la gran guerra, como denominador de progreso moral, social y democrático—pese a la impiedad oficial de España, nos sentimos más que nunca católicos, apostólicos, romanos—(Europa, 1914-1933), demócratas, (Europa, tres cuartos de siglo), españoles. ("Grande es Dios en el Sinaí"), con una mayor, viril, civilizada firmeza en el espíritu...

Reacciones

Estábamos lejos aún, cuando se publicó este artículo, de la era catastrófica de los "Frentes Populares", verdadera monstruosidad política, que en su hibridez pérfida lleva dentro un explosivo destructor de pueblos. Muéstrase aquí, un episodio histórico, de la intervención pública socialista francesa, tan en solidaridad, que nunca lamentaremos bastante los amigos de Francia, con el marxismo aniquilador de España. Por esto figura aquí, acompasado dentro de la noble intención ideológica que informa esta diversidad de trabajos periodísticos, comentarios cotidianos y rápidos de un período político, prolegómeno sombrío a la realidad dramática que vivimos, y habíamos sentido con el espíritu en tortura.

Quando nos recogemos interiormente, procurando serenar el ritmo que engancha nuestras inquietudes espirituales al galope frenético del mundo actual, solemos encontrar nuevas perspectivas, donde descansa la razón como alto placentero en medio de la caminata fatigosa.

Si del progreso humano pudiera decirse que pecó por ambición, añadiríamos que está tocando ahora un cruel y despiadado castigo.

Pero no es al progreso, precisamente, a quien en buena lógica se deba inculpar. Ante la serie de problemas, al parecer sin solución, que hoy atormentan la vida del hombre, sólo a los propios errores de éste, ha de atribuirse la dramática confusión en que se desenvuelve la vertiginosa vida

de nuestro tiempo. Es preciso diferenciar el progreso de lo que, positivamente, no lo es. Se hace indispensable delimitar friamente las nuevas ideas, desviando el acero encendido de esa moderna mística disolvente, que como un puñal va horadando el pecho de los hombres. Hemos de volver a la reflexión, a la serenidad. Y a la modestia, a la humildad, de nuestras apetencias materiales. El progreso no debe engendrar dolor. Se impone una revisión ideológica tan honda y desapasionada, como merece la salud del mundo, el porvenir de la humanidad.

El exámen de algunos documentos universales, trae a nuestra observación motivos de optimismo en tal sentido. La realidad de los hechos va abriendo ancho cauce a la verdad que ha de ir por fortuna, destruyendo la obcecación de los hombres, tal vez con el mismo ritmo, casi brutal, con que hizo germinar el error sembrando la ruina y el exterminio. Soñemos con que, de la espantosa confusión, surgirá la equilibrada norma que traerá el disfrute de relativa paz y de felicidad relativa, que siempre serán sustanciales a la vida, dentro de la eterna lucha humana.

Dos hechos hemos de anotar como comprendidos en la órbita de estas reflexiones; el uno, relacionado con el régimen soviético; el otro, produciéndose dentro del campo de acción de un gran partido socialista europeo.

Leemos con respecto al primero ("Fortuigthy New-York"): "Los habitantes de Moscú no han tenido nunca, desde la revolución, vestidos tan buenos como los que tienen ahora. En cuanto a la alimentación, la situación ha mejorado mucho. El que tiene dinero puede comprar casi todo lo que le da la gana. La industria ha adquirido ímpetu. La producción de hierro, que alcanzaba un promedio de 17.100 toneladas diarias en abril de 1932 y 18.600 en abril 1933, se alzó a 28.700 en abril de 1934. Las cifras correspondientes para el acero son: 17.300, 17.200, y ahora 26.100; para el carbón, las cifras son: 184.600 toneladas, 197.600 toneladas y 251.000 toneladas. Este progreso en la industria pesada corresponde a los adelantos considerables

de las industrias que producen artículos para el consumo corriente. La idea fundamental del primer plan era que posponía a cuatro años el pago de los esfuerzos nacionales. Hoy, el Estado paga su deuda a la nación.

Pero la prosperidad y la satisfacción producidas por esta circunstancia se hallan contrapesadas, en parte, por la lucha violenta por el dinero, pues la gente quiere conseguir más ventajas materiales, muchas de las cuales están hoy al alcance de las masas y después de haber sido tan escasas en los años posteriores a 1927. La Rusia Soviética tiene todavía que hacer frente a muchos problemas de distribución y de producción. Sin embargo, el hecho notable ahora es la posibilidad de entrar en una tienda y comprar lo que se quiere".

Es decir, que lo que ahora se inicia en Rusia es una nueva cruzada hacia la creación de la riqueza. El ejemplo se comenta solo y dejémoslo en su escueta realidad. Digamos, solamente, que sigue abierta la fuente del estímulo humano, la recompensa al que produce, se distingue y trabaja.

Un episodio, al cual ha dado vida la crisis financiera francesa y una importante quiebra bancaria, nos pone en presencia de otro hecho aleccionador, que muestra el escaso valor de aquellas disciplinas ideológicas que están en pugna con la sinceridad de la vida.

Un banco, donde las clases pobres en número considerable, tenían depositados sus ahorros, el "Banco de las Cooperativas", y en el cual se guardaban los fondos del partido socialista francés, ha cerrado, hace poco, sus puertas en suspensión de pagos.

En este banco de las clases proletarias, ejercía gran influencia el líder socialista M. León Blum.

La bancarrota produjo, como no podía menos, una gran emoción suscitándose discusiones apasionadas, de las cuales resultó probado que el partido socialista, la C. N. T. y algunos clientes de la banca de las Cooperativas, noticiosos confidencialmente de la mala situación del estableci-

miento bancario, se habían precipitado a las ventanillas haciéndose reintegrar a tiempo y totalmente sus depósitos. Realizaron, pues, una maniobra subrepticia, mientras los pequeños proletarios se quedaban mirando a la divina luna de Valencia.

M. León Blum no ha podido negar los hechos con todo su "reflejo" capitalista. Ha dicho que su gesto heroico, liberando los fondos del partido, significaba la salvación del partido mismo. Pero le han respondido que, como las sumas eran de importancia, contribuyeron a precipitar la quiebra del banco. Y a más de ello, ha quedado demostrado que estaba en el secreto de los dioses, consintiendo, sin embargo, que el edificio derruido cogiera a los humildes imponentes.

Pero no es esto lo más curioso del caso, sino que el jefe del partido socialista pide al Gobierno, invocando precedentes, que auxilie urgentemente al Banco en quiebra, olvidándose de que en iguales situaciones se opuso violentamente al apoyo económico a otros "bancos", como por ejemplo, el de Alsacia y Lorena, destacándose entonces su partido en ataques violentos al capitalismo.

Diferentes sectores de opinión han pedido que se apliquen en esta ocasión los artículos del Código de Comercio que sancionan el caso de los que, favorecidos por una información privada, retiren prematuramente sus fondos de un establecimiento de crédito en mala situación, con evidente detrimento para la liquidación y, por lo tanto, para la masa ignorante y confiada.

Pero aquí el hecho se agravó, al parecer, poniendo en práctica una maniobra que consistía en hacer figurar con fecha posterior a la real, la quiebra del Establecimiento. Y públicamente ha quedado de relieve, que aquello que fue posible recientemente, para un banco arruinado, donde se hizo jugar severamente el Código de Comercio, no ha sido aplicado al "Banco de las Cooperativas".

Es decir que en este naufragio, quedaron hollados los principios de fraternidad, salvándose, con rudo egoísmo, sólo los buenos nadadores.

Con objetividad absoluta, en el respeto cada día más sincero y profundo por las ideas ajenas, hemos procurado destacar los hechos consignados, para poner de relieve cómo las realidades atravesándose en el camino modifican la disciplina de esas ideologías que están planteando los más agudos problemas de nuestro tiempo, y a cuya armónica solución debemos todos contribuir, aunque sea modestamente, aportando nuestras convicciones, a las que siempre darán valoración máxima, los prácticos ejemplos cotidianos.

"Renovación o Muerte"

El ya clásico "o renovarse o morir" danuziano tiene especial aplicación a la política. Y ahora, como nunca, en España.

Todo cuanto alienta dentro de lo vital, exige, para su no caducación, un rebrote perenne de elementos biológicos que sustituyan a los ya agotados en su función activa de integración a la unidad.

En el organismo humano, apenas creado, la renovación celular se opera incesante, y difícil o imposible sería, encontrar en la vasta red de un ser normal, las mismas partículas del mundo atomístico con que alcanzó alumbramiento.

Y esto, que es ley natural inherente a la vida, ofrece de modo espontáneo, proporciones misteriosas gigantescas, en el sentido de afirmación del ser, su adaptación al medio, de aportaciones múltiples, para conservarle y desarrollarle en progreso máximo.

El hombre debe conducir su espíritu dentro del estudio de las leyes naturales. "O renovarse o morir", ha de decirse a sí mismo frecuentemente. Y en el alma, para el logro

de este fin, llevamos tantas fuerzas ocultas, como en lo íntimo de la naturaleza física. Fuerzas, energías secretas, que nos es dado dirigir.

Sin embargo, existe un sentimiento fundamental inalterable que preside y gobierna al ser, tanto en el desenvolvimiento material, como espiritual. Ello no necesita explicación filosófica, porque la unidad humana nos lo está enseñando.

Antaño era cosa corriente abominar de los hombres públicos que rectificaban sus idearios. Modificar las ideas se ha reputado algo vituperable. Particularmente en España, país del honor servido en moldes. Todavía hay quien tiene por figura inmoral a aquel, que, ageno a la evolución, a las circunstancias modificadoras en elaboración constante, se aferra, indiferente a toda realidad, a un patrón ideológico inmutable.

En la historia política de los pueblos, vemos como sus grandes figuras, realizadoras de obras perdurables, han llegado a resoluciones felices, por virtud de una flexibilidad encauzadora de todos los movimientos naturales o provocados de renovación. En el periodo moderno, hasta nuestros días, se multiplican los ejemplos de hombres y partidos que transformaron valientemente los que eran ya viejos credos inservibles, salvándose con ello de la muerte y también a la Patria.

Una parte, afortunadamente minoritaria, de los españoles, insiste todavía en la soberbia de crearse actores únicos de los acontecimientos transcendentales ocurridos en el campo político de la Nación. Y con pasión insana, dando existencia pueril a una paradoja, en un entusiasmo desequilibrado, confuso, por el nuevo régimen, recusan imprudentemente, a los que han catalogado como elementos negativos para la nueva vida de España, clasificándoles en una especie de ciudadanos paralíticos, por más que declaren noble acatamiento a la República.

Pero el camino sigue abriéndose a la verdad con toda amplitud.

Dos hombres de gran valor político, don Santiago Alba y don Melquiades Alvarez, confesos sin esfuerzo en el ideal republicano, han sido aposentados con todos los honores debidos, en el seno de un gran partido gubernamental.

Títulos ostentaban los dos personajes, al advenimiento de la República, para no ofrecer el menor recelo. Evidentemente, pudo el señor Alba, cuando le ofrecieron el Poder reiteradamente en los últimos días de la Monarquía, haber prolongado la vida de ésta. Lo sé como pocos.

(1) Don Melquiades Alvarez, abolengo de repúblico eminente, luchador parlamentario inolvidable, sustentador después, con moderno espíritu político, de una teoría leal sobre la accidentalidad de las formas de Gobierno, debió merecer, desde el primer momento, la alborozada acogida del régimen republicano.

No fué así, y hasta sirvieron de blanco. Pero todo llega a su hora.

Por infortunado hemos de tener a aquel que no sabe rectificarse y se mantiene en la rigidez que esclerosa el espíritu. El hombre aspira instintivamente, cuando no en toda conciencia, a la perfección de sus obras y no se llega a lo perfectible sino con el estudio ahincado de la realidad, para modificar cuanto haya menester en pos del fin perseguido. El más genial artista no realiza su creación estética de un solo golpe, sino en un paciente trabajo rectificador de cada instante.

Sin embargo, los partidos políticos, como los hombres, llevan una textura moral otorgadora de personalidad y ésta no puede alterarla aquello que representa una vitalidad de renovación, acompasada a la modificación del medio y de los acontecimientos históricos.

(1) ¡Hoy mártir de ideas gubernamentales, asesinado por las hordas de Azaña, su ahijado político!

Glorioso Widor, noventón y joven...

Reproducimos esta evocación, porque en torno al nombre de Widor, revolotean las viejas palomas espirituales de la Francia verdadera y eterna, ya que tanto sufrimiento trae al pecho español, la Francia oficial de esta dramática hora nuestra. Y en la devoción honda hacia los valores de la Francia que amamos, podemos afirmar nuestra robusta fé en una hermandad de patrias que ha de ser inalterable y ejemplar, pese a todos los crueles errores del momento.

Un fino retrato de Bonaventura Laurens—Carlos María Widor en 1870—perfilándose desde la página de un periódico francés, nos dice del grato aniversario.

El viejo organista de San Sulpicio ha recibido un nuevo homenaje a su eterna juventud y a la juventud eterna de su arte...

Carlos Widor, emperador "del bigote florido" y de la música. ¡"Noventa años!" Sin embargo, vedle en su dinámica senectud, amplia chalina al viento, ojos inquietos, paso alerta, ademán señoril, blanca gardenia en la ancha solapa, fragante flor "de fémina" prendida al brazo galante, como en la reverencia inicial de un minué dieciochesco. Frontero a los ochenta, Carlos Widor contrajo nupcias juveniles...

Secretario Perpetuo de la Academia de Bellas Artes. Sesenta largos años poblando de celestes sonidos un templo ilustre de París. Maestro de capilla con cetro perenne

bajo las vetustas bóvedas del Instituto, que cobijan las inmortales pléyades de las cinco Academias. Uno de los más celebrados músicos de Francia y autoridad máxima entre los organistas del mundo, nombre glorioso meciéndose en grandes periodos del diecinueve y veinte siglos...

Extraordinario hispanófilo. Por esto, enlazados en el recuerdo de su acusada obra española y el espiritual sentimiento que fluye de una amistad venerada, de una admiración sin límites, nos hemos detenido ante el acontecimiento, evocando con íntima emoción la noble figura del maestro Widor...

Fué Carlos Widor, con el fenecido Imbart de la Tour, el alma de aquel benemérito Comité de Aproximación franco-española que, durante vasto tiempo, elevó firmes monumentos a la amistad entre España y Francia. La "Casa Velázquez" de Madrid le ha de contar siempre como una de sus grandes obreros espirituales. Y así la memorable Exposición del "Petit Palais" y tantas otras inolvidables gestas hispano-francesas. Y su acción tensa, ininterrumpida, en favor del arte y de la moderna música española.

Pero no hemos topado aún con el eco en España de esta admirable fiesta, hace pocas semanas celebrada en París a la gloria de los noventa años de Carlos M. Widor.

Cuentan que el histórico San Sulpicio vivió unas horas de honda ternura. La muchedumbre había colmado en toda su amplitud el templo. Allí, con el Cardenal Arzobispo a la cabeza, se encontraban las más altas y diversas personalidades, rindiendo tributo fervoroso al insigne músico, uno de los espíritus de más dilatada cultura y uno de los más excelsos corazones de Francia.

El maestro dirigía su magistral "Tercera Sinfonía", al frente de la espléndida orquesta del Conservatorio. Marcel Dupré, el discípulo famoso, llevaba el Gran Organo.

Un exquisito bordado de palabras y sentimientos del Abate Duhamel delinea la figura del célebre organista. Inspirados motetes widorianos, entonados por las voces robustas de la capilla y por las de preclaros solistas, como Hilda

Roosevelt y Delort, pusieron comentario lírico maravilloso a los sagrados conceptos.

El arte de Carlos Widor abarca las más amplias órbitas de emoción. Del "ballet", brioso y matizado, espiritualmente alegre y siempre "comme il faut", sensorialmente completo, que oímos en la Gran Opera, pasamos, como volviendo la hoja, bajo los arcos solemnes del templo, a los deliquios místicos de su música de órgano, las "fugas" grandiosas y ascendentes, melodías de mágicos, contrastes sonoros, o en los regios salones de la Academia de Bella Artes, a los esplendores orquestales conducidos por su prócer batuta.

Compositor, organista, profesor, hombre de Ciencia y Teoría, autoridad moral insuperable, maestro y mecenas verdadero de la juventud, fraternal camarada de todos los artistas, y gran señor de la más atildada sociedad, Widor es una verdadera institución en París, personificación del París en perenne, fecunda, generosa, juventud...

Hemos vibrado con particular simpatía ante el solemne cuadro religioso de San Sulpicio en honor de Widor. Nada más bello, que la estampa de esa muchedumbre poseída de admiración hacia el viejo músico, llenando el templo para ante Dios elevar el corazón en gratitud por una tan larga y gloriosa carrera de artista. ¡Sesenta años lanzando allí en un vuelo litúrgico su corazón! El maestro decía, a Dios y a los fieles, su profundo reconocimiento con los ritmos áureos de su "Tercera sinfonía". El órgano canta como un padre, bajo los dedos del hijo espiritual de Widor, Marcel Dupré...

¿Y como guardar ahora en silencio un henchido recuerdo personal del maestro Widor?

• ¡París de la guerra y mañanitas del domingo! Camino de San Sulpicio en compañía del maestro, que nos honraba sentándonos a su lado junto al gran Órgano, durante la Misa mayor, y asistíamos al deleite incomparable de las creaciones más diversas y sublimes de Widor, el organista improvisador más formidable que se ha conocido... Figu-

raos que en esas mañanas, cada armonía arrancada por Widor al órgano de San Sulpicio cantaba por la victoria de Francia y por la cristiana paz de los hijos que morían defendiendo la Patria...

¡Carlos Widor, eternamente joven y glorioso, como Francia!

De 1789, a 1934

En el momento en que se imprime este trabajo, saturado como tantos otros, de un amor profundo e invariable a Francia, a la dulce Francia eterna, el autor no ha podido menos de interrogar angustiado a su corazón, más de una vez ¿qué hace la hermana Francia en esta hora grandiosa y decisiva, para la Patria española? A través de los personajes del Frente Popular, los ojos se enturbian y Francia está invisible. Y el recuerdo de los días de la Gran Guerra, vividos cerca de los cañones, y descritos por esta pluma con emocionado entusiasmo, roza violentamente nuestro espíritu. Y las dos insignias preciadas, que se acuestan como una caricia sobre nuestro pecho,—Roseta de la Legión de Honor y "Reconocimiento francés"—parecen temblar con una intensa, desasosegada ternura. No, no, es Francia la que arma a la turba roja contra España..

Evocábamos el París, luminoso, denso, y ágil como unas alas, aristotrático en su democracia sencilla, cerebralmen-

te perfilado, pulido como una obra de orfebrería, monumental, jardinesco, babilónico, en la emocionante alegría popular de 14 de Julio.

El juguete maravilloso de la Radio nos traía los ecos de esa jornada patriótica, unánimemente inseparable del corazón francés; fecha histórica universal, en la que todo hombre civilizado vuelve sus pensamientos hacia Francia.

El personaje de Voltaire permanecía impávido ante los prodigios de la civilización. Nosotros no. Y ante la radio--confesémoslo--casi nos posternamos, reverenciando ese instrumento como cosa realmente divina; máquina, invención fantástica, la más sorprendente que ha brotado de esa sin igual máquina que es el cerebro del hombre.

Invención, dijimos. Es verdad que se persiste en atribuir dos sentidos a la palabra invención. ¡Qué vano empeño de turbar las ideas! El universo es un abismo de posibilidades. El hombre lanza sus hilos. Y de pronto, aparece con una máquina, con una ley, con un canto. Pero sobre el universo y rigiéndole supremamente, está Dios que tiene en sus manos la madeja de los hilos innumerables.

Dicen que los antiguos adoraban el Padre Eter como representación de la Divinidad, esa fuerza invisible que el hombre ha tocado milagrosamente, haciéndola florecer en revelaciones que inundan científicamente y prácticamente nuestra vida.

En las mallas del "Preludio en ut mayor" de Bach, Gounod halló cierto día una majestuosa melodía. Esta melodía no es de Bach, ni es de Gounod. Manifestación divina.

Todo ha cantado desde el "Comienzo". Dios va permitiendo a los hombres laboriosos que edifiquen con sustancia de su Esencia, grandiosos monumentos, piedra sobre piedra.

Pero hemos emprendido una vertiginosa huida del tema verdadero de nuestra crónica.

Esta vez, no necesitamos, al borde de la "radio", escuchar la misteriosa voz que nos dice: "Van ustedes a oír; acaban ustedes de oír". Habíamos caído en plena "Made-

lón", en el escalofrío de la Marsellesa, en el estribillo amado de una rancia canción popular de la dulce Francia...

Nuestros pensamientos pusiéronse a retozar de júbilo, de amor, de admiración; después, se fueron quedando activos sólo en la nostalgia, en la meditación, conducidos por una caravana interminable de recuerdos.

¡1789-1934! ¿Y no estaremos asistiendo a una nueva revolución en el mundo, con mayor o menor efusión de sangre, que tiene por efecto destruir el orden de cosas establecido en 1789?

La Revolución francesa fué hecha bajo el signo de la libertad del individualismo, simbolizado por los Derechos del Hombre. Durante un siglo dijérase, por lo que vemos, como si hubiera ido constelándose de defectos. ¿No tiende hoy el mundo a colocarse bajo el signo del despotismo, cada vez más tiránico, ofreciendo formas reaccionales muy diversas, pero que aparecen donde quiera más o menos idénticas en sus principios, sustituyéndose las iniciativas individuales, por una disciplina rígida, de estatal determinación, impuesta a golpes de decretos o de leyes violentas?

Carecemos de fuerza para analizar en un breve artículo las transformaciones, de todo género, que caracterizan al mundo actual. Pero, si fuera posible, quedaríamos ciertamente asombrados del cuadro que ofrece la evolución de la mentalidad humana, la transformación de los problemas políticos, tanto interiores como exteriores, en todos los pueblos. Lucha de ideas, batalla social, fascismo, comunismo sindicalismo, paro, nuevas fronteras nuevos pueblos y nuevas relaciones de pueblos; evolución y crisis de América, deudas, caos comercial y monetario, vida cara, funcionarismo, feminismo... Cuestiones todas ligadas por un mismo hilo conductor a una idea general, que formarían un tema filosófico de transcendental interés.

Es posible que después de la gran Revolución o más exactamente, después del movimiento enciclopedista de donde la revolución naciera, la humanidad, como sostiene algunos, se haya desviado repudiando el método experi-

mental, fundamento de toda la ciencia aplicada, para tratar de resolver los problemas económicos y sociales empleando de preferencia la razón pura, como si se resolviese un problema exclusivamente matemático.

La Historia—que siempre ha de ser maestra—no parece hoy tenerse muy en cuenta por pueblos que ofrecen realizaciones políticas sistemáticas, biológicamente insensatas.

Las ideas marxistas, por ejemplo, infiltrándose un tanto en todos los pueblos, pretenden encontrar en lo absoluto soluciones que sólo pueden plantearse en lo relativo. Y no obstante una hostilidad aparente con el comunismo, ambas teorías se juntan en la trayectoria con su uniforme internacional y anticapitalista, pretendiendo llevar a una subversión profunda el mundo.

Y en tanto, los nobles brazos varoniles caen inertes y la alegría de “los hijos del hombre” amenaza irse extinguiendo. Y parece como si la luz del sol fuera a oscurecerse también definitivamente, cuando millones y millones de seres piden más vida.

¡Alegría patriótica del 14 de Julio francés, que escucho desde la lejanía, canta tu devoción al pasado histórico y tu fe invencible en un mejor porvenir! Aromado en óptimo recuerdo de juventud, yo pongo ahora mi corazón humildemente en las dos visiones, de ayer y de hoy, con un anhelo profundo de que la maravilla de felicidad humana se cumpla, como este milagro de encontrarte—oh Francia—esta noche haciendo girar la frágil maneta de un divino juguete de la Ciencia...

“La ciudad sumergida”

Malecón del puerto de antaño. ¡Viejo muelle de Las Palmas! Sol muriente de verano; vientecillo lírico de Otoño.

Galdós. Majestad en pétrea poltrona. Trono indecible.

Dos vastas perspectivas:—la ciudad en la mano izquierda; el Puerto de Refugio en la derecha mano—bajo la gran campana de transparente cristal que es el cielo. Juntar ahora las dos manos en admiración ante el bello espectáculo del atardecer, parécenos como abrazar estrechamente la ciudad y el puerto.

Frente. La inquieta teoría de las olas, cascada de espumosos encajes; ágiles se asoman por la curvada muralla, para ver la deliciosa mancha verde del jardín tropical. San Telmo de las antiguas cofradías marineras, humilde remanso histórico.

Oriente. El mar, el mar, ancha línea de ensoñación, riqueza de horizonte azul...

La ciudad va rondando el mar, como un gracioso cordel tirado al azar. Se escapa y vuelve hasta el Sur.

Los riscos, marco pintoresco y austero de caprichosas curvas, ya en policromía urbana humilde, ya puramente térreos, sedientos de verdor, que se abren de pronto en vertientes de luz dejando ver las altas coronas nubosas de las montañas próceres de la isla. Dos grandes tajos en las montañetas que respaldan la ciudad, portalcones para los céfiros campestres.

Azoteas multicolores, simulacro de minaretes. En la marina curva, casi se juntan en perspectiva dos manifestaciones urbanas que son características del equilibrio humano: espíritu y carne: la mole señorial del Teatro; la achatada silueta de los mercados, pescadería, mataderos... El Guingueta, viejo medianero, secó, atónito, ante el mar que le espera...

Presiden en lo alto con gravedad prestigiosa, las torres grises de la vieja Catedral, que cordialmente nos hablan como seres familiares.

Torre de San Agustín, evocación de liturgias y Cármes morenas y de la Sede de Justicia.

Después, a nuestros ojos, la gran Vegueta marina se

funde con las blancas espumas de las diatadas costas del Sur. Quedaron escondidas en el corazón de Vegueta las plazas y los palacios históricos. La hilera urbana de San José, la pincelada verde de su vega risueña. Y San Cristóbal de los pescadores, hoy más arrastrado al mar en sueño de ciudadano veraneo.

Al fin, Gando asoma allá a lo lejos, dando media vuelta adelante para saludarnos con elegancia, empenachado de espumas.

Más próximos a Triana, no alcanza, sin embargo, nuestra mirada a la entraña del barrio mercantil. Se ha perdido desde la longa recta calle comercial, ascendiendo ligeramente por San Francisco, rematando en el pináculo encantador de San Nicolás, dejando atrás la Alameda—parque amoroso de la juventud de otro tiempo—el Casino con sus pórticos, el vuelo de su mirador; la turbulenta Plazuela cosmopolita y el puente, desde donde la visión corre hacia las altas cúspides que mancha la nieve, después de deleitados, más cercamente, con una atrayente galería de esmeraldas, el anfiteatro de palmeras en los escalones de los riscos tajados...

Como una flecha que apenas se engolfa en leves curvas bellas, al pie del mar y de las bajas montañas—Alcarabaneras, urbanización jardinesca y señorial, Santa Catalina y el sosiego de su parque exótico—la ciudad parte de Triana hacia el Puerto, intuitiva un día. Fe, entusiasmo, de nuestros mayores...

La Isleta, en aire de largo dromedario, le sale al paso para garantizar la paz de los navíos del mundo. Y no vemos casi ahora, de las dos nuevas manos que se abren en el confín, sino la que grandiosa y multiforme muestra el Puerto propiamente dicho. Muelles que avanzan; un recto atrevido baluarte de piedra, como maciza saeta, se desliza paralizando el mar; más lejos, la esfíngea masa térrea, protectora de la anchurosa ensenada se afina raudamente para beber en las aguas. Un fondo de luz sedosa donde se recortan las siluetas evocadoras de los navíos. Escondida

queda, en la otra mano, partiendo de blanco caserío abigarrado, la dorada curva de arena que mira a Occidente, la gran playa de nuestro abandono, donde en la luz de la tarde, Ajudar y Teide se ven proyectadas como en un espejo mágico.

¡Viejo muelle de Las Palmas! Hora de divagación ante el panorama del mar, de la ciudad y del puerto, en un largo crepúsculo inefable. Estratégico lugar de poesía. Balcón magnífico para soñar. ¡Qué solo estás mi viejo muelle! Y aquí se abre un colosal pulmón marino. El corazón del mundo bate en las piedras. Despiertan los ojos ante el más amplio y universal de los horizontes. No hay otra ciudad donde el mar pueda contemplarse en mayor línea de infinito. Mira la gracia de una vela latina en nupcias con el viento rosa de atardecer. Y el penachq de humo que deja vagando, matizado de iris, en su solemne avance, el paquete gris...

Penetra mar adentro el anciano malecón como la proa de un buque; parece el instante de una real partida marina. A popa dijérase asida la ciudad.

Allá en la cóncava muralla del Parque, el mar juega como un artista, haciendo imponentes juegos de artificio con aguas de blanca espuma; una gran salva nos anuncia el juego que acaba y el que comienza. Yo sé de muchos que pagarían en oro presenciar tan maravilloso espectáculo.

Telón de áureos celajes en el horizonte; rosa en las montañas; azul, rosa, oro viejo sobre la ciudad; un temblor de infinitos tenues colores sobre el mar. Todo el cristal de la tarde se ha teñido con finísimas gamas. Como en transparente redoma inmensa, el puerto; los navíos, destacan coronados por la arqueada línea decorativa de la Isleta.

Sombras. El mar nos va rodeando Primeros parpadeos eléctricos en los riscos. Ojitos de luz, profusión de brillantes ojuelos como en proyección los unos sobre los otros;

recta fila de minúsculas pupilas luminosas avanzando sobre el mar, el Puerto...

Primeros relampagueos del Faro.

La ciudad toda comienza a envolverse en neblinoso resplandor.

Voces y música lejanas. Débil alegría melancólica que viene del Parque.

Todo se aleja, y el mar se acerca, se dilata. Estamos en una nueva isla diminuta.

Soledad.—Desde la sombra, sobre el susurro marino, súbitamente se ha alzado una voz suave, familiar. De la piedra brota—"Gracias amigo, por la compañía—Dice—; Qué breve es mi ínsula, qué largas y frías las noches! Condenado estoy a la soledad y hastaapestado de exhalaciones crueles, que por fortuna la salada brisa mitiga. Condenado. Dar espalda a mi ciudad irreverencia sería; pero castigo duro, mirar recto, inacabable, hacia Mata, el viejo castillo, hoy, en apariencia, ni castillo, ni cuartel. Esta es la hora en que a hurtadillas puedo anegar mis ojos de amplitud marina. La línea de agua se hace infinita en torno mío. Aislado estoy. Pero también el mar invade la ciudad".

Efectivamente, glorioso Don Benito, nuestra ciudad en este momento, parece la ciudad sumergida...

Proa a los sueños A los canarios en Cuba

En mis quimeras de muchacho, Cuba, "La Isla hermosa del ardiente sol", cantábame en el alma con la atracción de un sueño maravilloso, y casi incesante.

Los suspiros y las lágrimas de mi santa madre a quien, muy niña, mis abuelos, para emigrar a la "perla de las Antillas" "bajo su cielo azul", habían dejado al cuidado de sus padres en la tierra canaria, fueron creando en mi espíritu

una urdimbre sentimental, que se arraigaba en una emotiva admiración cuando oía leer las cartas de los "indianos" de mi familia (que eran muchos), contando las maravillas de la Isla, y después, cuando pude leer en los libros y aprender en la vida...

Hubiera dado entonces todo un imperio mi corazón infantil, por haber podido tejer con su esfuerzo la realidad del anhelo de mi madre: ver, casi conocer, a sus padres y hermanos que la habían dejado tan pequeña...

¡Cargar mis quimeras en la proa de una de aquellos buques, solemnes como monumentos, que veían mis ojos melancólicos rasgando la ondulante inmensidad del Atlántico y arribar con una llama de alegría en las mejillas frescas y rosadas del largo beso de la brisa, a la tierra prometedora y magnífica, a la Isla fabulosa!

Crecí, entre los suspiros contenidos y las ternuras de mi madre, cuya sola infelicidad, era la desgarrada tristeza de no tener el calor dulce y único que yo sentía de regazo maternal...

La fatalidad había querido que en tierra antillana durmiese ya su "sueño infinito" la madre de mi madre. ¡El absurdo viaje sin posible retorno!...

Después, los años del Bachillerato, la adolescencia que llega...

De pronto, el grito de ¡Viva Cuba libre! había clamado nuevamente; llegaban cartas angustiosas de la familia. Y en el fragor de aquella última guerra que sostuvo nuestra España, se encendía mi corazón mozo en patriótico entusiasmo...

Un buen día, al volver del Colegio, mi casa era toda alegría.

¡Albricios magníficas! A la semana siguiente debía arribar de Cuba, la mitad casi de los emigrados de la familia. Mi abuelo, viejecito, los hermanos de mi madre y sus hijas cubanas.

El acontecimiento se realizó. En los ojos de mi madre ví brillar un júbilo nuevo y extraordinario.

La guerra de Cuba siguió su conocido curso. En tanto, mi vida de adolescente había cambiado radicalmente.

Mi casa era un rincón cubano, y verdadero campo de discusiones. Los cubanos de mi familia eran bastante filibusteros; yo aprendí mucho de lo que entonces ignoraba de nuestra desgraciada política y administración en Cuba. Sentía una desilusión y un dolor que me hacían enmudecer.

Los versos patrióticos, alternaban ya, con los primeros versos amorosos. Estaba absorto ante una vida nueva e insospechada.

Mi deidad suprema. Cubana era, con el cabello de ébano, la tez morena, los ojos ardientes y un amor puro y secreto... En el alma locamente, seguía cantando la vieja habanera: "Adorada trigueña de todos mis sueños la Reina eres tú".

Pasaron dos años: llegó—luz y sombra—el patético final de la Guerra... Mi Bachillerato había terminado.

Días de luto, dolorosos días...

Una rápida enfermedad nos arrebató al viejecito abuelo. Voló a lo Eterno con la única dicha de dejar su humana envoltura en tierra canaria. Y el último beso, en la frente de quienes tan distante había vivido...

Toda la alegría de mi corazón se trocó de pronto en duelos.

Había llegado la hora del retorno de la familia "indiana" a Cuba, donde tantos intereses habían quedado abandonados. Y un día de amargo perfil, nuestros ojos vieron alejarse la gran nave del desconsuelo, donde mis tíos y sus hijos, tomaban de nuevo el rumbo hacia la "Isla ardiente"...

Se había deliberado antes sobre mi suerte, debiendo yo comenzar pronto mis estudios universitarios y ausentarme del terruño ¿Por qué no cargar mis sueños en aquel gran galeón moderno que veía desvanecerse en el horizonte marino, con el corazón hinchado de angustia, azotado y cruciente todo mi ser como velamen en viento de tempestad?

Fijos, absortos, quedaron mis ojos en el cerco implacable de la Isla. Y entre cien pañuelos que se agitaban en

adíos, uno diminuto y trémulo, como la imagen de mis alas, pareció quedarse flotando un momento en el azul y hundirse después en las profundidades del Océano...

El Destino había decretado mi Soledad, y mi Desesperanza, y en silencio devoraba la melancolía que había de transformar el alma, y darle su fórmula definitiva...

De un golpe comprendí la vida, y sentí muy cerca la resignación ante el "Imposible", plasmado por la Fatalidad. Y aceptando el fallo corrí hacia las buenas y dulces fuentes compensadoras, para sumergir toda mi pequeña vida en las aguas de un nuevo "ensueño", que me pareció, con el tiempo, amplio hasta confundirse rítmica y profundamente con todo lo Creado...

* * *

Poco tiempo después el barco que a Cuba debió llevarme, me traía a España, y en el amplio y pintoresco puerto de Vigo toqué la sagrada tierra ibérica por primera vez, camino de la vieja Salamanca donde iba a cursar Medicina.

Con el corazón apretado recordaba todavía el crepúsculo de aquella tarde de invierno, en que el sol vestía melancólicamente a mis ojos las cimas graves de la Isleta, mientras el buque tomaba rumbo impetuoso mar adentro.

Sobre los muelles del puerto de Vigo, el cuadro lastimoso de nuestros soldados que volvían repatriados de Cuba después de la guerra, hirió duramente mi sensibilidad.

En una de las grandes veladas que los estudiantes de Salamanca celebraban, leí unos versos, tristes, llenos de apóstrofes, describiendo la escena lamentable que había contemplado al desembarcar en Vigo.

Una autoridad que asistía a la Velada, creyéndose ofendido, me provocó una cuestión de honor.

Apenas apuntaba el bozo sobre mi labio, y era un ser tímido, inofensivo...

.....

Porque en torno a Cuba giró el primer dolor de esta insignificante existencia, yo he querido verter estas confidencias de mi corazón, hoy que han pasado muchos años y

una vida de lucha y de trabajo después de llevarme en distintas direcciones, ha puesto mi campo de acción en tierra extranjera. Aunque el vínculo eficaz y fuerte, como nunca, esté enclavado en la Patria, y a su servicio...

...Y porque la proa del buque donde los sueños bogan, con este recuerdo íntimo e inseparable de los primeros años de la vida que esculpieron el alma, como en los tiem-

pos lejanos, toma rumbo hacia la "Isla hermosa" donde vosotros, los hermanos, habéis unido vuestros corazones construyendo una vida ejemplar que pone fama al nombre canario, y a todos nos enorgullece. Y para que sintáis cerca, este mi humilde corazón, inmensamente ufano de vuestra obra, y sepáis hoy que habéis tenido a bien pedirle que hable, que es vuestro, que os admira y que os ama...

VERSOS DE ESPERANZA Y DESESPERANZA

Responso profano

(A dos voces)

Mundo gigante en convulsión de vida
(Trabajo de la mente fraticida)
Fluye en tu misma fuerza el maleficio
(Apréstate valiente al sacrificio)
Humanidad errada en tus destinos
(Muerte has de ver en todos los caminos)
Y has de seguir tu marcha petulante
(Caos será la meta alucinante)
Ilusorio reinado de la Idea
(Existencia de Ensueño y de Pelea)
Oh vano bienestar, riqueza vana
(Plena de imprevisión para el mañana)
Y ya grita el espanto de tu ruina
(El huracán cual maldición divina)
He aquí el presente, línea tenebrosa
(La tempestad se cierna en cada cosa)
Culminar de riqueza y poderío
(Hombre: pronto dijiste "todo es mío")
En el navío osado de la ciencia
(Sirvió mucho al placer de la existencia)
En pacífica siembra por el Orbe
(Inmenso Orbe y nadie en él se estorbe)
¿Por qué tu voluntad no se hizo fuerte?
(Nada burló jamás la fiera muerte)
Lucha de hombres, lucha de naciones

(Esfuerzo absurdo aunar los corazones)
Cien banderas, hermosos postulados
(Humanidad muy terca en sus pecados)
Hombre: fué tu sudor fecundo riego
(Miraste abajo y te quedaste ciego)
Y largas las promesas de la Tierra
(En cosecha de oro, himno de guerra)
.....
¿Y cabe, amigo, risueño desenlace?
(Suena el Requiescant, Requiescant in Pace...)

CURVA

Tierra, mundo, alma,
infinito horizonte irrelavado,
el viejo Sol, padre o verdugo,
aviva la pirueta de los hombres,
o el ensoberbecido eterno vuelo
abierto en el espacio y en los siglos,
hoy corazón de fuerza embriagado,
¿Aureo abismo busca o cumbre venturosa?
Del dolor no ha de cambiar el curso...

Fatiga humana que se esconde
en material grosero júbilo,
frenesí de placer, trágico anhelo
de destruir y de crear; angustia
del frágil pecho estremecido;
trágica cabalgata en las etéreas

ondas vitales nunca domeñadas
 aunque victoria cante nuestro orgullo,
 viaje sin fin sobre la ruta ignota...
 Usa tu privilegio, aeda,
 clava la aurora en el sendero incierto...
 ¿Poesía nueva? Vieja como el mundo,
 como el alma vieja que florece
 joven en cada muerte cierta y engañosa
 Abre en señal tu mano, expande
 el vuelo de las bíblicas consejos
 mientras llega la hora apocalíptica,
 con ritmo seguro y vigoroso, de la Tierra y el Cielo
 haz íntima accesible Teoría;
 descubre lo inefable; tus miradas
 y tu canto por igual reparte;
 pero la estrofa predilecta guarda
 para lo humilde y lo pequeño, vist
 con la virtud encendida de lo máximo.
 La emoción de los días y las horas
 vibre en el verso nuevo sin prejuicio
 mezcla de profunda ironía melancólica
 y de noble piedad, ironía, no sátira,
 júbilo sin ruido
 y ternura sin lágrimas...
 Queja que lleve en su sordina
 todos los ayes del Universo, Música
 que cante estímulo y alivio.
 Ni confiada, ni excéptica sonrisa
 reserves al presente filosófico,
 y en la evasión espiritual perfecta
 con discreta tristura, al ayer adiós dile...

Curva en el vivo espacio, es la infinita
 línea imprevista por la cual marchamos
 sobre el bajel oscuro de la Vida,
 sumisos e ignorantes,
 expectadores de la muerte cierta...

¿Fascismo? ¿Comunismo?

(Fragmento de una encuesta en curso, por el periódico "Acción" en los postrimeros días de la avalancha roja. Marca un hito sincero de nuestro pensamiento antes de la lucha heroica que sostenemos, y por esto, juntamos estas palabras al revuelto haz, formado aprisa y con una finalidad primordial. Lenguaje comedido, aún así arriesgado, entonces).

Pregunta atrevida, frente a una posición espiritual compleja. Llegada la hora de la acción, sin duda y enérgicamente, contra lo segundo: el comunismo.

¿Formalizar una respuesta? Será como balancearse con el espíritu lleno de interrogaciones, fijos los ojos en el punto central de la gran cuerda de la vida que va del nacer al morir. Para huir de esto último. El comunismo, es la muerte.

Comunismo y fascismo. Cara a cara los dos formidables combatientes, significa guerra terrible, guerra salvadora o guerra catastrófica...

Y en el inmenso desasosiego, solo queremos ser espectadores, cuando en este frenético debatirse del porvenir, nadie puede reservarse tal papel, y todos somos, queramos o no actores.

Nuestra posición es la fundamentalmente lógica, en toda esencial sensibilidad de artista.

La política, como el hombre, ha devenido en este momento del mundo, algo tan espectacular, tan alejada de la austeridad constructiva que es signo primordial del espíritu, que no extrañará sea, para un temperamento delicado y observador, el cuadro actual humano, meramente el acto inacabable de ese drama grandioso iniciado por la Guerra

y que transcurre sin solución, en una sucesión de escenas contradictorias, en las que,—repitémoslo—sin darnos cuenta figuramos todos los hombres.

A esto se llama la gran marea de la evolución.

Tal vez se ha puesto, justificadamente, al margen en esta encuesta enunciar el Socialismo. Porque el socialismo, puro, integral, con su lucha de clases, dictadura del proletariado y su especial e intransigente sistema económico, corre a la fusión lógica y absoluta con el Comunismo (cuyo padre moderno, bien sabemos,—pasando por Platón y su república comunista, el comunismo de la edad de oro y medieval y los variados atisbos filosóficos de siglos—es Marx, y Lenin apóstol e histórico ejecutor, sin que olvidemos el ensayo francés de 1871). Y el socialismo evolutivo, reformista, modalizado, va regando copiosamente el cercado de los estados burgueses, nutre así mismo abundantemente los de estructura fascista, viniendo a ser ya, más que una infiltración lenta de sus esencias, casi una gravitación plena y gamada en la política gobernante universal.

Y podemos observar que, en la evolución donde cabalgamos, se confunden los sistemas políticos, en aspectos no banales de la estructuración del Estado, reflejándonos un período de ensayo que recuerda en mucho, a los del sabio innovador trabajando afanoso en su laboratorio.

Estamos, pues, en un período de experiencia. Y ¿no ha de ser así, puesto que en el vasto escenario de pueblos, todos acuciados por la realidad de mil problemas, con predominancia del social, que golpean sus talones a un ritmo de feroz velocidad, vemos a los unos mantenerse todavía con formas políticas seculares, en apogeo de marcha; a otros, volviendo atrás, reformando rápidamente sistemas utópicos; a otros, luchando briosamente por implantar legislaciones revolucionarias, pero de un eclecticismo evidente?

Y al lado de las grandes fórmulas democráticas, que tienen de vida apenas un siglo, se alzan todavía, en buena salud, las armazones seculares.

Para el comunismo, la dictadura del proletariado es el instrumento de cambio que traerá la abolición de las clases sociales, como resultado de la propiedad común de los medios de producción y distribución. Habla así el Comunismo científico. Y no el inenarrable ejemplo de Rusia.

Que el Comunismo existió en las sociedades primitivas es un hecho que se dá por comprobado. Y en el curso de los siglos la literatura política está sembrada de interrogantes acerca de la eficacia moral de la propiedad privada.

El ensayo de la Commune francesa, nuncio real de la revolución rusa, sabido as, fué adverso. Lenin hizo prácticamente suyo un día el famoso "Manifiesto comunista" de Marx, y encontró su hora en Marzo de 1917, aprovechándose de la alta descomposición social, la incapacidad y corrupción reveladas por el Gobierno zarista durante la Guerra, que abrió ancho cauce revolucionario.

Pero vemos como Rusia—rio inmenso de sangre, de dolor humano—reforma a pasos gigantescos la mística comunista y pone pilares nuevos a los básicos de su doctrina política y económica, reformando a gran ritmo la esencial utopía, ante la realidad vital. Pero no renuncia a sembrar su veneno espantoso por el mundo.

Hemos de concluir, que el comunismo, según sus ensayos, no es fórmula práctica, ni compatible con el progreso del hombre y de los pueblos.

Y ante esto, prescindamos, simplemente, de toda otra dura consideración polémica que nos dicta nuestra razón. ¡Destruir lo que tanto costó edificar, para volver, entre ruinas y dolores, a levantar un edificio parecido! ¡El monumento emocionante del progreso, fuente del estímulo humano, caído por tierra!

Fascismo. Para muchos españoles—obcecación y dramatismo—fascistas son todos los que no se sitúan en la gama de la realizaciones violentas y disolventes, dentro de la república. Torpeza, como aquella de negar a los republicanos. Servirá de lección saludable algún día.

Pero ¿qué es el fascismo? Los más creen que constituye, como principio, una forma dictatorial. Mas esto lo haría método político, simplemente, tan viejo como el mundo e idéntico al marxismo al día, en su procedimiento o mecánica.

Evidentemente, es mucho más que esto el fascismo, porque ha incorporado al sentido de la autoridad, en máxima tensión, principios vírgenes dentro de la estructura del Estado. Y un engranaje de sistemas nuevos que, como el corporativo, le prestan un cuerpo de doctrina inédito, dan a este régimen una escultura propia. Tal se nos ofrece, mirando hacia el gran creador de ese tipo de Estado.

Pero el fascismo con su mucho de absorvencia estatista, su aleación de democracia y autocracia, su recio impulso imperialista, nacido en un ideal nacional de pura y exaltada emotividad patriótica, de rancia raíz, ¿puede ser, fundamentalmente, otra cosa que una forma política acomodaticia brotada de una realidad única, particularísima de un país? ¿Y no ha de estar encarnado, en primer término, por un hombre de excepcionales condiciones, por un temperamento creador?

El fascismo, aun recogiendo los hitos sólidos, básicos, de la doctrina musoliniana ¿no será donde quiera que surja y se le dé tal nombre, un sistema político en modalidad personal, adaptado a las circunstancias nacionales? Pues entonces, ¿podremos, en un prematuro sueño de grandeza, hablar de fascismo por lo que toca a esta España con muchos jefes y sin Jefe, mientras miramos hacia la Italia nueva, fuerte y admirable que Mussolini ha forjado con su experiencia genial? (1).

Y aparecemos, por desgracia, al menos objetivamente, en inminente peligro de caer—oh, fantasma de la guerra

(1) Esto decíamos entonces, hoy, España está en pie con Jefe y Caudillo para todas las victorias. Y el vigoroso ideal de Falange se ha enseñoreado del alma de una gran parte de nuestra juventud heroica.

civil—en la riada siniestra del comunismo, dictadura, históricamente, tiránica como ninguna...

Vamos unidos, sin embargo, al carro europeo más próximo y si bien el triunfo del frente popular español se adelantó al francés ¿del ritmo de este último no dependerá en mucho nuestro porvenir político?

A menos que se opere un milagro.

Faena monstruosa la de los Frentes Populares. Su amalgama solo puede tener calidad explosiva.

España, dictadora soberana un día de normas de gobierno en el mundo, legisladora sabia, ¿sabrá buscar replegándose en su propia alma, en el estudio sereno de su pasado, conjuntado a sus problemas actuales, espoleando su verdadero genio de creación, descubrir horizontes claros y precisos que siendo renovadores, ofrezcan luz de tradición, nervio de personalidad española, donde las fórmulas definitivas de convivencia nacional habrían de surgir vigorosas?

No hay un solo español de nuestros días que no aspire con el alma entera, a la implantación de una justicia social, limpia de pasión y del juego interesado de la política partidista, con sentido profundamente humano, noble arco tendido sobre toda la sociedad española y su economía desgarrada, sin subversión de clases, ni jerarquías, por lo que afecta a las minorías intelectuales, técnicas, dirigentes por derecho propio, un régimen que ensanche la cultura general, sin prejuicios de secta y que a gran ritmo seguro eleve el nivel de educación y de bienestar del pueblo sufrido y mal llevado...

No creo en la eficacia del Parlamento, mientras carezca de densidad espiritual y no ofrezca el probable contenido selecto de la Nación: hombres desapasionados, cultos, preparados para la obra legislativa, saturados de un sentimiento respetuoso, fraternal, profundamente español.

ESCALA EN EL VIAJE TRAGICO

(Apéndice - confidencial)

La mano rítmica de la linotipia va dejando sus últimas ringleras para teñir estas páginas. Y pasan las hojas del calendario de Agosto, chorreando sangre española...

Guerra Civil,—para evitarla Alfonso XIII había entregado su Corona—dantesco balance de esta Segunda República, que pudo ser Era de paz y de reconstrucción. Por inevitable la teníamos, ante la forma torpe, intransigente, ignominiosa, en que se desarrollaba la gobernación del nuevo Estado. Pero ¿quién pudo creer que alcanzara estas dimensiones homéricas?

Oía a podrido de viejo en España. Y la pestilencia creció vertiginosa. Habíase formado el hábito malsano del olfato.

Las partes en descomposición, escondíanse entre turbencias de aparente sanidad. No era posible el fenómeno de amplitud vital sobre una célula gravemente enferma.

¡Pretender infundirle un nuevo espíritu a España, cuando en su cuerpo, laboraba insidiosamente un morbo fatal, nutrido por el jugo ponzoñoso de los presuntos constructores!

Hornada de hombres que, adornándose con una falsa etiqueta de intelectualidad, de universalidad, aspiraban al primer rango, vendiendo su conciencia. El sentimiento generoso de la juventud, de acometividad, de lucha, de enderezamiento moral, ausente.

Cerebros nutridos de formas, en realidad, insustancia-

les, a lo más, teóricas sin directriz ética. Muy a la superficie, un snobismo, sin masculinidad. Así, en travesía veloz, hacia las aguas de la conveniencia personal y de pandilla, único rumbo que sabía marcar el timón. Presuntuosidad vana, arribismo precipitado.

Su cuadro fundamental, la Universidad, el Ateneo, y más de una Capilla de subvertido abolengo. Brotaba una España confusa, sin nervio, y sobre todo, sin ternura. Los que debieron, como ideal supremo, levantar la bandera augusta de la gerarquía espiritual claudicaban vergonzosamente. De espaldas a la Historia, improvisaban un pueblo buscando la fuerza en su ineducación.

A la sombra de lo viejo, de lo que era aun poder cansado y vacilante, se estructuraban, medraban, las vanguardias sin gallardía. Mientras destruían los elementos operantes, los elementos de una España de enlace, hacia un futuro reconstructivo, de renovación, la vasta trínca de señoritos etiquetados, demócratas y epicúreos, deportistas de la audacia burocrática, iba encaramándose con prisa. Todo era para ellos.

Y no se cansaban de pedir, esgrimiendo, alternativamente, la adulación y la amenaza. Y en despreciable contubernio con lo que combatían, con lo que odiaban en el fondo de su alma, iban multiplicándose, formándose con amplios medios, tomando posiciones.

Para estos enemigos selectos, eran la mayor parte de

las becas, los pensionados, las organizaciones culturales, los enchufes prodigiosos. Cabalgaban en las casacas de los grandes con un cinismo perfecto.

Y hora es de recordarlo, cuando la muerte está abatiéndolo todo. Pero también, por fortuna, purificándolo todo.

Así hicieron la Revolución. ¡La Revolución, sin penacho romántico, heróico!

Nuestros ojos les han visto pegados a la cola de los caballos del antiguo carro de España, y ahora, fustigando los pegajos fieros, indomables, que montaban con petulancia. Ansias monstruosas de poder.

Así trajeron el nuevo régimen, haciendo del viejo un festín inacabable. Mesa y mantel tenían puesta en las casas del poderoso español, en las Embajadas de S. M., cuando frecuentemente espigaban a costa del Estado, o de las empresas burguesas, por el Extranjero. Entonces, humildad, inflada efusión, no jactancia; gazmoñería, o algo peor, para ganar entorchados y extipendios.

Para tales señores, el Estado no tenía limitaciones.

Hombres sin corazón a quienes servimos todos con una venda en los ojos. Y digo servimos, porque tengo derecho a emplear este tiempo del verbo, y no violo ningún secreto de caballero respecto a ellos, hoy, cuando después de una larga expectación benévola, sufrida, hemos visto lo increíble, lo inaudito: que era más fuerte en esos hombres el latido del orgullo, la codicia de poder, que el mismo latido de la Patria. Como más que imprudentes, criminales, armaron el brazo que asesinaba a España. Y en el río de sangre, estamos a punto de ahogarnos, de morir, todos los **verdaderos españoles...**

No violo ningún secreto de caballero, porque en mi humildad, fui respetuoso y generoso mientras no hubo llegado esta hora espantosa para la Patria. Y en buen español, colaboré, como pude, a la obra de fraternidad. Ejemplo de ello, hay en estas páginas. Yo sé más de un intelectual auténtico, alguno de ellos cuyo gran nombre ci-

taria, pero debo callar en esta hora; incluido en esa vanguardia revolucionaria, alto, limpio, quedará su honor, su permanente patriotismo. Quiero creerlo así.

Puedo hablar, porque sin dejar escapar un ay, sufrí el dolor de la llaga abierta en mi carne; porque desde el más espléndido observatorio, modestamente, al servicio de la Patria, pude completar el estudio íntimo de los personajes, sin que las manos perdiesen nunca contacto; las mías, trabajadas desde la juventud por un ideal español, sin prejuicios de otra clase abiertas siempre para dar algo de mí mismo, con la mirada puesta en Dios y en la Patria. Y el arsenal de datos es copioso.

Justificaré, sin embargo, la curva personal que toman estas líneas del Cuaderno.

Mientras se iban atando estas páginas, que en un pre- visto desorden, han acabado realmente al pasar los renglones cortos pesimistas que atrás quedaron—páginas sin valor, reunidas precipitadamente con un fin patriótico—más de un caracterizado amigo me ha dicho: “ahora se te hará justicia, volverás a tu puesto”.

Y haciendo un esfuerzo para encontrarme materialmente a mí mismo, como tantas otras veces en parecidas ocasiones, he respondido categóricamente a la un tiempo densa y ligera afirmación. No, no volveré a mi trabajo de diez y seis largos años, donde tanto aprendí y sufrí. Soy un desengañado y un poeta. Un hombre libre y desinteresado. Lo que fui siempre. La pluma que debió hacer recetas médicas y renunció al extipendio perpetuo, ya no sabe hacer, tal vez, sino versos y filosofía; solo por azar se empleó algunos años en la redacción de documentos diplomáticos, torciendo el rumbo.

No deseo otra cosa que el bien de mi Patria. Si algo insignificante representé dentro de ella al lado de dos grandes hombres, solo me di cabal cuenta, cuando una prensa sin control, me convirtió en blanco junto a los Jefes. ¿Y qué mayor honor a una lealtad?

Tal vez por eso la República me confirmaba en París una vez advenida. ¿Qué pasó después?

Permitame ahora, amigo mío, únicamente, dejar en estas hojas dos notas compendiosas, escogidas entre otras, recuerdo de aquellos días en que dejé de ser para siempre funcionario, sin jubilación alguna, y que te dirán seguramente, mucho de lo que no me parece discreto que yo diga: una, de "Le Cri de París" publicación, larga y sabrosamente leída en Francia, intelectual y republicanísima; otra, del noble Mariano Daranas en "A. B. C."

"La República a los dos años"

"En la Embajada de España hubo una gran velada el viernes. La República cumple dos años. Se hizo música. El "Retablo de Maese Pedro" difundía por los salones los ritmos originales y el encanto atrayente del gran compositor que España vió nacer y Francia hizo suyo a fuerza de admiración.

Había gran ruido y mucha gente. Todo el cuerpo diplomático; ministros y diputados franceses; todos los que han venido a discutir "el pacto a cuatro", ginebrinos impenitentes, entre los cuales se destacaba el siempre brillante Politis, bien encuadrado de jóvenes damas. El señor Dezarróis, que debía partir al día siguiente para Madrid, se entretenía con Bollaert de una próxima exposición... Nuestro compañero Charles Henry estaba constelado de cruces y Bergery se había vestido de etiqueta... En resumen, la velada tuvo gran éxito y los invitados pudieron reconocer en ese rincón de España el encanto y la sencilla amplitud acogedora de la hospitalidad española. El señor de Madariaga prodigaba su fina sonrisa, diciendo una palabra amable a cada uno. Estaba secundado por el señor Aguinaga, joven ministro Consejero que es un parisién de larga fecha y cuenta muchas simpatías entre nosotros.

Había, pues, gran fiesta en la Embajada. Al mismo tiem-

po, un navio llevaba hacia las islas del Sur, a un buen español, parisién de veinte años, gran artesano de las relaciones franco-españolas, campeón del arte moderno español, Luis Doreste, uno de los más antiguos funcionarios de la Embajada, escritor, médico, diplomático, francófilo de siempre (¿no tuvo algunas contrariedades durante la guerra por sus brillantes artículos demasiado francófilos?) oficial de la Legión de Honor, Secretario y colaborador de dos Embajadores, (Marqués del Muni y Quiñones de León). Una gran inteligencia, un corazón leal, al que todos amamos mucho.

Oyendo el "Retablo de Maese Pedro" en la Embajada rememorábamos los tiempos pasados, el día del estreno de esta obra en casa de la Princesa de Polignac. Doreste, en primera fila, estaba sentado al lado de su fraternal amigo Manuel de Falla. España es hoy una República de intelectuales (muy notables). Sin embargo, nuestro viejo y excelente amigo Doreste se va... Misterio, misterio..."

"Cri de París".—Abril-1933.

Traducción publicada por "Diario de Las Palmas".

"A. B. C." en París

"CARA LUTECIA"

París 9, 2 madrugada. (Crónica telegráfica de nuestro redactor.) A Luis Doreste, médico, diplomático, poeta, se le funde al abandonar Francia por un puerto normando—rumbo al archipiélago canario—media vida entre las manos. Bajo este cielo gris con suaves reflejos de armadura antigua vivió con honra y, en definitiva, sin provecho, es decir, trabajó al servicio de España, que no al de un régimen ni de una ficción, dieciocho años. Sin abdicación ni aun sonrojo o eclipse de sus ideas liberales, que no son las mías, ni, por supuesto, las de otros españoles, muchos casi todos los ganadores y colocados de hoy. Sus inicios en la Prensa nacional datan de "El Globo" y maduran al aparecer la revista "España", en cuyo grupo fundador—García

Bilbao, Ortega, Azaña, (1) Madariaga, Pérez de Ayala—figuró el isleño, que navega ahora hacia la tierra atlántica y africana, donde copulan en lecho volcánico el verde floreal y el rabioso sol amarillo. Tantas eran las apatitudes, tantos y tan floreados los senderos, que el ajeno arbitrio hubo de suplir la propia decisión. Un gran diplomático requirió sus servicios durante la guerra en la Embajada de París. De la entrañable compañía de Galdós pasa Doreste a la atmósfera íntima de otro canario insigne, León y Castillo. De la calle de Hilarión Eslava, daguerrotipo sórdido, aunque abierto al Guadarrama, a los barrios que se miran en el espejo turbio, pero universal del Sena. Ya en París la rueda dentada de una insustituible representación diplomática prende la actividad de Doreste, cuyas simpatías y preferencias se posan en todo lo que significa saber, arte o cultura. Sus dilecciones se polarizan acaso abusivamente hacia los afines en doctrina liberal y en convivencia ateneísta. Doreste es, no un hijo pródigo, sino un hijo respetuoso y consecuente del Ateneo del 900. Ningún compatriota, si, sobre todo, trajo marchamo de espíritu liberal o renovador, cuando no subversivo, dejó de

(1) Entonces reformista, ¡monárquico!

llamar a las puertas de la Embajada, ni a ninguno dejó de recibir ni atender, por sí o por delegación, con bondad franciscana, este poeta de mirar seráfico. De Rubén Darío al bohemio anónimo de Montparnasse, el secretario de embajadores fué amigo providente de todos: el comerciante, el pintor, el músico, el médico, que vino a practicar en los hospitales. Así, desde 1916, bajo la Monarquía y bajo la República. Sin Doreste por último, más de algún auténtico valor del arte español no se hubiera revelado en el extranjero.

...No es reparación cabal el abrazo de toda una ciudad al hijo que se reintegra en sus ámbitos azules. Vejado, virtualmente proscrito, el funcionario debe dejar la Embajada porque así place en Madrid. Un pasado liberal que se condena y que, sin embargo, pervive. Bajo el cielo de Lutecia se secan y se pierden como lluvia urbana toda la juventud y toda la madurez de un español que sirvió a la España liberal con preferencia a otra alguna. "Los bárbaros, cara Lutecia..."

En el andén de la estación un friso dramático de rostros franceses y españoles balbucen adiós al hombre encanecido que dice adiós a París.—DARANAS.

9 de Abril de 1933.

España. Dolor. Civilización. Y dolor de español y civilizado... ¡Y hossanna en el milagro del Albor Azul!

Formado este volúmen desde los meses de agosto y septiembre, con los patrióticos propósitos indicados, por esto, al llegar a su corte editorial—tan involuntariamente retrasado—una cierta incoordinación de fechas, ensanchada la parte actual de sus páginas y restringido el índice de recopilaciones que les circunda, concebido el modesto cuaderno como temática rememoración, dentro de la curva universal, del absurdo período republicano, espantoso fracaso político, del que se alzara esta hora trágica, de dolor en máxima exacerbación, pero, al fin, de resurrección histórica de nuestra patria, más bella y vital que nunca, en su lucha, heroica y cristiana, contra el delirio invasor soviético.

Teatro de una contienda homérica, donde a las turbas comunistas y sus téticas avanzadas específicamente moscovitas, se mezcla hoy la verdadera hez de Europa, que tiene por bandera la del pillaje, el crimen y la crueldad más abominable, nuestra Nación presenta reciamente el pecho como pueblo digno de su pasado, dispuesta a no recibir la muerte de tan infamantes manos. Dispuesta, no ya a evadir la sepultura, sino a revivir más briosa que nunca, juntándose a las naciones valientes en reacción contra el bárbaro de nuestros días y cuya solidaridad moral jamás olvidará, mientras mana la herida insospechada que asestan en su costado doliente, pueblos europeos aparentemente afanosos ¡qué sarcasmo! de formar la cabecera del movimiento humanitarista. Pero el mundo ha de fijar sus ojos durante largo tiempo sobre

este capítulo sin igual de la Historia Moderna. Y la aurora vendrá poniendo el sonrojo en muchas franges de Europa. Y se verá en diafanidad quien ahogó en su garganta el grito de un sentimiento civilizado, cruzándose de brazos ante tanto horror humano. Gritemos nuestro dolor de españoles y civilizados; nuestro anatema:

España, Matrona secular y joven eterna, resurgirá fortalecida de la catástrofe. Jamás golpe de bárbaro podrá destruir las sublimes líneas arquitectónicas de su belleza histórica. El mundo, en parte dormido, humanitariamente, a su desgracia, sentirá una ternura desconocida ante la crueldad de las mutilaciones hispanas, que no han de borrar los trazos de su hermosura de Madre imperecedera. Y de la admirable escultura de su rostro, ahora en rictus de angustia y en resplandor de heroísmo, volara todavía una sonrisa cautivante de emoción que ha de proyectar en los siglos la grandiosidad de esta nueva epopeya, de su sacrificio, que es la victoria del civilizado afán, del espíritu inmortal de España, creadora de naciones en fortaleza indeclinable de raza.

En torno a la Cruz, cantará nuevamente la campana cristalina que ungió todos los ritmos de la vida española. Y el labriego levantará su frente al cielo, mientras la reja del arado cae sobre la tierra fecunda. Y de las gargantas populares, saltarán al viento las viejas cántigas nacidas del amor, del alma de la Patria. Y el himno unánime volverá, limpia la tierra de sangre, desde los campos al

taller. Y las ciudades en actividad nueva y enérgica, elevarán su voz nutrida de fé, uniéndose al gran coro que va y viene de la montaña al mar, del mar a la montaña. Paz, fraternidad y trabajo, en una España que será un solo corazón palpitante, tierno y fuerte.

...Y el Hossanna clamante y formidable, en el conu-bio, divinamente fecundo, de cielo y tierra, montaña y

mar, bajo la alegría creadora del sol que entró en todas las almas españolas, con la sonrisa de Dios, Todo Misericordia, poniendo fin a la expiación terrible que como pecadores de la Patria, merecíamos... ¡Viva España! y ¡Franco, su caudillo! ¡Arriba España! ¡Hossanna, en el milagro del Albor Azúl!

FIN

APENDICE EDITORIAL

Por la índole de este libro, y el momento patriótico que señala, creemos oportuno reproducir algunos altos juicios y otros comentarios autorizados, relativos a los trabajos que figuran en el Capítulo "Patria. Religión. Hispanidad".

Del Ilustre General Orgaz, una de las figuras heroicas culminantes de nuestra gran epopeya. Fragmento de una carta

Tetuán, octubre 7, 1936.

Mi querido amigo

"He leído sus muy interesantes trabajos y consérvo entre mis papeles, su poesía a "España que sufre y renace" y la que titula "15 de Agosto". Incapaz de hacer un análisis literario de su obra, me abstengo de ello, pero hombre de sensibilidad bien acusada, he de confesarle que su lectura me ha producido honda emoción, ya que dejando a un lado su forma, en el contenido, en la expresión y en el fondo, revelan cuál era el estado de su espíritu al escribirlos".

Del Excmo. Sr. Dr. Don José Azofra del Campo, M. I. Maestrescuela de Canarias. Una carta.

"Muy estimado y admirado amigo: Acabo de leer su insuperable Mensaje en la prensa de hoy. Y no he podido menos, de sentarme a ponerle estas líneas, más que de felicitación, de entusiasmo.

Cada vez que leo algo de V., me parece lo mejor. Este me ha encantado. He gozado y he sentido el momento

actual español, como nunca. ; Cuánto debe V. agradecer a Dios esa forma ática, fina, delicada, ropaje de unas ideas y sentimientos que hieren el alma y la hacen vibrar, arrastrándola a su querer y sentir.

Deberá recoger en un libro-biblioteca tanto hermoso por V. escrito.

Entusiasmado, gozoso y orgulloso por ser V. canario, le abraza su affmo. amigo y s.s. q. e. s. m.

José Azofra"

Del Secretario del Ayuntamiento de Teror

Muy distinguido Sr. mío y amigo:

No puedo menos de enviar a V. la más sincera enhorabuena por su hermosa conferencia de despedida a la Virgen del Pino, desde Inter-Radio Las Palmas, que publica en los periódicos de esta ciudad del día de ayer. Nosotros que queremos tanto a esta Veneranda Imagen de Ntra. Sra. hemos leído su conferencia con verdadera delectación, pues no nos fué posible oír la por las emociones inolvidables de aquel venturoso día 25 de octubre de 1936.

Teror agradece mucho a V. tan hermosa conferencia, y entre ellos cuenta a su affmo. amigo y s. s. q. e. s. m.

Vicente León

Un artículo periodístico de Jorge Cuervo González, en EL RADICAL

"LA ESPAÑA QUE NACE"

El muy prestigioso escritor y poeta Luis Doreste Sil-

va, ha publicado una poesía dedicada a esta España inmortal. "La España que nace". La España que vuelve a continuar su misión.

Luis Doreste ha logrado, merced a su alma de auténtico poeta, cantar las grandezas de esta España inmortal, como las cantaba en el siglo VIII San Isidro, cuando escribía: "¡Oh, España! De tí reciben luz el Oriente y el Occidente. Tú eres la Nación más bella del mundo". Como la describía Chateaubriand cuando apuntaba que nuestra España daría una lección al mundo entero. Como la cantaba Menéndez y Pelayo cuando exclamaba: "España luz de Trento, espada de Roma, martillo de herejes".

Esta España, que es la nuestra, la que nos pertenece, por la que estamos prestos a morir; vuelve a continuar su santa, su sagrada, su divina misión. Luis Doreste, el ilustre poeta isleño, desde aquí desde esta "isla afortunada" nos ha descrito nuestra España gloriosa, nuestra España católica, nuestra España eterna e inmortal.

Este amor a España, amor de hijos fieles, nos hace cantar nuestra hispanidad. ¡Hispanidad! He aquí la gran obra de Menéndez y Pelayo y sus discípulos. He aquí lo que significa la poesía del admirable Luis Doreste. Esta significa: un canto a nuestra Hispanidad.

Este es el fruto del amor a España, amor de hijos, fué, al mismo tiempo que nos hace amar a nuestra "patria chica", nos hace morir en defensa de nuestra "patria grande". "Ama y haz lo que quieras" escribía S. Agustín. He aquí el regionalismo.

Un siglo, más de un siglo, ha sido, ésta nuestra gloriosa España, víctima de la masonería, del judaísmo, del socialismo y demás sectas y partidos enemigos de la auténtica España. Ahí está Carlos III y Frandez. Ahí Castelar y Salmerón, Sanz de los Ríos y Espartero..., haciendo una labor anti-española. Ahí está Balmes y Donozo, Menéndez y Pelayo y Maeztu, haciendo una labor auténticamente española. Aquellos, los primeros, abogan por la extranjerización de España, por la secularización, por la paganización de España; estos, los segun-

dos, por la grandeza de la Patria, por la **españolización** de España. A estos les debemos este bello resurgir de esta España que nace, de esta España que se ha encontrado. Doreste, el ilustre Doreste, con su poesía, ha descrito esta España que nace, que vuelve en sí. Un nuevo hispanista, discípulo del incomparable maestro Menéndez y Pelayo. ¡Muy bien por Luis Doreste Silva!

J. C.

Las Palmas, agosto 1936.

Algunas notas de la Prensa local

Sobre el tríptico patriótico: Hoguera en el Santuario. Del periódico HOY

Con interés extraordinario y gran honor publicamos estos versos del admirado escritor y poeta, gran patriota, don Luis Doreste. En esta producción, con que hoy se honra nuestro diario, vibra todo el espíritu de la raza valiente y sufrida, mezcla de santos, mártires y conquistadores, compendio de epopeyas históricas. Tiene esta composición todo el sabor de las de los grandes vates que fueron soldados y poetas, que conquistaban con las armas territorios para su Patria y con la pluma laureles de triunfo espiritual para la universal literatura.

Oportuna es su inserción; tan oportuna, como la inspiración del corazón que la ha producido.

En una emoción vibrante y conmovedora, patriótica y humana, esta Poesía de Luis Doreste, fué compuesta en su primera parte, cuando las circunstancias—no obstante su liberal amplitud de ternura—impedían la publicación.

A este trabajo seguirán sucesivamente otros titulados "Hossanna en el mar" y "La Siembra", que, de seguro, llegará a todos indistintamente, percibiendo la elevación del pensamiento del Poeta y su unánime llamada a la fraternidad.

Despedida a la Virgen del Pino

Publicamos a continuación la conferencia, que diríamos mejor oración brillante, nítida y profunda que el domingo por la noche dijo el gran poeta canario, escritor y médico don Luis Doreste Silva. Los años transcurridos en la Embajada de España en París, cuando estuvo de Secretario... no turbaron sin embargo la elegante, bella y colorida producción poética de Doreste Silva, que tanto en el reino de las Musas como en la prosa, puso siempre un estilo inconfundible de belleza, de sentimiento y de ternura. Así esta oración sentidísima, de Doreste Silva, ha causado sensación en todos los corazones que vibraron anteayer oyéndole. Hoy, al leerle los que no le escucharon, podrán saborear estos hermosos párrafos de devoción, de pura exaltación literaria y romántica de un alma que siente lo que dice porque se desenvuelve en un ambiente que es el de la tierra.

Conferencia en Inter-Radio Las Palmas

Pensábamos publicar en nuestro número de ayer el texto íntegro de la conferencia que Luis Doreste pronunció en nuestra emisora local. Dificultades de espacio, por tener que dedicar éste preferentemente a las informaciones de cada día, a registrar lo que puede perder actualidad, nos privaron del placer de reproducir ayer las cuartillas de Luis Doreste, prietas de pensamiento sobrio y fecundo y escritas con el estilo robusto y armonioso de que Luis Doreste ha sabido encontrar el secreto.

Esta demora involuntaria en la publicación de esas cuartillas significa para nuestros lectores, un retraso en conocer las palabras encendidas y vibrantes de Luis Doreste, pero no quitan a éstas ni un ápice de actualidad. Hay palabras que tienen valor de continuidad y prolongados nervio y juventud. De esta clase son las que Luis Doreste dijo el domingo ante el micrófono de Inter-Radio Las Palmas.

(Reproduce la Conferencia).

Mensaje de Reyes. De LA PROVINCIA

“El miércoles por la noche, el culto escritor y delicado poeta don Luis Doreste Silva, habló ante el micrófono de Inter-Radio Las Palmas, a los pequeños radio-oyentes, dirigiéndoles una alocución tierna y asequible a sus inteligencias, sobre lo que va a ser este año la visita de los Reyes Magos según la gran idea de el “Hombre Chiquito”.

La charla de Luis Doreste Silva fué un trozo de esa literatura encantadora y sutil de Tagore, el gran poeta de los niños.

Empieza por declarar a los niños radioyentes quien es el “Hombre Chiquito” de quien dice que lo ha visto en carne y hueso por sus propios ojos.”

(Sigue el extracto de la charla).

“Por el micrófono de Inter-Radio Las Palmas ha ofrecido el periodista y poeta canario Luis Doreste una magnífica conferencia, que hemos oído con interés y tomado nota para su publicación, tratando del ocaso y nueva aurora de España y de la muerte del ilustre canario don Leopoldo Matos.

Y propone que las cenizas de Leopoldo Matos sean guardadas en la Catedral de Las Palmas, junto a las de León y Castillo.

La publicación íntegra de esta magnífica conferencia, por su extensión, no hemos podido darla hoy como eran nuestros deseos. Se publicará en la primera edición.

Por lo que respecta al homenaje en memoria de don Leopoldo Matos, nos adherimos sinceramente como a todo acto que trate de honrar su memoria”.

De DIARIO DE LAS PALMAS

En la emisión de Noche-Buena, (Emisora Militar), desde el preámbulo, hasta terminar, pasando por escogidos trozos musicales, las inspiradísimas palabras de Don Luis Doreste Silva, parte destacada del programa y

una emocionante poesía sentidamente recitada; todo el programa constituyó una sesión selecta de las que veríamos con gusto menudear.

Velada patriótica de la Sociedad AMIGOS DEL ARTE

Acto seguido, el distinguido periodista, poeta y escritor don Luis Doreste Silva, movido de un acendrado amor patrio, a pesar de encontrarse enfermo de una afección laríngea, lee unas inspiradas y patrióticas composiciones poéticas de las que es autor, y que el público aplaude con delirante entusiasmo.

.....
Toda ibérica mano es mano encallecida,
juntemos nuestras manos, signo de fortaleza,

la hermandad de la Patria glorifica la vida
es salud y camino de unánime riqueza.

Los trabajos que figuran en el Capítulo de referencia, han sido publicados y reproducidos por los órganos de la prensa local y algunos otros periódicos del Archipiélago. Así mismo, en varias publicaciones de América, entre ellos, la poesía 'Toledo', a gran honor, en LA CRONICA de Lima (Perú). Los mensajes patrióticos de Noche-Buena y Año Nuevo, pronunciados desde la Emisora Militar, difundidos por la Oficina de Prensa y Propaganda. La recitación de poesías conmemorativas, desde Inter-Radio Las Palmas, por la distinguida señorita de Creus.

PROXIMO A PUBLICARSE:

Obra poética completa.—DE LUIS DORESTE.

LAS MORADAS DE AMOR

Poemas del Hospital.—(Con un prólogo del Dr. Gregorio Marañón).

Cantos de gracia y vehemencia:

Las Ofrendas ardientes.—Con un saludo lírico de Tomás Morales y "Pequeña Atabanza" de Alonso Quesada.

CURVA

(Nuevos Poemas)

DIAS DE PARIS Y DE LA GUERRA

(Crónicas)

FERVORES EN MADRID

(Campañas canarias)

EN PREPARACION:

"AFRICA RUBIA"
(Poema de Guanchida)

Precio: 3'50